
REBECCA BAKER
Seducción
ESCRITA
JUEGA CON FUEGO

Seducción Escrita

Juega con fuego

Rebecca Baker

Copyright © 2024 Rebecca Baker

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito de la autora.

Traducido por: Heartbeat Publishing / www.heartbeat-publishing.de

***

Boletín: **https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol**

Índice

Descripción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Descripción

Alex Carter , multimillonario, productor de cine y mujeriego. Cada película que produce se convierte en un éxito de taquilla. Cada mujer que desea acaba en su cama. Su último proyecto? La talentosa pero inexperta guionista Emma Taylor.

Emma Taylor siempre soñó con triunfar en Hollywood. Con su brillante guion y su última esperanza, llega al despacho de Alex. Lo que no sospecha: el carismático productor tiene sus propios métodos para promover y seducir a nuevos talentos.

Cuando Alex le hace una oferta que supera sus sueños más audaces, Emma se enfrenta a la decisión más grande de su vida. ¿Podrá sacrificar sus principios por el éxito? ¿Y qué pasa si del juego peligroso surgen verdaderos sentimientos?

Entre fiestas lujosas, tensión eléctrica y pasión prohibida, Emma debe descubrir si está dispuesta a arriesgarlo todo, incluido su corazón.

Capítulo 1

EMMA

Satisfecha, tecleé la última frase de la descripción de la escena en mi portátil y sonreí al monitor. Amaba lo que hacía. Escribir guiones. Contar historias. Hacer reír y llorar a la gente. Darles alegría y prepararles una velada inolvidable.

El timbre de la puerta me sacó de mis pensamientos placenteros y me devolvió a la realidad de golpe. Sí, amaba mi trabajo. No me reportaba dinero. Escribía guiones. Pero no vendía guiones. Contaba historias. Sin embargo, todavía no había conseguido hacer reír o llorar a nadie con ellas. Y mucho menos había dado alegría a alguien o preparado una velada inolvidable. Porque mis guiones estaban muy lejos de ser filmados. Ni siquiera me atrevía a pensar en el público. No había conseguido ni siquiera un fracaso rotundo.

Hace unos meses había decidido hacer realidad mi sueño. Mis guiones debían ser filmados. Por eso me había mudado a Los Ángeles, más concretamente, a Hollywood. Aquí quería y debía estar, porque aquí se vendían guiones, y aquí latía el corazón de la industria cinematográfica. Las rentas en la ciudad eran correspondientemente altas. La minúscula y estrecha habitación de una sola pieza en la que me encontraba sentada ante un portátil en una mesa plegable tambaleante no estaba precisamente en la mejor zona de Hollywood. Las calles eran seguras incluso de noche, pero los edificios estaban en mal estado. Si cerraba la puerta con fuerza, el enlucido se desprendía de la pared y revelaba la ligera presencia de moho que recorría todo el edificio. Pero con mis ahorros no podía permitirme algo mejor. Así que llevaba cuatro meses viviendo aquí, desde que había dejado mi pueblo natal en Ohio. Sí, venía del campo llano. Mis padres tenían allí una tienda de artículos para pescadores, en la que había trabajado hasta hace poco.

El timbre volvió a sonar con energía. Fui a la puerta y la abrí. Dean, mi casero, estaba delante de mí. Parecía enfadado. Aunque nunca estaba de buen humor o relajado. —Emma—

—Hola, Dean. Me alegra verte—, mentí. Una brisa desagradable entró en el apartamento desde fuera, que me hizo estremecer. Llovía a cántaros, lo cual era muy atípico para California. Odiaba este clima, y odiaba el agua. En cualquier forma. El mar. La lluvia. En Ohio, el mar había estado lejos. En cambio, llovía a menudo. En Los Ángeles había esperado escapar no solo de la provincia rural, sino también de la lluvia.

Dean resopló enfadado. —No finjas inocente, maldita sea—.

Me estremecí. Dean era un gigante, tatuado en casi todas las partes visibles del cuerpo y con el pelo grasiento y medio largo. Su aspecto era tan descuidado como las viviendas que le pertenecían. Prefería no encontrármelo y estaría encantada de mudarme mañana. Sin embargo,

no había sido fácil encontrar un apartamento asequible en Hollywood, y por eso estaba agradecida de poder quedarme aquí.

—¿Qué he hecho?—. Me enfadé por defenderme automáticamente. No había hecho nada por lo que tuviera que defenderme.

—¿Hecho?—, Dean sonó enfurecido. —¡Pregúntate mejor qué no has hecho! ¡No has pagado la renta desde hace dos meses, y lo sabes perfectamente!—. Sus ojos relampaguearon de ira, y golpeó con fuerza el marco de la puerta. Me estremecí de miedo y sentí que la nerviosidad me subía por el cuerpo. Mis palmas se mojaron. De hecho, no había pagado la renta desde hace dos meses. Dean y yo lo habíamos acordado, y él no se había opuesto. Tenía que recordárselo a él.

—Sí, lo sé, Dean. Hablé de eso contigo. Recuerdas, te llamé por eso. Lo siento. No tengo el dinero en este momento, pero te prometo que el próximo mes pagaré todo. La renta vencida y la atrasada. Como acordamos—.

—¿De qué hablas? ¿De que estás aquí sentada todo el día y conviertes tus ilusiones en papel?— dijo Dean, y su tono me hizo encogerse. Tragué saliva. Yo misma me había preguntado si no era una ilusión lo que perseguía. Ganarme la vida como guionista a menudo parecía un sueño inalcanzable. A menudo tenía miedo de no lograrlo. No podía mostrarle a Dean mi inseguridad, de lo contrario, me echaría de la casa enseguida. Reconquisté mi nerviosismo y dije con más confianza de la que sentía: —No estoy convirtiendo ilusiones en papel. Estoy escribiendo historias que a la gente le encantará. El mes pasado, invertí todos mis ahorros para imprimir y empaquetar bien el resumen de mi primera idea para una película y enviarlo a todos los productores importantes en Hollywood. Por eso tampoco he pagado la renta todavía.—

—Resumé. Habla más claro, así nadie entenderá tus películas, excepto quizás unos pocos extranjeros raros— replicó Dean, tratando de provocarme aún más. Sin embargo, esa observación no me afectó. La industria cinematográfica funciona según sus propias reglas. Presentar un resumen junto con un guion es parte del proceso, al igual que los actores deben asistir a castings para conseguir un papel. Ya le había explicado muchas veces cómo pretendía convertir mis ideas en dinero, y así lo hice una vez más.

—Un resumen es una síntesis. La idea de la película al grano. Sin entrar en detalles. Los productores lo revisan y luego, sobre esa base, se desarrolla un guion.— Y si eso se lograba, me mudaría de esta choza y nunca más vería a Dean.

—Entonces, tardarás una eternidad en ganar dinero con esa idea— interrumpió Dean, y su voz sonó claramente agresiva. Cruzó los brazos sobre el pecho y se acercó un poco más, lo que me

hizo retroceder involuntariamente. Solo quería cerrar la puerta lo más rápido posible y continué hablando a toda prisa.

—No, no es así. Los productores compran las ideas que les gustan. Los guionistas reciben una parte del dinero de inmediato y otra parte cuando el guion está terminado.—

—Ajá, ¿y por qué nadie ha comprado tu idea? Seguramente no sirve para nada— dijo Dean, inclinándose hacia mí hasta que su rostro estuvo tan cerca del mío que pude sentir su aliento. Sus ojos relucían amenazadoramente. —Te digo una cosa, muñeca. O tienes el dinero para la renta sobre la mesa cuando venga pasado mañana, por los últimos dos meses y este mes, o escribirás tus historias bajo el puente.— Dean sibiló más que habló. Eso me aterrorizó aún más. Mis rodillas comenzaron a temblar ligeramente. Sentí cómo me desaparecía el color de la cara.

—No, Dean, por favor, no. Lo conseguiré de alguna manera. Sabes que también tengo el trabajo a tiempo parcial en Sungs Asia Takeaway, definitivamente ganaré dinero allí.— Mi voz casi se quebró al hablar. Odiaba a Dean por humillarme así.

Dean se rio con desdén. —Ni siquiera sé por qué te doy otra oportunidad. Mírate. Eres solo una de las miles de mujeres que vienen a Hollywood con la esperanza de triunfar. Aunque no tienen lo que se necesita. Asia Takeaway, Dios mío. Con ese salario de hambre, tal vez puedas comprar un poco de cartón para reservar tu lugar bajo el puente. Cariño, te lo digo hasta pasado mañana. Ya puedes empezar a empacar tus maletas.—

Con esas palabras, Dean se dio la vuelta y bajó las escaleras. Afuera, no había movimiento. Solo aquel maldito lluvia seguía cayendo incesantemente del cielo. Cerré la puerta y miré desesperada a la pared vacía. El apartamento era horrible. El agua caliente no funcionaba todos los días. Odiaba vivir aquí. Realmente no podía hundirme más. Dean no estaba del todo equivocado. Si no podía ni siquiera pagar la renta de este agujero, probablemente solo me quedara el camino de ir bajo el puente. Tragué saliva. Mi labio inferior comenzó a temblar. Las lágrimas se acumularon en mí, y mis pensamientos comenzaron a correr. No tenía nada, no era nada, no podía hacer nada.—

Me esforcé por mantener la calma. *Piensa, Emma. ¿De dónde puedes conseguir dinero?* A pesar de todas mis dudas, había contado con vender mi guion. Eso no había sucedido.

¿Qué debería hacer ahora? No podía renunciar a mi sueño por un atraso en la renta, ¿verdad? Tragué mis lágrimas y regresé a mi escritorio. Pero la historia que había empezado, y que me miraba desde la pantalla de mi portátil, no valía ni la mitad de lo que ya había enviado. Sin respuesta alguna. Me estremecí. *Sí, Emma, ¿qué puedes hacer?*

Capítulo 2

ALEX

Me reclinaba en mi lujosa silla de cuero de oficina y observaba con calma mi espacioso despacho con la zona de reuniones, el escritorio de madera maciza y las elegantes vitrinas con los premios por las películas que había producido y las carreras de botes que había ganado. Un ambiente perfecto. Pero hoy me sentía un poco extraño. Me faltaba algo.

Mi teléfono vibró sobre el escritorio interrumpiendo mis pensamientos. Gruñí molesto. ¿Quién se atrevía a llamarme a esta hora? Quien tuviera mi número, sabía que no quería ser molestado los lunes por la mañana mientras trabajaba. Miré la pantalla. Eric decía. Claro. Mi mejor y más antiguo amigo Eric sabía que no quería ser molestado. Esa era la principal razón por la que llamaba precisamente a esa hora. Él era la única persona a la que le permitía cierta desobediencia hacia mí.

Atendí la llamada. —Eh, amigo, ¿qué tal va el negocio del cine? —retumbó la voz de Eric en mis oídos.

—Bueno, en realidad no tengo mucho que contar ahora mismo. —Quería ir al grano. Eric no me molestaba un lunes por la mañana para charlar sobre trivialidades. Hasta ahí no me desafiaría.

—¿Sin nada que contar? No me digas que hay una baja en el mayor productor de Hollywood. —La voz de Eric sonaba divertida. Él me conocía. Había ganado tanto dinero con películas que podría retirarme sin más. Retiro. Odiaba esa palabra. Sonaba a vejez e impotencia.

—Bueno, para ser honesto, ahora mismo no hay mucho en marcha. Parece que a los guionistas les faltan buenas ideas. He contactado con todos los nombres conocidos y ninguno tenía algo realmente atractivo con potencial para ser un éxito de taquilla. —Esa era desafortunadamente la verdad y un punto que debía atender con urgencia.

—Eso significa que estás sentado en tu oficina, miras tus premios por grandes películas y de vez en cuando quitas el polvo a los trofeos de las carreras de botes de motor. ¿Hombre, por qué no estás aquí afuera en el mar? ¿Al menos tienes una mujer sexy contigo?

Apreciaba el estilo directo de Eric. Era el gerente del Club Náutico de Santa Mónica, a unos treinta minutos de Hollywood, junto al mar. Allí estaba mi bote de carreras *Wild Thing*, que podía competir con las embarcaciones más rápidas del mundo. Me encantaba la emoción de la velocidad y ya había ganado algunas carreras en la zona. La sensación de controlar mi bote y ser superior a la competencia era inigualable.

—Por si no lo has notado, está lloviendo. No estoy tan mal como para tener que salir al mar a practicar incluso con lluvia. Y no, estoy solo.

—Entonces tengo dos buenas noticias para ti. Aquí ya no llueve, así que en tu zona también dejará de llover pronto. Tu bote está pidiendo a gritos salir del puerto una vez más. Así que ya no puedes alegar que tienes cosas que hacer. —A Eric le encantaba echar sal en las heridas.

—Ja ja —refunfuñé, solo a medias molesto.

—Esa fue la primera noticia. Aquí viene la número dos: hace un rato decidí que es hora de una noche espontánea aquí en el Club Náutico. Invitaré a algunas mujeres hermosas, prepararé alcohol y música. Como siempre. Necesitas urgentemente animarte, me di cuenta la semana pasada. Más específicamente, necesitas una mujer y una victoria. Byron, ese idiota, no debe llevarse la victoria en la próxima carrera. Ya sabes que pronto se acerca el Campeonato del Club.

—Las noches espontáneas de Eric en el Club Náutico eran legendarias. Toda la semiprominencia de Hollywood, Santa Mónica y Los Ángeles se peleaba por las invitaciones. La prominencia también. Pero Eric era Eric: invitaba a quien le gustaba y también lograba, con su incomparable estilo, posponer a otros para la próxima cita.

—Lo sé. Esta vez ganaré. Ese trofeo aún falta en mi colección y lo conseguiré. Puedes apostarlo. Byron no tendrá oportunidad. —Byron era mi más duro competidor, tanto en lo profesional como en lo personal. También era productor. Nos superábamos regularmente con los mejores guiones que se ofrecían en Hollywood, ninguno quería cederle al otro. El bote de carreras de Byron también estaba con Eric en Malibú y nos enfrentábamos en feroces batallas náuticas que por lo general ganaba yo. Pero en el último Campeonato del Club, Byron me había empujado hasta el límite del área de carreras con una maniobra sucia, así que fui descalificado. Además, Byron se llevó la victoria definitiva. Vivía con Claire, mi ex, en un lujoso ático en una de las mejores zonas de la ciudad. Hace unos años, Claire me había abandonado y se había mudado directamente con Byron. También se había llevado un prometedor manuscrito de guion. Hice una mueca de dolor ante ese recuerdo. La voz de Eric me trajo de vuelta al presente.

—Alex, me encargaré de que esta noche haya un montón de chicas dispuestas a divertirse un poco contigo. Hay suficientes que darían lo que fuera por salir una o dos veces contigo y estar a tu lado en la alfombra roja en el estreno de tu película. —Asentí con un gruñido. Eric tenía razón. Hacía demasiado que no tenía sexo. Mi última acompañante se había esfumado hace unas semanas. Supuestamente Hollywood y yo ya no teníamos el nivel adecuado para ella. Se había inscrito en una carrera de Derecho en la Costa Este. Ni siquiera recordaba su nombre. ¿Kimmy o Kimmie? Da igual. Definitivamente era hora de algo nuevo. No quería una mujer a mi lado, pero como todo hombre tenía necesidades que debían ser satisfechas.

—Suena a una noche perfecta. Ahora solo me falta un guion perfecto y todo estará en orden. —Mientras hablaba, dejé que mi mirada vagara por mi oficina. Como siempre, se detuvo en mi colección de diplomas y trofeos, las pruebas de mis éxitos. No solo ganaba carreras de botes, también mis películas eran galardonadas regularmente. Mi excelente sentido sobre los deseos del público me había reportado muchos ingresos. Cada vez disfrutaba de nuevo el protagonismo que traía consigo una película exitosa.

—Estaré ahí esta noche. Pero ahora debo trabajar. Ken y yo revisaremos los montones de sinopsis que nos envían autores desconocidos sin que se las pidamos. Tal vez haya algo aprovechable entre ellas —. Ken era mi asistente, quien había estado a mi lado durante años y, entre otras cosas, me ayudaba a revisar los numerosos manuscritos que nos enviaban aspirantes a guionistas sin que se los pidiéramos, porque esperaban que algún productor se interesara en ellos y les diera su gran oportunidad.

—Bueno, que te diviertas, amigo. Espero que no te aburras demasiado leyendo esas cosas. Seguro que todo es un calco de *Parque Jurásico* y *Pretty Woman* —. No iba tan desencaminado. La mayoría de los manuscritos no servían para nada. La mayoría de las ideas eran tan poco originales que, incluso después de una revisión intensiva con el guionista, no darían lugar a un material cinematográfico interesante.

Finalicé la conversación y dejé el teléfono a un lado. Roddy, mi labrador, se había quedado todo el tiempo obedientemente acostado junto a mi escritorio sin hacer ni un ruido. Ahora ladró con actitud de exigencia. Asentí. Roddy me conocía casi tan bien como Eric y siempre sabía cuándo era hora de hacer un descanso.

—Ven, ya no llueve, como dice Eric. Daremos un paseo antes de que me sumerja otra vez en los delirios de algunos aspirantes a guionistas —.

Capítulo 3

EMMA

Estaba parada junto a mi pequeña cocina y miraba por la diminuta ventana hacia afuera. La lluvia finalmente había parado. Las nubes ya no eran densas y grises, sino blancas y espesas. ¿Una señal de esperanza? Después de un café y unas galletas de chispas de chocolate que mi amiga Laura había horneado para mí hace tres días, me sentía un poco mejor. Mis rodillas ya no temblaban y mi respiración se había calmado. Fue con esas galletas que me vino la idea salvadora. Me había jurado nunca pedir dinero prestado a amigos. Pero, ¿qué otra opción me quedaba? Ni siquiera necesitaba preguntar en el banco. Sin ingresos, no hay crédito. No quería pedirles a mis padres bajo ninguna circunstancia. Tampoco quería volver a mi pueblo natal en Ohio. Allí solo estaría rodeada de cazadores y pescadores. Ninguna inspiración para una guionista en ascenso. Así nunca vendería un guion. Le pediría a Laura el dinero para el alquiler, sólo hasta que pudiera devolvérselo.

Cambié mis jeans manchados de café por una bonita falda y una blusa elegante. Me gustaba vestir lindo. Prendas hermosas también las encontraba en las tiendas de segunda mano, que había tantas como arena en el mar aquí en Hollywood. De este modo, usaba la ropa desechada de las estrellas, hasta que yo fuese una. Exactamente. *Mantente optimista, Emma. Todo saldrá bien. Deja de pensar en Dean, ese idiota.*

Eso es lo que Laura me aconsejaría. Ella tenía un salón de belleza llamado "Laura's Beauty Place" en un vecindario de clase media en Hollywood. Decidí caminar los aproximadamente 2 kilómetros hasta allí. Así me ahorraba el dinero del autobús y además hacía ejercicio. Sí, las calles estaban llenas de emisiones de gases, pero me gustaba ver a la gente apresurándose hacia las tiendas o saliendo de ellas cargados con bolsas. Algún día sería así también. Tomé mi vieja cartera de cuero, en la que siempre podía guardar todo lo necesario, metí mi celular, billetera y paraguas, salí y respiré profundamente el maravilloso aire fresco. Como purificado. Eso al menos era bueno de la lluvia. Un vistazo al reloj me mostró que aún quedaban unos 30 minutos para el descanso para tomar café de Laura. Perfecto. Doblé desde mi vecindario hacia una calle comercial más concurrida. Un mesero me sonrió desde una pizzería. *"¡Ciao, bella!"* Asentí cortésmente. No tenía dinero para una pizza, y mucho menos interés en él.

Junto a la pizzería había un cine. Pasé rápidamente frente a los carteles de las películas. Verlos en ese momento me dolía demasiado. ¿Alguna vez vería uno de mis carteles colgando sobre un cine? Hasta ahora no había recibido ni una sola respuesta sobre mi sinopsis enviada. Había llevado las copias impresas al correo llena de confianza y orgullo. El primer paso en mi carrera

como guionista. Pero, ¿y si Dean tenía razón y a nadie le interesaba? ¿Qué haría entonces? ¿Llamar a los productores? ¿Pero no parecería demasiado insistente?

Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. No conocía a nadie que pudiera aconsejarme. Era difícil hacer amigos en Hollywood. Todos eran competidores. Por el próximo guion, el próximo trabajo de actuación, por cualquier cosa. Los consejos se disfrutaban mejor con precaución.

—¡Cuidado! —Escuché el grito y me di vuelta. Por el rabillo del ojo noté un movimiento. Un perro se me abalanzaba. Casi al mismo tiempo, sentí un tirón en mi rodilla derecha. Tambaleé y sentí que perdía el equilibrio. Me preparé para un golpe doloroso. Oh no, no esto también.

Levanté los brazos protegiéndome la cara y cerré los ojos. Caí y caí... y fui atrapada por dos fuertes brazos. Una voz agradable dijo muy cerca de mi oído: —Discúlpeme mucho. Roddy a veces es muy impetuoso. Lamentablemente no puedo quitarle ese hábito.

Abrí los ojos. Y de inmediato caí de nuevo, aunque de una manera muy distinta. Me perdí en los ojos más fascinantes en los que jamás había mirado. Oscuros. Casi negros. Apenas se distinguía la pupila. Y de algún modo... magnéticos. No podía apartar mi mirada de mi salvador. Un apuesto desconocido con facciones marcadas y una voz agradable. Aún estaba en sus brazos y sentía su musculoso pecho. Guau.

—¿Está bien? ¿Llamo a un médico? —Había preocupación en su voz.

Concéntrate, Emma.

—Sí... sí, gracias, todo está bien —tartamudeé. Esos ojos. Ese hombre. Me encantaría quedarme para siempre en sus brazos apoyada contra su pecho. Sólo que mi salvador no debería llevar camisa puesta. Momento. ¿Realmente acabo de pensar eso? Desde un desafortunado romance universitario, he evitado a todos los hombres.

—¿Puede ponerse de pie? —Una voz masculina agradable sin un rastro de impaciencia.

—¿Qué? ¿Cómo? Oh, sí. —Dios, este Adonis debía pensar que estaba totalmente chiflada. Pero al mirar sus ojos, literalmente perdí la cabeza. Mis labios comenzaron a hormiguear. *Vamos, Emma, ya no eres una adolescente.*

Con pesar, me solté de sus brazos y pregunté: —¿Qué pasó?

—Roddy, mi perro, la atacó. Lo siento mucho. A veces hace eso. Es un poco impetuoso. Estoy tratando de enseñarle modales. ¿Está segura de que todo está bien? Hay algunas huellas de patas en su falda. Lamentablemente, no pude evitar que Roddy caminara por los charcos. Se ensució las patas.

—¿Qué? —Miré hacia abajo. El estampado floral claro de mi falda ahora tenía algunas huellas de patas sucias y marrones. Ahora también vi al labrador de mirada inocente parado junto a mi

salvador moviendo la cola, como si no pudiera romper ni un plato. Roddy era un perro hermoso. Le sonreí. Amaba a los perros casi tanto como detestaba el agua. —Oh, eso... Eso no importa. —Dirigí mi atención de nuevo a mi salvador, avergonzada.

Un hombre descaradamente atractivo vestido con ropa discreta pero visiblemente cara. Me examinó de arriba abajo. Inevitablemente, me ruboricé. Si tan sólo no fuera tan tímida. Finalmente, mi interlocutor se aclaró la garganta.

—Oh, sí que importa. Con gusto le pagaré la limpieza. Es lo mínimo.

—Sí... no lo sé —asentí con inseguridad. Me sorprendí pensando que prefería volver a sentir sus brazos rodeándome. ¿Será un buen besador? Sentí un cosquilleo en mis labios. Me estaba poniendo caliente. Esto también. No me reconocía a mí misma.

—¿Qué te parece si tomamos un café juntos y hablamos de todo lo demás después?

¿Café? Con esa palabra, volví definitivamente al presente. Mi salvador jugaba en una liga totalmente distinta a la mía. Su ropa era cara, todo en él irradiaba riqueza, opulencia y confianza en sí mismo. Era completamente el tipo de hombre equivocado para mí. Yo era la chica bonita del pueblo de Ohio, en camino a visitar a mi amiga para pedirle prestado dinero para el alquiler. Si quería ese dinero, tenía que darme prisa. De lo contrario, se acabaría el descanso para tomar café de Laura y no podría pedirle que me salvara del asco de Dean. Entonces Dean me echaría pasado mañana y mi sueño de ser guionista se desvanecería por completo.

No, tomar un café ahora era imposible. Y mucho menos con un hombre con el que probablemente soñaría esta noche. Brad, mi romance universitario, había sido ese tipo de hombre. Al igual que todos los demás hombres que me habían pedido una cita. Conocía bien esta dinámica. Inevitablemente, me enamoraba de estos hombres, mientras que ellos solo querían probar cómo era acostarse con una pelirroja. No, gracias. No necesitaba más de eso. Quería concentrarme en mis guiones y en ganar dinero para pagar el alquiler. Mi corazón había sido roto demasiadas veces.

—Disculpe, pero tengo una cita urgente. Debo irme. Fue un placer. —Con estas palabras, me di la vuelta y me fui rápidamente.

Capítulo 4

ALEX

Roddy y yo salimos del edificio en Santa Monica Boulevard, donde tenía mis oficinas, y caminamos por las calles hacia una zona verde cercana. A esta hora, las calles del barrio se iban llenando cada vez más. Roddy conocía el camino hacia la zona verde y estaba emocionado por tener unos momentos para corretear y jugar. Apenas podía controlarlo. Lo sujeté firmemente con la correa. Tenía que quedar claro quién era el perro y quién el amo. Yo tenía el control en todos los aspectos de mi vida.

Mi teléfono vibró en el bolsillo de mi chaqueta. ¿Quién demonios llamaba ahora? Me detuve y saqué el teléfono. ¡Byron! ¿Qué querría? Miré furioso la pantalla. No, definitivamente no quería hablar con él. Probablemente él y Claire también estarían en el club náutico esta noche. Eso sería suficiente contacto para los próximos meses. Volví a guardar el teléfono en el bolsillo y miré hacia adelante, a Roddy.

—¡Cuidado! —Mi grito de advertencia llegó demasiado tarde. Me había distraído con la llamada y había dejado la correa un poco más larga de lo habitual. Roddy aprovechó esto. La transeúnte a la que estaba a punto de saltar se dio la vuelta al oír mi grito. Pero era demasiado tarde. No pudo esquivar a Roddy.

Fracciones de segundo después, la joven de largo cabello rojo, afortunadamente, no estaba en el pavimento, sino en mis brazos. Con los ojos cerrados. Sostuve su cuerpo cálido y suave, examinándola detenidamente. Rasgos femeninos, un poco élficos, una nariz recta, algunas pecas y un aroma seductor.

La pequeña bruja pelirroja abrió los ojos. Verdes. Por supuesto. Pero qué verde. Un verde brillante, mágico, ahora ligeramente nublado por la confusión. Nunca había visto ese color en una mujer. Estaba fascinado. ¿Cómo brillarían esos ojos cuando reflejaran deseo?

Maldita sea. Eric tenía razón. Realmente necesitaba urgentemente una mujer que satisficiera mis necesidades. La atractiva mezcla de bruja y elfa seguía en mis brazos. Aún no había dicho una palabra, y sin embargo, algo en ella me excitaba increíblemente. Sus pechos estaban justo en mi campo de visión. Pechos firmes de tamaño perfecto, que me encantaba mirar.

Roddy, en su desobediencia, había demostrado buen gusto. Ahora estaba sentado a mis pies en el pavimento, mirando como si no hubiera roto un plato en su vida.

—¿Se encuentra bien? —pregunté. La hermosa desconocida inclinó ligeramente la cabeza. ¿Había oído mi pregunta siquiera? Su mirada se volvió más clara, y se apartó de mis brazos. En mi nariz quedó un ligero aroma floral de su perfume. Ahora dejé que mi mirada recorriera su cuerpo. Un cuerpo delicado con curvas. Internamente, me relamí los labios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la desconocida con una voz melodiosa y un parpadeo coqueto que inmediatamente me hizo pensar si sería tan salvaje en la cama como se decía de las pelirrojas en general. Yo prefería a las latinas, que eran salvajes a su manera.

—Mi perro saltó sobre usted y ensució su ropa. Por supuesto, me haré cargo de los costes de la limpieza.

La miré profundamente a los ojos. No, no quería esperar hasta la fiesta en el club náutico esta noche para ligar con la próxima mujer a la que pudiera zurrar el trasero mientras la follaba. A veces las oportunidades te caen directamente en los brazos en la calle. Las oportunidades perfectas. La desconocida no solo era hermosa, sino que también parecía tímida y avergonzada. Justo como me gustaba. Porque siempre se aplicaba: yo tenía el control. En todas partes y en todo momento.

—Podemos discutirlo tomando un café si quiere.

La hermosa bruja de repente se sonrojó intensamente. No me gustaba cuando las mujeres mostraban algún tipo de excitación fuera de la cama. Pero en ella, extrañamente, me pareció bastante dulce. El color le sentaba bien a su rostro. ¿Su firme trasero, que se perfilaba bajo la falda, mostraría el mismo color después de unos azotes?

Pero mi oferta obviamente puso a la pelirroja en pánico. Me miró con los ojos muy abiertos y agarró su enorme y desgastado bolso de cuero. —Lo siento, pero tengo que irme.

Con estas palabras, se dio la vuelta, se alejó apresuradamente y nos dejó a Roddy y a mí parados como dos idiotas en medio del bullicio.

Capítulo 5

EMMA

Sin aliento, abrí la puerta del salón de belleza y me apresuré hacia la pequeña sala de descanso en la parte de atrás. Ya olía a café. La pausa de Laura ya había comenzado.

—Emma —dijo Laura, mirándome con agrado desde su revista. Sus ojos marrones relucían—. Qué bueno verte. ¿Qué te trae por aquí? Pensé que esta semana debías terminar tu próxima historia a toda costa y que no tenías tiempo para reuniones.

—Sí, más o menos. Pero hay un problema. O sea... —busqué palabras. Casi había olvidado a Dean en la emoción de encontrarme con el Adonis. Ahora, la memoria de la desagradable escena frente a mi puerta de casa regresó, y me estremecí de asco.

—Siéntate primero. Estás completamente fuera de quicio. ¿Café? —Laura tomó una taza punteada del aparador detrás de ella y la colocó en la pequeña mesa blanca que estaba en el centro de la cocina. Me dejé caer en la segunda silla.

—Sí, por favor, lo necesito. Hoy es uno de esos días en los que no sé en qué me he metido — respiré profundamente. Primero Dean, que me amenazaba, y luego el Adonis, que me salvó de caerme. No estaba acostumbrada a tanta emoción. Aparte del trabajo a tiempo parcial en la tienda de comida rápida, llevaba una vida muy aislada y me sumergía completamente en mis historias. Esas me traían emoción y variedad a mi vida. Laura me llenó la taza de café y dijo—: Toma primero. Pareces que has visto varios fantasmas a la vez.

—Fantasmas... sí, podría decirse eso. Uno malvado y uno... atractivo —murmuré. Tomé un gran sorbo de café. El calor sentía bien en mi cuerpo, y mis pensamientos se calmaron gradualmente.

—¿Un fantasma atractivo? —Laura rió—. Ahora tengo curiosidad. Vamos, cuéntame.

No sabía exactamente qué decir. Al fin y al cabo, no había pasado realmente nada. —Ah, no hay mucho que contar. Más abajo en la calle, un perro me saltó encima. Su dueño me atrapó. Eso es todo.

Laura tomó un sorbo de café y revolvió los ojos: —¿Eso es todo? Oh, Emma, realmente tienes que sacar todo de la nariz. ¿Todo? Si mencionas a un hombre que no es tu jefe ni un trabajador cualquiera, debe haber algo en él. Te atrapó, ¿qué significa eso? —Laura estaba decidida a sacarme hasta el último detalle de la historia.

—Casi caigo, y él me atrapa. Eso es todo —me sentí incómoda al profundizar en la historia. Tenía que pensar todo el tiempo en el atractivo extraño y quería olvidarlo lo antes posible.

Laura no lo permitió. —¡Emma! Te dije que no dejes que te saquen todo de la nariz. Desde que ese idiota Brad te dejó plantada el año pasado en la universidad, nunca más has mencionado a un hombre. Entonces, ¿cómo se llama el hombre en cuyos brazos aterrizaste, cómo se ve, dónde vive, qué hace? —Laura no daba tregua.

Suspiré. Tal vez no fuera una mala idea contarle todo. Entonces podría olvidar más fácilmente al Adonis. Como el incidente solo duró unos minutos, no había mucho que contar. —No tengo idea. Él... bueno, se veía bastante bien, eso ya lo dije. No sé cómo se llama ni dónde vive. No pregunté después. Quería tomar café conmigo y darme dinero para la limpieza de mi falda, pero tenía que irme. —Hacia el final de mi breve relato, mi voz se hizo más baja, y miré dentro de mi taza de café, aunque no había nada que ver.

—¿¡Irme!? ¿A dónde? —Laura casi se horrorizó. Su voz subió una octava.

Encogí los hombros. La cosa había terminado, ¿qué más podía decir? Tal vez podría incorporar el encuentro en uno de mis próximos guiones.

—Aquí. Necesito pedirte algo urgente. Sabes que envié los resúmenes a los productores e invertí mucho dinero en ello. Por eso no he pagado la renta desde hace dos meses. Eso lo habíamos acordado con Dean. Pero ahora quiere el dinero para pasado mañana. No sé qué hacer, Laura. Ningún ser humano se ha puesto en contacto conmigo después de enviar el resumen. Nadie. Tal vez mi trabajo no sirva para nada. Tal vez debería volver a Ohio.— Mi voz tembló. Mi labio inferior tiembla, y sentí que iba a estallar en llanto. La tensión y la desesperación que había sentido después de hablar con Dean volvieron a subir dentro de mí. Miré a Laura con ojos suplicantes. No sabía qué hacer.

Laura extendió su brazo por encima de la mesa y acarició con ánimo mi mano. —Tonterías, Emma. Tus historias son geniales. No debes rendirte. Tienes que creer en ti misma. El éxito a veces tarda un poco. ¿Qué crees cuántos escritores han logrado el éxito con su décimo guion? O con el centésimo.—

Agarré la caja de galletas con puntos que estaba entre nuestras tazas en la mesa. La misma variedad de galletas que Laura había horneado para mí. Galletas de chocolate. La dulzura se extendió consoladoramente en mi lengua. Tragué mis lágrimas con el primer bocado. —Sí, pero Dean también dijo que ya debería haber oído algo de los productores. Tal vez sea lo suficientemente buena para Ohio. Pero esto es Hollywood, Laura. Quizás nunca lo logre—, murmuré todavía en voz baja. Recordé las palabras despiadadas de mi casero, que habían acertado en el punto más sensible.

Laura me miró fijamente a los ojos y dijo con energía: —Qué tonterías. Dean no tiene ni idea. Él no va al cine. Probablemente solo mira unos cuantos pornos baratos en Internet.— Me reí. Las conversaciones con Laura siempre me animaban muy rápido. Laura puso su mano firmemente sobre mi antebrazo. —Emma, solo te estás engañando. Si quisieras rendirte, ya estarías empaquetando, en lugar de pedirme dinero. Cree en ti, Emma, y cree en ti de verdad. Si no lo haces, nadie lo hará. Cree en ti, y entonces lo lograrás—, me dijo con firmeza. Por eso amaba a Laura. Ella era el ángel salvador en mi vida y la buena voz en mi cabeza cuando la necesitaba.

Laura vació su taza de café. —Tengo que volver al frente. La siguiente cliente llega ahora. Así que sí, te presto el dinero. Con una condición: me consigues entradas para la premier de tu primer filme, y con el próximo hombre atractivo al menos saldrás una vez.— Sonrió maliciosamente. —Ah, sí, y cuando te nominen al Oscar, por supuesto que me llevarás como acompañante. Mientras tanto, el hombre atractivo puede cocinar para nosotras.—

—Gracias, Laura, eres realmente una verdadera amiga.— Los últimos restos de tensión desaparecieron de mí. El nudo que había tenido todo el tiempo inconscientemente en mi estómago se deshizo. Me sentí aliviada. Al menos por ahora, podría mantener a raya a Dean.

Capítulo 6

ALEX

Después del encuentro con la bruja pelirroja disfrazada de elfa, ya no tenía ganas de ir a la oficina y leer guiones con variaciones de historias ya conocidas. Así que había regresado con Roddy a mi coche y conducido directamente a mi ático en las colinas de Hollywood.

Ahora estaba sentado en mi sillón favorito, mirando pensativamente hacia afuera. Todo Hollywood yacía a mis pies. Esta vista y la sensación asociada de estar por encima de todo en Hollywood eran impagables. Junto al sillón, Roddy dormía en su cesta. Bajé la mirada hacia él y pensé en nuestro encuentro de esta mañana. ¿Quién era la hermosa desconocida a la que había saltado? La bruja pelirroja que se había atrevido a dejarme plantado. Me había rechazado. Sacudí la cabeza con incredulidad. La ira crecía dentro de mí. Ninguna mujer rechazaba una invitación mía impunemente. Tenía muchas ganas de darle una buena lección. Ante ese pensamiento, mi miembro se agitó. Darle una lección y luego tomarla hasta que solo viera estrellas y gritara pidiendo alivio. Así me gustaba. Tenía mis preferencias sexuales y buscaba amantes dispuestas con las que pudiera vivir mi dominación.

Me levanté. Un trago era justo lo que necesitaba ahora. En ese momento, mi teléfono vibró. Ken, mi asistente, que aún estaba en la oficina rebuscando entre la pila de manuscritos para encontrar quizás una joya. Negué con la cabeza. Una tarea inútil. Probablemente sería mejor llamar mañana de nuevo a los autores estrella de la ciudad. Tal vez alguno habría forzado sus neuronas y tenido una idea útil. Atendí la llamada.

—Alex, he encontrado algo —Ken sonaba emocionado.

—¿Encontrado? —No tenía idea de qué hablaba. Teníamos un montón de manuscritos pendientes, esos no los podía haber encontrado. Ken respiró hondo.

—Un resumen que podría ser algo. De la pila de cosas enviadas sin solicitud por autores desconocidos. Es una historia de amor ambientada en la época de la Guerra de Independencia. La historia tiene algo realmente bueno. Un giro innovador —explicó con entusiasmo. Me enderecé. Ken ahora tenía toda mi atención.

—Si tú lo dices, debe ser prometedor. Después de todo, llevamos trabajando juntos el tiempo suficiente. —Ken conocía el negocio del cine casi tan bien como yo.

—Sí, y deberíamos actuar rápido. No creo que esta historia nos haya llegado solo a nosotros. Ningún autor envía solo a un productor. Seguramente Byron y todos los demás también han

recibido el manuscrito. Todos están buscando el próximo éxito de taquilla. —Que Ken hiciera recomendaciones tan enfáticas era nuevo. Él era el perfecto y leal receptor de órdenes. Otra razón por la que apreciaba tanto trabajar con él.

—¿Es tan bueno? —insistí. Que los manuscritos no solicitados sirvieran para algo más que una breve diversión ocasional era raro. Que fueran muy buenos, prácticamente nunca.

—Deberías leerlo lo antes posible. —Otra recomendación de Ken. La cosa debía ser sensacional. Mi instinto de caza se despertó.

—¿Puedes enviarme el manuscrito por correo? Roddy saltó sobre una transeúnte. Por eso no volvimos a la oficina. Estoy en casa y quiero echarle un vistazo. Pero ya puedes concertar una cita con el autor. Que venga mañana temprano a la oficina. No le des ninguna oportunidad a Byron. —Sonreí triunfalmente al teléfono. Esta noticia mejoraba mi estado de ánimo tanto como una victoria en una carrera de yates. O una mujer atractiva.

—Anotado —dijo Ken—. Te envío un correo ahora mismo. Pero es una autora. Emma Taylor.

—De acuerdo, entendido. —Terminé la llamada. Bling, hizo mi teléfono en el mismo segundo. El correo de Ken. Fui a mi despacho y encendí el portátil. Me gustaba leer los resúmenes en una pantalla más grande. Mejor aún en papel, para hacer anotaciones. Pero eso podía hacerlo mañana temprano, antes de la reunión con Emma Taylor. Abrí el documento que Ken había enviado. Hmm. *Love, War and Independence*, así había titulado Emma Taylor su manuscrito. Una historia sobre una soldado en la Guerra de Independencia. Ambientada en el año 1778. Una idea inusual. Sin embargo, podría encajar con el espíritu actual de los tiempos. Ken tenía razón. El asunto era prometedor.

Mi estómago gruñó. Me aparté hambriento de la pantalla. Mi ático contaba con una cocina con todos los gadgets que se podían comprar. Sin embargo, nunca la usaba. En Hollywood había suficientes restaurantes que también hacían entregas a domicilio. Me gustaba que me atendieran. Una mirada a mi caro reloj de pulsera me reveló que era la hora punta. A esta hora, el tráfico en Hollywood y Los Ángeles era denso. Seguramente tardaría una hora en llegar al club náutico y poder comer algo en la fiesta de Eric. Un tentempié mientras tanto no vendría mal. Rollitos de primavera de un restaurante asiático para llevar. Justo la base adecuada para noches con alcohol y mujeres.

Me estiré para aliviar la tensión en mi cuerpo después de trabajar frente a la pantalla y sonreí entusiasmado. Ese era un plan. Tenía ganas de que llegara la noche. Beber un buen whisky con Eric para celebrar el nuevo guion que Ken había encontrado. Hacer un plan infalible sobre cómo aplastaría a Byron en el campeonato del club. Además, ligaría con una de las mujeres presentes.

De nuevo, la imagen de la pelirroja apareció en mi mente. *Alex, para. Esa mujer seguramente huiría incluso en la cama. No la necesitas.*

Era cierto, no la necesitaba. Aunque aun así me habría gustado castigarla por su desobediencia y luego follarla.

Capítulo 7

Emma

Detrás del mostrador del Asia Takeaway de Sung, el espacio era estrecho y caluroso. El local era diminuto: la cocina, donde trabajaba mi jefe Sung, el mostrador, donde yo atendía, y una pequeña mesa alta. Aun así, el negocio de Sung era muy popular en la zona. Muchos días, durante mi turno, estaba tan ocupada que apenas tenía tiempo para hacer una pausa.

Hoy también atendía a un cliente tras otro. Rollitos de primavera, arroz, nasi goreng, fideos, sopa. Parecía que todos tenían antojo de comida asiática. Y además, mal humor. Nada de propinas, pero un montón de quejas. La porción era muy pequeña. La porción era muy grande. La comida no estaba lo suficientemente condimentada. La comida estaba demasiado condimentada.

Pero justo ahora se había hecho un momento de calma. Respiré hondo, intentando ignorar el penetrante olor a grasa y especias, estiré los hombros hacia atrás y cerré los ojos por un momento. Anhelaba mi escritorio y la tranquilidad que encontraba al escribir. Pero apenas me había transportado mentalmente a otro mundo cuando el tintineo de la campanilla de la puerta sonó de nuevo. Abrí los ojos, puse mi mejor sonrisa y dije: —Bienvenido a Sungs Takeaway. ¿Qué podemos preparar para usted hoy? —Me parecía ridículo el saludo. No preparábamos nada especialmente. Teníamos comida rápida para llevar. Pero Sung insistía en dar la bienvenida a los clientes con exactamente estas palabras y preguntar por sus deseos.

El cliente que acababa de entrar se parecía un poco a Dean. Desagradable. Además, olía fuertemente a alcohol. Me cayó mal de inmediato. —Necesito unos rollitos de primavera, nena —masculló con el habla poco clara de un borracho. Odiaba que alguien me llamara "nena". Especialmente si ni siquiera lo conocía. Pero era mejor no contradecir a este borracho. En general, no contradecía a los clientes.

—¿Porción pequeña, mediana o grande? —pregunté con una sonrisa forzada. Cuanto más rápido atendiera a este tipo desagradable, más rápido se iría.

—Grande. Una porción decente. No una mitad como tú. —Las palabras fueron acompañadas por una sonrisa lasciva. Me quedé paralizada. Esto también. Hasta ahora siempre me había sentido segura detrás del mostrador. Los clientes ocasionalmente estaban de mal humor o eran groseros. Sin embargo, nunca me habían acosado y no tenía idea de qué hacer ahora.

—¿Y bien? ¿Va a ser hoy? —gruñó el cliente. Me echó su aliento cargado de alcohol en la cara. —No quiero echar raíces aquí. Aunque te encuentro muy guapa, cariño.

Miré alrededor buscando ayuda. No se oía ningún ruido desde la cocina. Sung parecía estar haciendo una pausa en el patio trasero o atrapado en una de sus interminables conversaciones telefónicas con su familia en Asia. El desagradable cliente y yo estábamos solos. Con dedos temblorosos, llené una caja con algunos rollitos de primavera y se la pasé al extraño por encima del mostrador. Lo importante era que se fuera de aquí lo más rápido posible.

—Voy a probarlos ahora mismo. —Con estas palabras, el cliente me arrebató la caja de la mano y le dio un mordisco a un rollito de primavera. —¡Puaj! ¿Qué es esto? —Miró fijamente la caja. —¡Vegetariano! ¿Acaso dije algo de vegetariano?

—N-no... Lo siento. —Apenas pude pronunciar una palabra. El borracho se inclinó sobre el mostrador. Ahora no solo olía su aliento, sino que lo sentía rozar mi cara. El miedo se me había instalado literalmente en la nuca. Todo mi cuerpo se tensó. No quería nada más que huir, pero mis piernas ya no me obedecían. No podía moverme ni un milímetro. El borracho se volvía cada vez más agresivo.

—Ahórrate tus estúpidas disculpas, pequeña zorra. Ahora te voy a enseñar cómo se siente uno cuando tienes algo en la boca que no quieres tener dentro. —El borracho agarró mi brazo.

—No, por favor. —Me sorprendió que mi voz aún funcionara y pudiera decir estas palabras. Llorosa y suplicante, pero aun así. El borracho agarró mi brazo con más fuerza. Me estaba haciendo daño. Empecé a retorcerme y a resistirme.

—Eso ya no te servirá de nada, muñequita —se rio burlonamente. Poco a poco me iba quedando sin visión. Pronto me desmayaría detrás del mostrador, y entonces este tipo podría hacer conmigo lo que quisiera. Empecé a sentir náuseas.

—Deje a la señorita en paz y salga inmediatamente del local. —Una voz enérgica y tranquila. Pertenecía a una mano fuerte que se posó en el hombro del borracho, soltó el agarre de mi brazo y lo apartó de mí. Otro cliente. Debí haber pasado por alto el sonido de la campanilla de la puerta en mi miedo. Ahora exhalé aliviada y me froté el brazo dolorido. Desde atrás, vi cómo mi salvador llevaba al borracho protestante hacia afuera. Se dio la vuelta, volvió y cerró la puerta. Miré su rostro y contuve la respiración. Mi salvador. ÉL. ÉL. El guapo desconocido. Cuyo perro me había saltado encima. Mi parálisis se desvaneció. Mi corazón despertó. Comenzó a latir rápidamente y a saltar. La sangre me zumbaba en los oídos. El desconocido me examinó con sus insondables ojos oscuros. No podía apartar la mirada de él. —¿Se encuentra bien? —preguntó de nuevo con su voz oscura y agradable.

—Yo... sí... todo está bien. Solo me he asustado mucho. —De nuevo me costaba pronunciar una frase coherente. El hombre más atractivo de Hollywood, que me rescata dos veces en un día. Tales coincidencias simplemente no existían. Ni siquiera lo inventaría para uno de mis guiones. Y si lo hiciera, el productor lo tacharía. Demasiado alejado de la realidad. Irreales eran también los pensamientos que pasaban por mi cabeza al ver al atractivo hombre. Sentía calor y frío alternativamente. Recordé su pecho musculoso y tragué saliva con dificultad. *¡Emma! Un poco más y te lanzas sobre él. Déjalo estar. Posiblemente aún esté casado. Seguramente lo está. Con ese aspecto.* Mi salvador sonrió, lo que lo hizo parecer aún más atractivo.

—Esta pregunta se la hago por segunda vez hoy. Y usted me da la misma respuesta por segunda vez. —Una simple constatación, acompañada de otra mirada insondable. Tragué saliva. ¿Qué pensaría de mí?

—Es cierto. Muchas gracias. Me ha salvado —dije con voz algo más firme. Su mirada se intensificó. ¿O era solo mi imaginación? Un hormigueo se extendió por mi cuerpo. Mis labios vibraban. Me mordí el labio inferior para calmarlos. El hormigueo continuó descendiendo. Hasta mi vientre. No me reconocía a mí misma. Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban de vergüenza. Tenía que decir algo ahora para controlar mi cuerpo. Rápido. Respiré hondo—. Bienvenido a Sungs Takeaway. ¿Qué podemos preparar para usted hoy?

Enhorabuena, Emma. No se puede ser más idiota.

—Creo que tomaré unos rollitos de primavera. Me gustan especialmente. —La sonrisa había desaparecido del rostro de mi salvador. Su voz sonaba neutral.

—¿Ración pequeña, mediana o grande? —Recité mecánicamente mi texto. Mis pensamientos iban a toda velocidad.

—Grande. —Una respuesta breve y sobria. ¿Qué debía hacer? Deseaba que Laura estuviera aquí. Ella, a diferencia de mí, sabía manejar estos momentos. Habría hecho un comentario gracioso. Le habría agradecido adecuadamente al desconocido. Lo habría hecho bien.

Mecánicamente, metí los rollitos en una caja. Al menos no tenía que mirarlo mientras lo hacía. Aunque me hubiera gustado hacerlo. Mirarlo. Tocarlo. Sentir sus brazos alrededor de mí otra vez. Empujé el pedido sobre el mostrador. En ese momento, la puerta batiente de la cocina se abrió y entró Sung.

—¡Emma! Tu teléfono no deja de sonar en tu bolso. Me está volviendo loco. Por favor, ve atrás y apágalo. Yo terminaré esto. —Su voz sonaba acusadora. Asentí disculpándome y fui casi automáticamente a la cocina. Allí miré mi teléfono. Cuatro llamadas de un número desconocido. ¿Quién podría ser? Me encogí de hombros. Había desactivado mi buzón de voz para que Dean

no pudiera dejarme mensajes. Así que tendría que devolver la llamada si quería saber quién era. Más tarde. Todavía no tenía descanso. A través de las puertas batientes entre la cocina y la zona de ventas, escuché el resto de la conversación.

—¿Desea algo más? —preguntó Sung. Después de que mi salvador respondiera negativamente, Sung procesó el pago con tarjeta y le deseó una buena noche al desconocido. Apagué mi teléfono y me quedé en la cocina. Indecisa sobre qué hacer. ¿Salir? ¿Y luego qué? ¿Detener al desconocido en el último momento? Consideré encender mi teléfono de nuevo y enviarle un mensaje rápido a Laura. Pero ya sabía lo que diría. Me enviaría de vuelta afuera. Con una frase ingeniosa en los labios.

Esa era Laura. Yo era Emma. Me quedé en la cocina y escuché cómo el desconocido tomó su pedido sin preguntar, le deseó también una agradable noche a Sung y salió de la tienda. Ding-dong hizo la campanilla de la puerta.

Estupendo Emma. Realmente sabes manejarte con los guiones y con los hombres.

Capítulo 8

ALEX

Aparqué mi Jaguar frente al Club Náutico de Santa Mónica y salí. La grava crujía bajo mis caros zapatos. El edificio del club estaba brillantemente iluminado. Detrás se extendía un gran jardín bordeando el mar, con rocas, palmeras y muchos arbustos que los empleados de Eric lograban hacer florecer a pesar del suelo arenoso. Por supuesto, el mejor lugar para aparcar justo frente al edificio del club siempre estaba reservado para mí, junto al Maserati de Eric. Desde aquí también tenía la mejor vista del puerto deportivo. Divisé mi lancha de carreras, la Wild Thing. Con ella finalmente ganaría el campeonato del club. Sonreí triunfante y por fin me sentí normal otra vez.

Durante todo el camino, mi pene había presionado contra mi pantalón. ¡Esa pelirroja bruja! Cuando entré en el restaurante asiático de Sung, la reconocí de inmediato. Sus hermosos ojos verdes se habían abierto de par en par porque un cliente borracho la había insultado y amenazado. Después de que saqué a patadas a ese tipo del local, ella me reconoció y tras un breve agradecimiento me despachó como a cualquiera.

Ardía por dentro. Nunca antes una mujer se había atrevido a tratarme con tanto desprecio. Me entraron unas ganas tremendas de arrastrar a esa bruja fuera del local, darle unas buenas nalgadas en su dulce y pequeño trasero hasta que se pusiera al rojo vivo y luego follarla hasta que gritara de placer. Apenas logré contenerme en ese momento. Realmente no necesitaba perseguir a una mujer. Esta noche había suficientes bellezas de Hollywood dispuestas a todo con tal de disfrutar de mí.

Entré en el edificio del club. Desde adentro llegaban música alta, risas y un gran murmullo de voces. Obviamente la fiesta ya estaba en pleno apogeo.

—Alex, hola —me saludó Eric en la entrada, colgada de su brazo una hermosa morena—. Qué bueno verte, hombre. Ella es Teresa. Es nueva en la ciudad —señaló a la mujer a su lado. Teresa me sonrió.

—Hola Teresa, un placer conocerte. Soy Alex. ¿A qué te dedicas? —miré a Teresa. Por fuera era exactamente mi tipo. Prefería a las mujeres morenas en la cama. Era linda. Eric había demostrado buen gusto al escanear a las damas invitadas.

—Soy actriz —habló Teresa lentamente y tuvo que concentrarse un poco. Claramente ya llevaba encima algunas copas y estaba lista para la siguiente ronda de la noche.

—Qué lindo —dije ausente. Frente a mí había una mujer hermosa, visiblemente dispuesta y probablemente preparada para cualquier cosa. Justo mi tipo. Pero en mi cabeza ya volvía a aparecer esa condenada bruja pelirroja. Así no iba a funcionar. Yo tenía el control—. ¿En qué películas has actuado? —pregunté para mantener la conversación.

—Todavía en ninguna. Eric me dijo que tú eras productor y que quizás podrías ayudarme a conseguir un papel —Teresa batió sus largas pestañas con coquetería. De hecho, yo ya había dado un empujón a la carrera de una u otra de mis amantes. Así funcionaba el trato. Un poco de diversión para los dos, bajo mis reglas, un poco de tutoría para iniciar en Hollywood a la mujer con la que compartía mi cama en ese momento.

—Sí, soy productor, pero el casting lo hace el director. Yo me encargo de los guiones, la financiación de las películas y esas cosas —no me reconocí a mí mismo. ¿Por qué estaba hablando sobre mi trabajo como si fuera un contable? Tenía dinero, fama y contactos con los más grandes de la industria del cine. Mi agenda privada incluía todos los nombres importantes.

Eric se río. Me dio una palmada en el hombro. —Parece que necesitas un trago para entrar en onda, amigo —se volvió hacia Teresa—. Alex es muy modesto. Es el productor más exitoso de Hollywood. Si ves la lista de películas que solo existen gracias a él, te quedarás impresionada —Teresa abrió mucho los ojos y me miró impresionada.

—Vaya, eso es genial. ¿Qué tipo de películas prefieres producir, Alex? —soltó el brazo de Eric y se acercó un poco más a mí.

—La última que produje fue una película bélica. Me gustan la emoción, la acción, las patadas y el drama —Teresa rió entusiasmada.

—Quizás tu próxima producción podría ser un drama romántico. Con un papel para una mujer como yo.

No me atraía en lo más mínimo. Ni siquiera tenía ganas de follarla hoy sin más compromiso. Así que asentí cortésmente y pensé qué decir para deshacerme de ella discretamente, cuando escuché detrás una voz conocida.

—Alex. Qué guapo te ves. Qué lindo verte aquí —me di vuelta y vi a mi ex Claire mirándome directamente con una sonrisa triunfante en su rostro. Ahí estaba mi drama romántico personal.

—Hola Claire. El placer es todo mío —asentí fríamente hacia el acompañante de Claire—. Hola Byron —mi rival en todos los aspectos de la vida: Él tenía a Claire y el trofeo del club, y sin duda estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para también arrebatarme el próximo guion prometedor. Pensé en Ken y el manuscrito de la nueva autora. No conmigo. Ya le demostraría quién manda. Byron me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Alex, realmente me alegro. ¿Qué tal la vida? ¿Ya estás preparado para la próxima regata? ¿Y en qué proyecto andas trabajando? Tenemos que ponernos al día por teléfono uno de estos días —recordé la llamada perdida esta mañana. No tenía motivo para hablar con Byron. Nuestra comunicación se limitaba a las cortesías de ocasión en el club náutico. Todos teníamos claro que en el fondo nos odiábamos. Aparté con un gesto despreocupado de la mano el lugar de mi traje donde Byron me había tocado. Como si espantara una molesta mosca.

—Claro, Byron. Si te comunicas con mi asistente, él buscará un espacio libre en mi agenda —con estas palabras me di vuelta y entré. Eric estaba en la barra coqueteando con la cantinera.

—Alex, amigo, ¿te estás divirtiendo? No lo parece. ¿Acaso Teresa no es amable contigo? —Me sonrió con picardía. Chasqueé los dedos y señalé el vaso de Eric. La camarera asintió, colocó un vaso con hielos frente a mí, tomó una botella y me sirvió un whisky. Teresa. La había olvidado por completo. Probablemente seguía afuera con Claire y Byron. Me encogí de hombros.

—Primero necesito una copa. —Salimos al jardín. Miré hacia mi barco—. Tengo que ganar el campeonato del club, Eric. Byron no debe tener ninguna oportunidad. El trofeo es mío. El año pasado Byron ganó solo porque me empujó a un lado. Eso no puede volver a suceder. Tenemos que arreglar un poco *Wild Thing*. Entonces Byron ni siquiera se acercará a mí en el agua.

—Sí, sí, está claro. No te preocupes tanto por esas tonterías. Te dije que encargaría las piezas necesarias. Me encargaré de eso. Aunque Byron es miembro aquí, y no puedo expulsarlo. Pero ya sabes, amigo, estoy de tu lado. —Eric levantó el vaso de whisky y dio un profundo trago—. Y ahora relájate. Estás aquí para divertirte. Si Teresa no te gusta, hay otras chicas ardientes que seguramente estarían encantadas de acompañarte a casa —dijo con tono sugerente.

—Claro, lo sé. —No sonaba muy entusiasmado. Eric lo notó de inmediato—. ¿Te sometiste a una extracción completa? Estabas muy emocionado cuando hablamos por teléfono hace un par de horas. —A veces, Eric era insuperable en su franqueza. A cualquier otra persona la habría puesto en su lugar de inmediato. Pero Eric y yo compartíamos una larga historia.

—Sí, bueno. Tal vez simplemente no es mi tipo. Hoy me encontré dos veces con una bruja pelirroja a la que hubiera follado en el acto. —No podía creer que lo hubiera dicho. Yo era Alex Carter. Solo me rodeaba de mujeres que podía tener y que me obedecían en todos los sentidos. En todos.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿O al menos la trajiste aquí? —La pregunta de Eric era lógica. Él volvió a dirigirse hacia el club. Su bebida estaba vacía.

—Se esfumó. Probablemente ya la follan regularmente en casa. —Odiaba admitirlo. Ninguna mujer me dejaba plantado. Nunca. Aunque siempre mantenía distancia con las mujeres casadas.

No quería problemas con esposos o amigos. Pero incluso en esos casos, era yo quien se iba. No la mujer.

Eric sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Entonces es una razón más para buscar otra opción por aquí. Seguramente no volverá a aparecer. —Un razonamiento lógico. Simplemente odiaba quedar como un perdedor. Pero ante la pelirroja, así me había dejado.

—Tienes toda la razón. De todos modos, tengo que volver a casa. Ken ha encontrado un guión prometedor entre los manuscritos enviados sin solicitar. La autora vendrá a la oficina mañana. Debería echarle un vistazo más detallado y no dejarle ninguna oportunidad a Byron. Seguramente también lo tiene. Nadie envía su guión a un solo productor —expliqué rápidamente.

—Como quieras. Pero estás envejeciendo. Antes habrías llevado a Teresa a casa y luego habrías leído el guión. —Eric me sonrió provocativamente—. Al menos toma la tarjeta de Teresa. Tal vez cambies de opinión. Si no es hoy, quizás mañana.

Cuando tenía razón, la tenía.

Capítulo 9

EMMA

Descanso. Por fin. Realmente me lo había ganado. Fui a la cocina y encendí mi teléfono. Tres llamadas perdidas más del número desconocido. Fruncí el ceño. ¿Quién podría ser? El apuesto desconocido difícilmente tendría mi número. Y si lo tuviera, seguramente no me llamaría. Mucho menos varias veces. Me había comportado simplemente de manera ridícula. Dos veces apenas había logrado decir una palabra.

Salí con el teléfono por la puerta trasera y me senté en el escalón que conducía al destartalado patio trasero. A mi lado estaban los contenedores de basura para los desechos de la cocina. Me sorprendí una vez más de que el penetrante olor a grasa y restos de comida no atrajera a las ratas. Como siempre, preferí no respirar profundamente, aunque me hubiera hecho bien. Mi cabeza daba vueltas. Dean. Mi salvador en dos versiones. El borracho. Qué día. En dos horas terminaría mi turno y finalmente estaría en la cama. Estaba cansada y, sin embargo, al mismo tiempo completamente despierta. Al pensar en mi salvador, mi corazón comenzó a latir más rápido de nuevo.

El teléfono en mi mano vibró. Miré la pantalla. La siguiente llamada del número desconocido. Respondí rápidamente.

—Hola, habla Emma Taylor —dije con curiosidad.

—Buenas noches, señorita Taylor, soy Ken Miller. —El nombre no me decía nada. Tampoco reconocía la voz. Supuse que era un hombre de unos cincuenta y tantos años con los hombros ligeramente encorvados—. Soy el asistente de Alex Carter. Nos envió su sinopsis *Love, War and Independence*. La hemos leído. A Alex le gustaría hablar con usted al respecto. Preferiblemente mañana por la mañana. —Mi interlocutor terminó su explicación y guardó silencio expectante.

—Yo... eh... oh... wow —balbuceé. Era esa. La llamada que había estado esperando durante tanto tiempo. Presioné el teléfono más cerca de mi oído—. Esto es una locura. Yo... apenas puedo creerlo. —*Genial, Emma. El día termina como empezó. Como siempre, no sabes qué decir en el momento decisivo.* Pero el asistente de Alex Carter era una persona amable. Me sacó de mi dilema.

—Entiendo su sorpresa. ¿Le vendría bien mañana a las 10 en punto? ¿En la oficina del señor Carter? —Ken Miller sonaba agradablemente objetivo y tranquilo. Probablemente solo estaba tachando su lista de tareas pendientes.

—Sí, por supuesto. —Locura. Locura. Poco a poco, el significado de la noticia se estaba filtrando en mi mente. Un productor estaba interesado en mi guion. Tal vez se convertiría en una película. Con un cartel de cine que colgaría sobre el cine cuando pasara por allí en unos meses. Podría pagar mi alquiler. Una sonrisa se extendió por mi rostro. Definitivamente era LA llamada.
—Bien, entonces esperamos darle la bienvenida mañana aquí. Le deseo una buena noche. —Clic. Ken Miller ya había colgado. No era de extrañar, el pobre me había llamado ocho veces en las últimas horas. ¿Siempre trabajaría hasta tan tarde?
Me quedé mirando mi teléfono. Esto realmente había sucedido, ¿verdad? Reprimí un pequeño grito de júbilo. ¿Qué tan maravilloso era esto? Tenía que contárselo a alguien para poder creer esta noticia yo misma. Rápidamente le envié un mensaje a Laura.
¿Puedo pasar por tu casa después del trabajo? Tengo maravillosas noticias para celebrar.
Laura estaba en línea y respondió de inmediato: *Por supuesto. ¿Qué es? ¿Una cita?*
Típico de Laura. Sonreí y escribí: *Mucho mejor. Te veo más tarde.*
Dos horas más tarde, finalmente me puse en camino a casa. Estaba cansada. Me dolían las piernas de tanto estar de pie. Al mismo tiempo, estaba totalmente eufórica. Seguramente no podría dormir esta noche. Por eso, una visita a Laura era exactamente lo que necesitaba ahora. Ella vivía en un bloque de apartamentos bien renovado, donde, a diferencia de mi cuchitril, no había moho ni corrientes de aire. Pero sí agua caliente siempre.
Subí las escaleras hasta el apartamento de Laura y toqué el timbre. Laura abrió. —Emma. Qué bueno verte. Pasa. Estoy que reviento de curiosidad. —Todo el apartamento olía a galletas recién horneadas. Me dejé caer en el cómodo sofá marrón y sonreí radiante—. Laura, estoy tan feliz.
—Hace mucho que no te oía decir eso. ¿Debería abrir un champán? —Laura estaba de pie expectante junto a la mesa de café. Le encantaba el champán y siempre tenía una botella lista en su nevera. Sin embargo, yo estaba demasiado emocionada como para beber alcohol ahora.
—Aunque lo merecería, si lo hago, seguro que no podré dormir esta noche. —Tenía que estar en forma mañana para causar una buena impresión a Alex Carter. Después de todo, él debía comprar mi sinopsis y trabajar conmigo para convertirla en un guion digno de una película.
—¿Lo merecería? ¿Qué es "lo"? ¡Vamos, suelta la noticia de una vez! —Laura se dejó caer a mi lado en el sofá y me miró expectante.
Saboreé un poco más la maravillosa sensación de poder anunciar pronto una buena noticia y luego celebrarla junto con mi amiga, aunque fuera sin champán—. El asistente de Alex Carter me llamó. EL productor aquí en Hollywood. Están interesados en mi guion. Tengo una cita allí mañana. —Sonreí y sentí cómo mis mejillas se enrojecían de orgullo.

—¡Emma! —Laura me abrazó—. Esas son noticias fantásticas. ¿Ves? Te dije que tenías que creer en ti misma. Lo lograrás. —Intenté restarle importancia al asunto. Después de todo, aún no había vendido el guion.

—Bueno, hasta ahora es solo una cita. Eso no significa que lo vayan a aceptar.

—Emma, es una oportunidad maravillosa. —Para Laura, yo ya había vendido el guion.

—Sí —dije vacilante—. Estoy muy nerviosa, Laura. ¿Qué pasa si lo arruino mañana y no quieren la sinopsis? —Después de todo, nunca había tenido una cita con un productor. No tenía idea de cómo funcionaba algo así y qué esperar. Laura me dio unas palmaditas en el hombro.

—Entonces alguien más se pondrá en contacto. Hay más de un productor en Hollywood. Si tu guion es bueno, todos lo querrán. No pienses demasiado en la cita —Laura sonaba alegre—. Necesitas distraerte. Ahora voy a prepararnos un chocolate caliente, y puedes volver a contarme sobre ese hombre atractivo cuyo perro te saltó encima. Así te garantizo que dormirás bien esta noche —Laura se rio. Sus palabras me distrajeron de la cita pendiente, pero no me tranquilizaron. Mi salvador probablemente sería una razón más para pasar una noche inquieta, sin poder pegar ojo.

Al pensar en el hombre atractivo con el que me había encontrado dos veces hoy, sentí que me acaloraba, y eso sin necesidad del chocolate. Seguí a Laura a la cocina. A diferencia de mi impersonal cocineta, aquí era acogedor. Una encimera brillante, armarios bonitos y un rincón cómodo con cojines coloridos, donde me senté ahora.

—El salvador. Lo volví a ver —Me daba vergüenza confesárselo a Laura. Seguro que me preguntaría dónde tenía su número de teléfono.

—¿Qué? —Laura se volvió hacia mí con la leche en la mano. Sus ojos marrones me miraron con un destello—. ¡Emma Taylor! Hay que sacarte las palabras con sacacorchos. ¿Por qué me lo dices solo ahora? —El tono indignado de su voz contrastaba con su rostro sonriente.

—Es que no ha habido tiempo, Laura. Además, no ha pasado nada —Como siempre, yo moderaba el entusiasmo de Laura. No quería admitir, ni ante ella ni ante mí misma, qué sentimientos despertaban en mí los pensamientos sobre el atractivo desconocido con el perro.

Laura vertió la leche caliente sobre el chocolate en polvo en las tazas y se sentó conmigo. —Quiero saberlo todo con exactitud. Cada detalle —Yo di un sorbo a mi chocolate caliente. También aquí estaban las galletas con chispas de chocolate de Laura en un bote sobre la mesa. Cogí una y le conté a Laura sobre el borracho y mi salvador.

—¿Te salva dos veces en un día, te parece atractivo y tú no haces... nada? ¡Así no vas a llegar a ninguna parte con los hombres, Emma Taylor! —Cuando terminé mi historia, Laura expresó su

disgusto conmigo. Mi mejor amiga rara vez se guardaba su opinión, ya fuera positiva o negativa. Con Laura siempre sabía a qué atenerme. De la misma manera, siempre podía contar con su apoyo.

—Él tampoco hizo nada —Me di cuenta de lo débil que sonaba eso. Pero ¿qué debía decirle a Laura? ¿La verdad? ¿Que me había asustado mi propio valor? Laura puso los ojos en blanco.

—Te salvó, Emma. Después de eso, bien puedes dar un pequeño paso hacia él, en lugar de esconderte en la cocina tras un breve gracias.

—Sí. Lo sé —Respiré hondo—. Pero da igual, de todos modos no volveré a verlo. No existen tantas casualidades. Ahora lo importante es mi guion. Quiero que salga bien la conversación de mañana y no pensar en hombres.

Eso dije, y sin embargo, inmediatamente volví a pensar en mi salvador. ¿Cómo estaría pasando la noche? Seguramente en brazos de una mujer más guapa que yo. Hombres como él podían tener a quien quisieran. Tal vez estuviera casado. *¡Emma! No pienses en esas cosas. Piensa en mañana.*

Laura asintió comprensivamente. Sabía lo importante que era el guion para mí.

—Lo lograrás, Emma. Tu guion es bueno. De lo contrario no te habrían llamado —Me dio unas palmaditas alentadoras en la mano y me sonrió cálidamente.

Volví a respirar hondo. —Sí. Puedo hacerlo. Mi guion es bueno. Lo quieren. De lo contrario no me habrían invitado —Necesitaba urgentemente animarme a mí misma. Un poco del optimismo de Laura me vendría bien.

Me levanté. —Pero ahora me voy a ir despacio a casa, Laura. Si no, mañana no estaré en forma. Será la conversación más importante de mi vida.

Capítulo 10

ALEX

Ken dio dos golpes cortos en la puerta de mi oficina. Esta mañana, después de una noche más bien corta en el club náutico de Eric, había dejado a Roddy con el cuidador de perros y había llegado temprano a la oficina. Por eso, ya había leído y comentado intensamente el resumen de Emma Taylor para discutirlo juntos. Sin embargo, mi decisión ya estaba tomada: *Love, War and Independence* tenía potencial. Quería tener el guion y trabajarlo junto con Emma Taylor para que estuviera listo para ser filmado. La historia no solo tenía un enfoque original, sino también sustancia. Emma Taylor obviamente tenía talento.

Los golpes de Ken sonaron de nuevo. —¿Alex? —Ken sabía que yo estaba presente. Pero nunca entraría a mi oficina sin mi permiso. Sin importar lo que estuviera pasando dentro. Ken lo oía todo, veía a todos y solo se daba por enterado de lo que debía. Una ventaja incalculable cuando traía a una mujer a la oficina.

—Sí, pasa —respondí. Seguramente Emma Taylor habría llegado mientras tanto. Estaba ansioso por conocer a la talentosa autora de la que nadie en Hollywood había oído hablar hasta ahora. Ken abrió la puerta.

—Emma Taylor está aquí —dijo como era de esperar. Dejé mi bolígrafo sobre el escritorio y me levanté para saludar a la autora de mi próximo éxito de taquilla. Me quedé paralizado a medio movimiento. Pasando junto a Ken, la pelirroja mezcla de bruja y elfa entró en la oficina. Me miró con sus grandes ojos verdes, que hoy brillaban tan mágicamente como ayer. Llevaba un vestido blanco que realzaba maravillosamente sus pechos y traía consigo el enorme bolso de cuero desgastado de nuevo. Sin duda. Era ella. La mujer que me había rechazado dos veces. *Ella* era Emma Taylor.

—¿Puedo traerles un café? ¿Y para ti, Alex? —preguntó Ken cortésmente. Emma Taylor no era en absoluto tímida hoy y respondió primero.

—Gracias, me encantaría uno. —Su voz sonaba tan melodiosa como ayer. Para nada nerviosa. Como si fuera completamente normal que ella estuviera aquí. Bueno, en cierto modo lo era. La mujer tenía nervios de acero. Sin embargo, esta seguía siendo mi oficina, y el jefe aquí era yo.

—Para mí también, por favor, Ken. —Mi voz sonó dura. Ken cerró la puerta. Señalé el área de asientos.

—Señorita Taylor. Es un placer conocerla. Qué agradable sorpresa —mentí. Lo que más me hubiera gustado era rechazar a la bruja pelirroja tan fríamente como ella me había rechazado a mí ayer. Pero necesitaba su idea para el guion. El mercado estaba completamente estancado.

—Lo mismo digo. Es... um... ciertamente una sorpresa. Pero al menos ahora puedo agradecerle por haberme salvado dos veces ayer. —Emma Taylor me sonrió radiante. Su cabello rojo parecía brillar, y sus ojos verdes centelleaban más que nunca. Si hace un momento hubiera querido echarla, mi polla definitivamente tenía una opinión diferente. Ya estaba presionando contra mis pantalones de nuevo. Lo que más quería era tumbar a la pelirroja de ojos verdes, Emma, sobre el escritorio y follarla dura y largamente hasta que gritara pidiendo alivio. Alivio a través de mí.

—Me alegra mucho haber podido estar a su servicio. —Lo dije con una buena dosis de ironía en la voz. Emma Taylor no debía pensar que esta cita sería un juego de niños, después de todo lo que había pasado entre nosotros ayer.

Ken apareció en la puerta con dos cafés, lo que me dio tiempo para pensar brevemente. La bruja pelirroja era Emma Taylor. Estaba aquí en mi oficina. Yo quería su guion. Y la quería a ella. Mi polla la quería. Ella debería estar incondicionalmente a mi servicio. Sí, estaba seguro de que la conseguiría. El asunto era muy simple: compraría su guion y seguiríamos trabajando juntos en él. Impulsaría su carrera, como lo había hecho con muchas mujeres en los últimos años. La única condición era que Emma aceptara un pequeño acuerdo especial que me permitiera ejercer plenamente mi dominancia. Follármela cuando, donde y como quisiera. Por cierto, hacía este tipo de acuerdo especial con todas mis aventuras. En mi negocio, no podía permitirme una reputación dañada. Por eso siempre tenía un ejemplar listo en mi cajón. Ahora Emma Taylor solo tenía que firmar. Entonces ya no podría huir de mí. Internamente, me frotaba las manos.

Emma se había levantado para tomar las tazas de café de Ken. Perfecto. Así que estaba dispuesta a servirme. Así es como debía ser. Ken desapareció de nuevo. Emma puso las tazas sobre la mesa.

—Me alegra mucho que mi guion haya captado su atención, señor Carter —dijo cortésmente. Asentí. Emma me excitaba mucho más que el guion. Sus pechos estaban justo a la altura de mis ojos. Quería desesperadamente sentirlos en mis manos.

—Es realmente una buena historia con mucho potencial, Emma. Estaré encantado de trabajar contigo para convertirla en una película. —Los hermosos ojos verdes brillaron de alegría.

—¿Sí? Eso es maravilloso, señor Carter. Casi había perdido la esperanza de que pudiera llegar a algo. —Ella seguía llamándome señor Carter, aunque yo la trataba de Emma. Una clara señal de sumisión. Emma me gustaba cada vez más. Además, su entusiasmo parecía genuino. A

diferencia de la calculadora Teresa, parecía decir solo lo que pensaba. Por si fuera poco, aparentemente no era consciente del efecto que tenía en los hombres.

—Me gusta trabajar con guionistas prometedoras y desconocidas —respondí brevemente. No quería ponérselo tan fácil a Emma. Pero ella interpretó mi comentario de manera muy diferente.

—Usted es mi salvación. Estaba a punto de dejar Hollywood de nuevo. Sabe, prácticamente estoy en la ruina —suspiró aliviada. Esto era maravilloso. Así, la bruja pelirroja no solo caería en mis brazos esta vez, sino directamente en mi cama. Me levanté y me dirigí hacia la elegante vitrina donde mis premios por mis películas estaban perfectamente alineados.

—Como puedes ver, ya he tenido algunos éxitos. —Emma me siguió y se paró a mi lado. Observó detenidamente las estatuas, trofeos y certificados. Ahora estaba casi tan cerca de mí como en la calle, después de que Roddy la hiciera caer. El mismo aroma floral me llegó a la nariz.

Capítulo 11

EMMA

Me encontraba frente a la vitrina, observando las estatuas y premios pulidos que demostraban que Alex Carter era un hombre que conocía bien el negocio del cine. Eso ya lo sabía de antemano. Cuántas veces había leído su nombre en los créditos, sentada en la oscuridad del cine, mirando fijamente la pantalla incluso después de que la película hubiera terminado, todavía completamente cautivada por la historia que acababa de desarrollarse ante mis ojos. Ahora me preguntaba si estaba en la película equivocada. Alex Carter era mi apuesto salvador, y este era nuestro tercer encuentro. Ningún guionista podría haber ideado algo así. Miré de reojo a Alex con cautela. No tenía idea de cómo se sentía. Parecía completamente normal y relajado.

En mi interior, nada era normal. Mi corazón latía con fuerza. Por el rabillo del ojo, percibí los musculosos brazos que me habían atrapado ayer en la calle y que, poco después, habían sacado enérgicamente al borracho de la tienda de Sung. Se me secó la boca. Tragué con dificultad. Cuando Alex me dio la mano para saludarme y miré sus ojos oscuros, apenas pude mantenerme en pie. De repente sentí calor. Deseaba no soltar nunca su mano. Aún más, deseaba besarlo.

Me asusté internamente de mí misma. Yo, la tímida Emma, quería besar a un prácticamente desconocido. Y nada menos que a ÉL. Alex Carter, que estaba interesado en mi guion. Mi futuro dependía de él. Porque, siendo sincera, Laura me había prestado el dinero para el alquiler que le debía a Dean. Pero si no vendía mi guion, en tres meses estaría en la misma situación que hoy. Entonces Laura ya no podría prestarme más dinero. TENÍA que tener éxito ahora. Alex Carter TENÍA que aceptar el guion. Por suerte, esta mañana había practicado algunas frases estándar sobre mi guion y una posible colaboración, que aún recordaba. Esperaba así parecer tan profesional y relajada como Alex Carter. Él no debía darse cuenta en absoluto de los sentimientos que despertaba en mí.

—¿Cómo se te ocurrió la idea para la historia? —continuó Alex con la charla sobre mi manuscrito. Una pregunta que podía responder. Sin embargo, fingí seguir examinando los premios en la vitrina mientras hablaba.

—Es difícil de describir. Leí varios libros sobre la Guerra de Independencia. De repente, en medio de eso, pensé: ¿y si una mujer hubiera luchado en aquel entonces? Disfrazada de hombre, por supuesto. —Por fin reuní el valor para apartarme de la vitrina y mirar a Alex. Mi explicación

no sonaba particularmente emocionante. ¿Se reiría de mí por eso? En ese momento, sentí que el tacón de mi zapato derecho cedía bajo mi peso. *Crack* hicieron mis viejos zapatos de tacón. Mis únicos zapatos de tacón. No había tenido dinero para comprarme unos nuevos. Estos, por supuesto, también eran de una de las tiendas de segunda mano donde compraba la ropa desechada de las estrellas y los ricos de Hollywood. Normalmente obtenía buena calidad allí. Muchas prendas aún estaban sin usar. Estos zapatos, sin embargo, parecían haber pasado ya su mejor momento.

Tropecé y apenas logré agarrarme a la vitrina. Alex Carter me sujetó del brazo. Involuntariamente, solté la vitrina. Antes de darme cuenta, ya estaba de nuevo en los musculosos brazos de Alex. Busqué más apoyo y, de repente, mis brazos rodearon su musculoso torso. Estaba abrazando a Alex Carter. Quería soltarme inmediatamente, pero mi cuerpo no me obedecía. Mi corazón latía tan fuerte que Alex seguramente podía sentirlo. Con los ojos cerrados, inhalé su perfume. Un aroma a cuero mezclado con un toque de caramelo. Alex me abrazó. Me apretó ligeramente contra sí. De repente, su mano se deslizó hasta mi trasero y apretó mi nalga izquierda. Abrí los ojos de golpe, pero no me moví. Alex comenzó a amasar suavemente mi trasero. El calor se extendió por mi cuerpo. Un hormigueo comenzó en mi vientre y no pude reprimir un suave gemido. ¿Cómo iba a trabajar con él? Con cada toque, encendía un poco más de deseo en mí. En mi cabeza escuché la voz de Laura. *«Con el próximo tipo guapo, al menos saldrás en una cita»*. ¿Qué debía hacer? En mi oído, escuché la cálida voz de Alex Carter.

—Si me sueltas, te haré una oferta muy especial ahora mismo. —¿Me lo estaba imaginando o su voz sonaba seductora? Su mano apretó mi trasero una última vez. Me dio una palmada ligera pero inequívoca en el trasero. Su mano subió por mi espalda, me sujetó brevemente por la nuca. Por un momento pensé que Alex iba a besarme. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y el calor en mi centro se intensificó.

Capítulo 12

ALEX

Esa bruja pelirroja estaba de nuevo en mis brazos. Mi decisión estaba tomada. Esta vez no se escaparía tan fácilmente. Su cuerpo estaba seductoramente presionado contra el mío. Sentía sus pechos. Del tamaño perfecto. A través de al menos dos capas de ropa, sentí algo más. Sus pezones estaban duros. Me deseaba. Sonreí internamente. La verdad era que yo también la deseaba. Desesperadamente. Mi polla palpitaba en mis pantalones. Amasé su dulce y pequeño trasero y por un momento pensé en besarla. Pero me contuve. Emma Taylor era diferente a las mujeres con las que solía acostarme. Por eso era mejor aclarar primero todas las condiciones. Después, introduciría a Emma en nuevos mundos y le mostraría nuevas dimensiones de placer. Pronto. Pronto viviría mi dominio con Emma. Seguí sosteniendo a Emma por el brazo y la llevé de vuelta a la pequeña mesa de reuniones. Más vale prevenir que curar. Esta mujer era capaz de caer en mis brazos de nuevo sin previo aviso, y entonces no podría garantizar nada. Emma se sentó. Saqué el contrato estándar para guionistas de mi escritorio.

—Como dije, he decidido seguir desarrollando el guion contigo. Haremos una película exitosa. Como pago, recibirás el anticipo habitual y luego una cierta participación en las ganancias. Pero debes cumplir ciertas condiciones —miré a Emma con severidad. Ella había aportado una idea original, pero no debía creer que eso le otorgaba derechos especiales en nuestra relación. Emma asintió con entusiasmo y escuchó atentamente. Evidentemente estaba muy dispuesta a cumplir las condiciones. Continué.

—Trabajaremos juntos aquí en el guion todos los días. La base ya es muy buena. Pero para que sea una película que los espectadores realmente quieran ver y amar, aún son necesarios algunos ajustes. La historia necesita un poco de impulso. El antagonista debe aparecer de manera más prominente —no demasiados elogios en este punto. Emma no debía creer que su idea era una por la que todos los productores de Hollywood se chuparían los dedos.

—Estoy muy emocionada de trabajar con usted y poder aprender de usted, señor Carter —Emma sonaba tensa. Sonreí internamente. Me gustó esa frase. Mostraba cierta disposición a la obediencia. Sumisión. Me aclaré la garganta.

—Estarás a mi disposición más allá del trabajo —dije breve y directamente. Emma Taylor levantó la mirada de nuevo. En sus ojos verdes había confusión.

—¿Qué quiere decir, señor Carter? —Sonreí internamente. Todavía me llamaba señor Carter. Era claramente la adecuada para este trabajo. Aunque era obvio que no tenía idea de este tipo de arreglos y no sabía cómo interpretar mis palabras.

—Me gusta promover la carrera de guionistas y actrices prometedoras en muchos aspectos. Las introduzco en la alta sociedad de Hollywood. Pueden acompañarme a varios eventos. Sus fotos aparecen en la prensa, con un comentario benevolente —esto sonaba aún inofensivo, y así lo entendió Emma.

—Eso suena maravilloso. No conozco a casi nadie en Hollywood. Eh... al menos a nadie importante —de nuevo, el rubor avergonzado que ya conocía cubrió las mejillas de Emma.

—Sin embargo, por esto espero también las correspondientes contraprestaciones. Estas se estipularán en el contrato —dejé que mi mirada recorriera lentamente el cuerpo de Emma. Elegí mis palabras cuidadosamente para que no tuviera ninguna duda sobre lo que quería decir.

—Estarás a mi disposición *día y noche* y cumplirás mis deseos —breve, conciso y contundente. Emma obviamente necesitaba algo de orientación. Estaba seguro de que esta vez no huiría. Firmaría. Sus gemidos, cuando antes sostuve su perfecto trasero en mi mano, y sus pezones duros me mostraron exactamente lo que realmente quería. O mejor dicho, a quién. A mí.

El rubor en las mejillas de Emma se intensificó. No sabía dónde mirar. Su mirada se dirigió a la exclusiva alfombra oriental sobre la que estaba la pequeña mesa de reuniones. De allí volvió a subirla hacia mí. En sus ojos verdes había una mezcla de confusión y deseo. Ahí está, lo sabía.

—¿Quiere decir...? —Emma no se atrevía a expresar lo obvio y sin embargo lo quería igual. Podía ver a través de su vestido cómo sus pezones se endurecían de nuevo. También mi polla presionaba de nuevo contra mis pantalones. Me hubiera encantado poner a Emma sobre mis rodillas inmediatamente, darle una buena zurra en el trasero y ordenarle que chupara mi polla. Sin embargo, continué.

—Quiero decir exactamente eso. Serás mi amante. Tengo ciertas preferencias, y te someterás a ellas —los ojos verdes se agrandaron aún más.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Carter? —Oh, me encantaba. Estábamos hablando de sexo y ella todavía me llamaba señor Carter.

—Te someterás a mí. En todos los aspectos. Obedecerás mis órdenes. Te llevaré al límite entre el placer y el dolor. A través de esto, experimentarás un placer como nunca antes lo has sentido. Créeme: te gustará. Lo amarás. Después no querrás nada más. Me suplicarás que haga contigo lo que quiera —disfruté estas palabras. Aún más disfruté las imágenes de Emma y yo que tenía en mi cabeza mientras las decía.

—¿Y si no me gusta? —la voz de Emma sonaba insegura. Asentí tranquilizadoramente.

—Te gustará. Te llevaré más lejos de lo que crees que puedes ir. Pero nunca demasiado lejos. Para que estés tranquila, también regularemos contractualmente esta parte de nuestra, llamémosla

'colaboración'. Así estarás en el lado seguro —Emma asintió lentamente. Podía ver que le gustaba la idea. En sus ojos se podía ver claramente cómo el deseo y la inseguridad luchaban entre sí.

—¿Eso significa que quien no se acueste con usted no puede trabajar con usted? Eso es chantaje.

Vaya. Mi brujita tenía principios morales y se atrevía a expresarlos. Muy a mi pesar, estaba impresionado. Quizás no era tan tímida como había supuesto. Sin embargo, era hora de mostrarle por primera vez quién mandaba aquí.

—Oh no, mi pequeña bruja, lo estás viendo todo mal. De las chicas que trabajan conmigo, solo unas pocas reciben el privilegio de estar a mi disposición en todos los aspectos durante un tiempo. Muchas incluso se pelean por ello.

Emma parecía pensativa. Su vacilación me estaba volviendo loco. Al igual que en nuestros encuentros de ayer. Realmente no podía decir qué hacía que no pudiera sacármela de la cabeza.

—Hmm... no estoy familiarizada con esto —dudó ella. Dejé que mi mirada recorriera su cuerpo y sonreí de manera tranquilizadora.

—Eso no es un obstáculo. Supongo que tampoco has terminado nunca un guion con un productor, ¿verdad?

Ella asintió.

—Te introduciré en ambos mundos. Solo tienes que estar dispuesta a seguirme.

Me incliné hacia Emma, aparté un mechón de pelo rojo de su rostro y la miré a los ojos. Mi mano descendió por su cuello y se detuvo brevemente sobre su escote. La respiración de Emma se volvió más superficial. Retiré mi mano, fui a mi escritorio y saqué una copia del contrato de una página que normalmente hacía firmar a mis compañeras. En él estaba todo regulado, incluida la confidencialidad. Yo era un hombre conocido en Hollywood. No podía permitirme problemas con la prensa del corazón.

—Puedes leerlo con calma.

Emma tomó la hoja de papel y la revisó rápidamente. Vi cómo sus ojos se detenían en algunos puntos.

—¿Puedo pensármelo hasta después de la pausa del almuerzo?

En su voz había inseguridad y, debajo, solo perceptible para oídos entrenados, deseo. Estaba seguro de que quería firmar y solo no se atrevía aún. Mi miembro presionaba contra mis pantalones, y me hubiera encantado poner el bolígrafo en la mano de Emma para que firmara de una vez. Pero no dejé que se notara nada de mis pensamientos. Ella debía decidirse por mí.

—Por supuesto. Nos encontraremos aquí de nuevo después de la pausa del almuerzo.

Capítulo 13

Emma

Miré fijamente el contrato. ¿En qué me había metido? ¿Era esto una prueba? Y si lo era, ¿cómo podía superarla?

Alex Carter me superaba ampliamente en todos los aspectos. Acababa de toparme por tercera vez con el hombre de mis sueños, y me estaba ofreciendo una relación contractual. Dos relaciones contractuales, para ser exactos. Una profesional y otra... bueno, privada. Mi guion. Sus reglas.

Todo me daba vueltas en la cabeza. ¿Qué debía hacer ahora? No podía convertirme en una prostituta, ¿verdad? Pero lo peor de todo era que una parte de mí no deseaba nada más que eso. YO no deseaba nada más que eso. ¿A qué oscuros abismos de mi alma me estaba haciendo mirar Alex Carter? ¿Y adónde más me llevaría?

Mi cabeza me gritaba que me fuera de una vez, pero mi cuerpo me decía que debía ser diferente. Mientras leía el contrato, una ola de calor tras otra me invadía. Mis labios hormigueaban y mi corazón se aceleraba. La mano con la que sostenía el papel parecía arder. Me sentía incapaz de tomar una decisión.

«¿Puedo pensármelo hasta después de la pausa del almuerzo?», pregunté con más seguridad de la que sentía. ¿Me lo estaba imaginando o había visto un destello de impaciencia en los ojos oscuros de Alex?

«Por supuesto. Nos reuniremos aquí después de la pausa del almuerzo». Su voz no revelaba lo que pensaba de mi pregunta. Se levantó y me acompañó hasta la puerta. Caminaba tan cerca detrás de mí que volví a oler su perfume. Y algo más... que olía inconfundiblemente a él. Quería darme la vuelta y caer una vez más en sus brazos, pero me contuve. Una cosa estaba clara: los sentimientos estaban fuera de lugar aquí.

Bajé las escaleras hasta la calle con mi tacón roto y mis rodillas temblorosas. Allí había una parada de autobús. Me uní a los que esperaban y llamé a Laura. Por suerte, contestó de

inmediato.

«¿Emma? ¿Cómo ha ido?», preguntó emocionada. Respiré hondo.

«Sí... no lo sé exactamente. Tengo que hablar contigo. Urgentemente. Ahora mismo. ES él, Laura. El hombre de ayer. Mi salvador. Es Alex Carter». Las palabras salieron de mí sin control.

«¿QUÉ?» Laura casi me gritó al oído.

«¿Puedo ir a verte, Laura? ¿Puedes hacer una pausa y tomamos un café rápido? Entonces te lo contaré todo. Tengo que decidir si acepto su oferta». Mi ritmo cardíaco se fue calmando poco a poco y mi respiración se hizo más lenta. Laura me ayudaría a descubrir qué era lo mejor que podía hacer.

«¿Oferta? Vaya, Emma, ¡qué maravilla! Esto es lo que has estado deseando todo este tiempo. Para esto has trabajado tan duro. ¿Qué tienes que pensar?» Laura sonaba alegre.

«Bueno... hay algo más. No puedo explicártelo por teléfono. Hay gente a mi alrededor por todas partes. Estoy en la parada del autobús. Por favor, Laura, necesito verte urgentemente». Elevé una plegaria al cielo. Esperaba que Laura tuviera unos minutos libres entre sus clientas.

«Hoy es tu día de suerte, Emma. Una de mis clientas no ha venido y tengo un hueco ahora mismo», dijo Laura. Suspiré aliviada.

«El autobús está llegando, Laura. Son solo dos paradas. Hasta ahora». Terminé la llamada y subí al autobús. Dos paradas después, me bajé y caminé lo más rápido que pude con el tacón roto los metros restantes hasta Laura's Beauty Place. Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza. Me alegré cuando vi el familiar letrero de neón en verde brillante y tranquilizador que iluminaba el escaparate de Laura día y noche. Abrí la puerta. Laura estaba en la caja y levantó la vista de sus cálculos cuando entré.

«Emma. Parece que tienes mucho lío». Su voz sonaba cálida y tranquila, y de repente me sentí ligera de corazón. Abracé a Laura.

«Me alegro tanto de verte. Necesito urgentemente tu consejo». Laura me abrazó suavemente.

«Cuéntame». Fuimos a la cocina de atrás, donde nos habíamos sentado el día anterior. Me dejé caer en una de las sillas. Laura llenó de agua la tetera eléctrica y sacó la lata de galletas con trocitos de chocolate del armario.

«Creo que necesitas un poco de azúcar. No pareces capaz de pensar con claridad ahora mismo». Cogí una galleta de la lata y le di un mordisco. Me sentó bien. Sentí cómo mi cuerpo se relajaba un poco mientras comía.

«Laura. Entré allí, y ERA él. El hombre de ayer. No pude decir ni hacer nada. Por suerte, había ensayado algunas frases». Sacudí la cabeza al recordarlo.

«Puedo imaginar cómo te habrás sentido. Eso habría dejado a cualquiera fuera de juego. Estas coincidencias no existen». Laura sacudió la cabeza con incredulidad.

«Pero te ha hecho una oferta, así que ha ido bien, ¿no?» Laura me sonrió radiante. Se alegraba visiblemente por mí. Respiré hondo.

«Sí, quiere trabajar conmigo. Y... bueno... está interesado en mí. Muy interesado». Preferí no decir nada sobre el segundo contrato y las preferencias sexuales de Alex. Me pareció demasiado privado. Ya me ocuparía de eso más tarde. Alex me había asegurado que no pasaría nada que yo no quisiera. Eso era suficiente. La pregunta era: ¿quería yo algo en absoluto?

«¿Interesado en ti?», repitió Laura. Probablemente me había expresado de forma poco clara.

«Sí. Él... bueno, dejó bastante claro que le gustaría verme como su acompañante. Durante el tiempo que trabajemos en el guion», fui más explícita.

«Pero Emma, eso es maravilloso. Conocerás a mucha gente. Te abrirá un montón de puertas». Laura era positiva y pragmática como siempre. El agua hirvió. Laura echó café instantáneo en las tazas y vertió el agua. Puso una taza delante de mí.

«¿Dónde está el problema? ¿No te parece atractivo?», preguntó. Me sentí incómoda. Ahí estaba precisamente el problema.

«Sí, Laura. Mucho. Pero... yo quiero vender guiones. Para llenar de alegría los corazones de la gente. No soy una prostituta», estalló en mí. Laura frunció el ceño.

«Pero Emma. No debes verlo así. YA has vendido tu guion. Cuando te llamó su asistente, no sabía quién eras. Podrías haber sido la madrastra fea del cuento. Te llamó OCHO VECES, eso me contaste ayer. Quieren tu guion, Emma», dijo severamente. Asentí. No lo había visto así. Laura tenía razón. Había convencido con mi talento.

«Estás consiguiendo MÁS de lo esperado, Emma. Acepta tu guion Y te abre puertas. En todo Hollywood», dijo con énfasis.

«Quiere que tenga sexo con él a cambio», solté de golpe.

«Sí, eso ya lo había entendido. ¿Y qué? ¿No estás interesada? Si te gusta», se rió Laura con indulgencia.

«Bueno... sí. De hecho, estoy bastante interesada». Miré un poco avergonzada a la mesa. Solo había unas cuantas migas de galleta, que ahora dispuse en un patrón.

«Me da un poco de vergüenza». Mi corazón latía delatoramente mientras lo decía. Sentí cómo el calor subía a mis mejillas. La verdad es que ya lo quería ayer, y hoy lo quería aún más.

«Emma. Ya basta. Ya te lo dije ayer. Ya es hora de que salgas de tu capullo. ¿Te gusta el hombre? Pues tómalo. Diviértete. En este caso, mejor hoy mismo. Si no, otra lo tomará y tú te

quedarás sin nada», dijo Laura poniendo los ojos en blanco.

«¿Y si resulta ser un imbécil, como Brad en su momento? Él también se fue con Jessica y me dejó plantada sin decirme nada». Me sentí incómoda con la idea. Laura se levantó, rodeó la mesa y me abrazó.

«Pero Emma, eso fue hace una eternidad. Una eternidad. No deberías dejar que el recuerdo de Brad te impida divertirte ahora. Quieres vender tu guion, quieres al hombre, y ambas cosas te las sirven en bandeja de plata. ¿Qué te impide tomarlo?». Laura me soltó y me dio una palmadita en el hombro.

«Tienes razón, Laura. No tengo nada que perder», asentí y respiré hondo. Sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo.

«Con eso solo queda una cosa. ¿Puedes prestarme un par de zapatos?»

Capítulo 14

ALEX

Intenté concentrarme en mi trabajo. Revisé más sinopsis del montón de manuscritos no solicitados. No había nada que captara mi atención. Nada con potencial. Las mismas historias, recalentadas por milésima vez. Emma Taylor. Estaba seguro de que firmaría el contrato. Ambos contratos. Pero ahora llevaba un buen rato fuera. Me estaba volviendo loco. No sabía por qué. Desde que Claire me dejó por Byron, había tenido muchas aventuras. Iban y venían, y todo me daba más o menos igual. La tímida bruja Emma no era en absoluto mi tipo y, sin embargo, me afectaba de una manera completamente diferente.

Tenía que hacer algo. Frente a mí estaba la pared con fotos mías en mi lancha de carreras en Santa Mónica. Los campeonatos del club serían pronto. Tenía que ganar a toda costa y poner a Byron en su lugar de una vez por todas. Oh, sí. Con confianza en la victoria, tomé el teléfono y llamé a Eric.

—Alex, hola —la voz alegre de Eric retumbó en mi oído.

—Hola Eric. ¿Todo bien, tío? —Una pregunta innecesaria. Con Eric, todo siempre estaba bien.

—Por supuesto, ¿y tú? ¿Qué pasa? ¿Has perdido el número de Teresa? —Sonreí. Eric era realmente inimitable. Si había alguien que pensaba en mujeres con más frecuencia que yo, ese era él.

—No, todavía lo tengo. Pero no la voy a llamar —le expliqué a Eric en un tono decidido.

—¿Por qué no? ¿Sigues lamentando la pérdida de la pelirroja que se te escapó? —A Eric le gustaba echar sal en mis heridas. Como un verdadero amigo, sin embargo, solo lo hacía cuando sabía que sus comentarios no me afectaban realmente.

—Eric, ella literalmente volvió a caer en mis brazos —me reí.

—¿Cómo es eso? —La voz de Eric sonó de repente despierta e interesada.

—Esta mañana tuve aquí a la autora del prometedor guion. ELLA. Ni yo mismo podría haber imaginado tal coincidencia. Ahora no podrá escapar de esta situación —declaré con voz triunfante.

—Quieres decir que no podrá escapar de tu cama. —Podía oír la sonrisa de Eric a través de la línea.

—Exacto. Pero no te llamo por eso. Pronto serán los campeonatos. Quiero darle a Byron una lección que no olvidará tan fácilmente —dije con severidad. Como tantas veces, el pensamiento

de Byron me ponía de mal humor.

—Entonces ven más a menudo y entrena, tío. No te he visto ni de cerca tantas veces como el año pasado. —Una vez más, Eric echaba sal en mis heridas. Pero podía oír que lo decía en serio.

—¡Claro, tío! Eric, necesito urgentemente hacerle una puesta a punto al *Wild Thing*. Por eso te llamo. —Estaba orgulloso de que mi barco siempre estuviera equipado con los últimos avances técnicos. Para mí, solo lo mejor era suficientemente bueno.

—¿Qué necesitas de mí? —Eric también podía serme de gran ayuda.

—Hace dos semanas vi en la revista del club este nuevo arranque. El que proporciona un arranque aún mejor y más rápido. Tengo que tenerlo —expliqué.

—¿Te refieres al que produce exclusivamente *Evolve Motors* allá abajo en la frontera mexicana? Puedo conseguírtelo. El tiempo de entrega normal es de cinco semanas. Eso es demasiado largo. Veré dónde puedo conseguírtelo por debajo de cuerda —prometió Eric.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. No respondí. La puerta se abrió y Emma Taylor entró marchando. Maldita sea. De nuevo me pregunté si realmente no sería tan tímida como parecía. Realmente tenía que enseñarle que aquí yo daba las órdenes. Y solo yo.

Emma sacó los dos contratos de su enorme y desgastado bolso de cuero. Esa cosa ya me había llamado la atención ayer. Fácilmente podrían caber dos archivadores en él. Puso los documentos sobre la pequeña mesa de conferencias y me miró expectante. Mi mirada recorrió su cuerpo y se detuvo en sus perfectos pechos. No podía esperar para tenerlos en mis manos y me hubiera encantado ordenarle que viniera a mi escritorio, incluso mientras hablaba con Eric. Sin embargo, no dejé que se notara nada.

—Eso sería genial, Eric. Realmente me ayudas mucho, muchas gracias —dije lentamente al teléfono mientras miraba a Emma con reproche. Ella debería darse cuenta de que había roto las reglas incluso antes de haber firmado el contrato.

—Te avisaré —dijo Eric.

—Nos vemos pronto, pasaré por ahí para una pequeña prueba. —Con estas palabras, terminé la conversación y puse el teléfono en el escritorio. Mi mirada permaneció fija en Emma. Su cabello rojo parecía crepitar, y el aire a nuestro alrededor chisporroteaba de tensión.

—No se entra en mi oficina hasta que yo lo diga —regañé a Emma.

—Yo... Eh, oh Sr. Carter, lo siento. Ken me dijo que podía entrar tranquilamente, que usted estaría revisando manuscritos. La próxima vez esperaré afuera hasta que me llame para entrar. —Emma se sonrojó de nuevo al decir estas palabras. La próxima vez. Eso significaba que había decidido firmar los contratos.

—Bien. Vamos a nuestros asuntos —decidí. Emma me sorprendió una vez más. Sin muchos rodeos, sacó un bolígrafo de su feo y enorme bolso de cuero y rápidamente, sin pensarlo ni un momento, firmó ambos contratos. Luego me miró. En sus grandes ojos verdes pude leer que estaba sorprendida de sí misma. Y vi algo más allí. Deseo.

Capítulo 15

EMMA

Volví a guardar el bolígrafo en mi bolso y esperé. Por dentro, temblaba de emoción. Había estado repitiendo las palabras de Laura en mi cabeza todo el tiempo. *No tienes nada que perder, Emma, no tienes nada que perder.* La frase también me distraía de Alex. Durante todo el camino desde *Laura's Beauty Place* hasta su oficina, había estado pensando en cómo había estado en sus brazos ayer. La idea de que pronto estaría allí de nuevo, desnuda, me excitaba. Normalmente no era así. Vivía para mis guiones. No para los hombres.

Pero Alex me atraía irresistiblemente. En lugar de ir a la mesa de reuniones con los contratos, lo que más deseaba era correr hacia él, arrebatarle el teléfono de la mano y besarlo. Alex se acercó a la pequeña mesa redonda donde estaban los contratos. Tomó las dos copias firmadas y las guardó en el cajón de su escritorio, que cerró con llave. Luego se dio la vuelta y me examinó con sus ojos oscuros. Me sentía alternativamente caliente y fría. Mi garganta estaba seca.

—Una situación poco habitual para ti, ¿no? —observó Alex. Como era incapaz de decir una palabra, asentí. Alex se acercó a mí y se paró tan cerca que podía sentir su aliento.

—No estamos más cerca ahora que en la calle —susurró. Inclinó la cabeza y su aliento rozó mi cuello. Pequeños escalofríos me recorrieron de pies a cabeza. Alex se acercó aún más. Nuestros cuerpos apenas se tocaban. La proximidad me mareaba y me electrizaba al mismo tiempo.

—Eso fue bastante agradable, ¿verdad? —Asentí de nuevo. Quería más, pero no me atrevía a demostrarlo. En ese momento, Alex se presionó contra mí. Volví a sentir su pecho musculoso, y esta vez también la dureza de su erección. Mi cuerpo reaccionó. Alex era simplemente descaradamente atractivo y atlético. En cuestión de segundos, estaba más excitada de lo que había estado en mucho tiempo. Las manos de Alex se movieron hacia adelante hasta mis pechos. Mis pezones estaban tan duros que se podían ver y sentir a través de mi sujetador y mi vestido. Alex comenzó a masajearlos suavemente. Gemí.

—¿Te gusta eso, eh? —Percibí la voz de Alex en mi oído a través de una niebla de lujuria.

—Oh sí, por favor, no pares —gemí. En ese momento, Alex me pellizcó los pezones a través de la ropa y sentí un dolor agudo. Al mismo tiempo, me puse más húmeda de lo que había estado en toda mi vida. *¿Y qué, Emma? ¡Ahora puedes disfrutar aquí todo lo que quieras!* Apenas me había dado ese permiso, la habitación ya comenzaba a desvanecerse ante mis ojos. Sentía mi

cuerpo más intensamente que nunca. Automáticamente levanté mis brazos y empecé a desabrochar la camisa de Alex. Pero apenas me moví, Alex se apartó de mí.

—Vaya. Ahora tienes prisa. Eso me alegra, mi pequeña bruja —dijo con un tono burlón en su voz. Apenas pude volver en mí y vi un destello irónico en sus ojos oscuros.

—Te gusta escapar de situaciones prometedoras. ¿O acaso lo entendí mal ayer? —me provocó. Supongo que me merecía esa réplica. Tragué saliva. ¿Cómo podía mantener la cabeza tan fría en una situación así? Alex se acercó de nuevo a mí y esta vez se paró directamente frente a mí. Me incliné ligeramente hacia adelante esperando un beso, pero él negó con la cabeza.

—¿Qué dice el contrato? —preguntó severamente.

—Yo escribo el guion. Tú estableces las reglas —Mis labios temblaron ligeramente al responderle. ¿Cuánto tiempo más iba a torturarme?

—Por esa respuesta, puedes desnudarte —Superé mi última vacilación en fracciones de segundo. No sabía que podía desear tanto a un hombre. Con dedos temblorosos, desabroché mi vestido blanco y lo coloqué ordenadamente sobre el respaldo de la silla. Ordenadamente. Estaba de pie frente a Alex en mi ropa interior de encaje. Los ojos oscuros me examinaron.

—Me gusta lo que veo. Y también lo que aún no veo —Se acercó de nuevo. Miré directamente a sus ojos. Insondables. Finalmente, me agarró por la cintura y presionó sus labios contra los míos. Abrí mi boca voluntariamente, porque quería probar a Alex. Saborearlo. Cuando sentí su lengua en mi boca, todo se contrajo dentro de mí. Me puse aún más húmeda de lo que ya estaba. Puse mis brazos sobre los hombros musculosos de Alex y me presioné contra él. La mano de Alex recorrió mi cuerpo hasta mi trasero. Separó su boca de la mía.

—Desnúdate completamente —gruñó en mi oído. Di un paso atrás y temblé de excitación mientras me quitaba mi ropa interior de encaje y colocaba el sujetador y las bragas junto a mi vestido sobre la silla. Alex me examinó, y su mirada me hizo sentir aún más caliente.

—¿Quieres ver también lo que te espera? —Él, a diferencia de mí, todavía estaba completamente vestido.

—Oh sí, por favor —suspiré. Pasaba de una emoción a otra. Excitación, timidez, lujuria y tensión se alternaban. Alex se quitó la camisa. Me quedé mirando fijamente su torso. Increíble. Su pecho musculoso y su abdomen marcado. Alex notó mi mirada.

—Entreno todos los días —sonrió. Asentí y tragué saliva.

—Ven aquí —Estaba tensa y excitada como nunca antes. Me acerqué a Alex.

—Date la vuelta —Hice lo que me ordenó, y una vez más sentí sus manos en mis pechos y su erección en mi trasero. Un fuego se extendió dentro de mí. Sus dedos estimularon mis pezones y

finalmente los pellizcaron con fuerza. Esta vez, un dolor agudo me atravesó. Contuve un gemido. En el mismo segundo, el calor parpadeante dentro de mí se volvió insoportable. Jadeé. Las manos de Alex se deslizaron sobre mi vientre. Gemí expectante, porque finalmente quería sentirlo dentro de mí y entregarme a mi lujuria. Lentamente, sus dedos se movieron hacia el interior de mis muslos y bailaron sobre la piel sensible allí. A estas alturas, no solo estaba húmeda, estaba mojada y apenas podía esperar para sentir a Alex por completo. En ese momento, sus dedos finalmente alcanzaron mi perla. Olas de placer recorrieron mi cuerpo. Sentí el aliento cálido de Alex en mi oído.

—Ahora ya no quieres huir, mi pequeña bruja, ¿verdad? —Sus dedos seguían jugando conmigo y acariciando mi punto más sensible.

—No, nunca más —logré decir con dificultad. Estaba a punto de llegar al clímax. Alex pareció sentirlo, porque en ese preciso momento se apartó de mí. —Inclínate sobre la mesita. Hice lo que me ordenó. *¡Plas!*

La mano de Alex aterrizó en mi trasero. El lugar donde me había golpeado comenzó a arder instantáneamente. Quise levantar la mirada indignada, pero apenas fracciones de segundo después del dolor, una nueva ola de placer me recorrió. Aún más fuerte que antes. Hasta ahora, desconocía cuánto podía intensificar el dolor el placer.

—Un golpe por cada vez que huiste de mí —gruñó Alex. *¡Plas!* Su mano me golpeó de nuevo. Gemí fuerte. *¡Plas!*

—¿Tres veces? —logré articular con dificultad.

—Dos veces ayer y una hoy —respondió Alex secamente. En ese mismo instante, sus manos volvieron a estar sobre mí. Una mano agarró mi pecho izquierdo y jugó con mi pezón endurecido, la otra masajeó mi perla. Olas de placer me inundaron de pies a cabeza. Quise adaptarme al ritmo de las manos de Alex.

—Quédate quieta —me siseó al oído. Gemí más fuerte. Sus manos me soltaron de nuevo. En ese momento, escuché a Alex desabrocharse el cinturón. Quise darme la vuelta y mirarlo.

—Quédate así. Ya verás lo suficientemente pronto lo que vas a sentir ahora mismo —me ordenó. Sólo un momento después, sentí su dura erección de nuevo en mi trasero, que aún ardía por los golpes.

—Inclínate. Obedecí. Alex me penetró desde atrás. Disfruté la sensación de estar completamente llena por su duro miembro. Empujó profundamente dentro de mí, se deslizó hacia fuera y momentos después volvió a entrar. Alex agarró mis caderas. Nuestros cuerpos comenzaron a

moverse al mismo ritmo. La mano derecha de Alex volvió a mi perla. Sus dedos ejercieron exactamente la presión correcta en mi punto más sensible. Todo mi cuerpo empezó a temblar.

—Quédate quieta. Gemí. Alex empujaba cada vez más profundo dentro de mí. Sus dedos jugaban cada vez más rápido con mi punto más sensible y aumentaban la suave presión con cada embestida. Sentía como si me estuviera quemando por dentro. Alex retiró repentinamente sus dedos.

—Por favor... déjame llegar —gemí. Escuché la respuesta de Alex como a través de una niebla.

—Por esta vez, voy a ser indulgente y conceder tu petición —murmuró. Su mano volvió a mi perla. Momentos después, tuve un orgasmo como nunca antes había experimentado. Olas de placer me recorrieron de pies a cabeza. Llegué al clímax como nunca antes lo había hecho.

Segundos después, Alex también alcanzó su clímax y se derramó dentro de mí.

Capítulo 16

ALEX

El sexo con la bruja pelirroja ayer había sido jodidamente caliente. Una vez que superó su timidez inicial, descubrí un lado extremadamente sensual en ella. Mis golpes la habían excitado. Al final, vi el deseo de más en sus ojos. Se ajustaba perfectamente a mis preferencias. Si también escribía un guion tan bueno, las cajas registradoras sonarían, tanto para los cines como para mí, y al final ambos saldríamos ganando.

Esta mañana, primero tenía que ayudar en el takeaway. No me gustaba nada que no estuviera completamente disponible para mí. Ayer no dejé que se notara. Emma recibiría su castigo hoy. Sonreí ante la idea. Nos encontraríamos en mi apartamento por la tarde. Quería ver cómo se retorcía de placer en la cama.

Aparqué el Jaguar en el garaje subterráneo del edificio de oficinas, saqué a Roddy de su caja y tomé el ascensor acristalado hasta arriba. Ken ya estaba en su puesto.

—Buenos días, Alex. Hola, Roddy —Roddy me acompañaba a menudo a la oficina. Tenía su lugar fijo conmigo. A Ken le caía bien. Cerca de él, Roddy siempre se portaba impecablemente.

—Hola, Ken. Grandes noticias. Tenemos una nueva guionista. El próximo blockbuster saldrá de nuestra casa —anuncié en voz alta.

—Eso es maravilloso, Alex. ¿Ya ha firmado el contrato? —Ken no tendía al entusiasmo, sino que prefería ocuparse de las cuestiones prácticas de la vida. Por eso lo apreciaba. Alguien tenía que asegurarse de que todo funcionara correctamente aquí. Excepcionalmente, sin embargo, pude satisfacer su sentido del orden.

—Sí. Firmó ayer. Te traeré los papeles en un momento. Luego tendremos que empezar a ocuparnos de la financiación y algunas otras cosas. Ya sabes —Ken frunció el ceño y se dispuso a hacer una pregunta. Pero justo en ese momento alguien llamó a la puerta. Sin esperar, nuestro visitante abrió la puerta. Levanté la vista con fastidio. Justo a la cara babosa de Byron. ¿Qué quería aquí?

—Hola, Alex. Tuvimos una conversación tan agradable en la fiesta en el club de Eric, que pensé en pasar por aquí de camino a la oficina para ver si ya estabas aquí, así podemos continuarla —Byron me sonrió despreocupadamente. Sentí las venas de mis sienes palpitar. Este idiota se estaba volviendo cada vez más descarado. Lo siguiente sería que me visitara en mi ático.

—Byron. Qué sorpresa. Desafortunadamente, no tengo tiempo para una pequeña charla. Estamos muy ocupados —dije tan fríamente como pude. Que se largara de aquí de una vez. Cada vez que lo veía, algo se agitaba en mi pecho y me recordaba que Claire me había dejado por este adulador y además se había llevado un guion.

—¿Ah sí? Ambos sabemos que el mercado está vacío en este momento. Precisamente por eso tengo una propuesta que definitivamente deberías escuchar —explicó Byron con confianza. Alcé las cejas. Este arrogante hijo de puta realmente se atrevía a hacerme propuestas.

—Ayer descubrí algo realmente prometedor entre los manuscritos no solicitados —continuó Byron, imperturbable. Ahora había logrado despertar mi curiosidad. ¿El manuscrito de Emma? Demasiado tarde, Byron.

—Ven aquí —Señalé con la mano hacia la puerta de mi oficina. Entramos y nos sentamos en dos sillones junto a la pequeña mesa donde ayer había follado a Emma con tanta devoción. Sonreí ante el recuerdo.

—Una joven autora desconocida me ha enviado un guion que es realmente prometedor —Esto se ponía cada vez mejor. Disfruté la idea de poder informarle a Byron en un momento que la autora ya estaba bajo contrato conmigo. *Bajo* contrato. Sonreí. Nunca antes me había dado cuenta de la ambigüedad de esta expresión. Byron se sintió alentado.

—Es un resumen para una serie de al menos tres partes. Tiene un potencial enorme. Estaríamos asegurados para los próximos años. Una película cada año —Byron me miró expectante.

—¿Nosotros? —pregunté lentamente. Este tipo no creería en serio que trabajaría con él. Ni por un guion digno de un Oscar.

—Sí. No puedo manejarlo solo. Naturalmente, pensé inmediatamente en ti —Sacudí la cabeza. Algo tenía que estar podrido en este asunto. Byron me tiraría por la borda sin dudar si estuviéramos en un barco. ¿Por qué quería hacer negocios conmigo ahora? Solo había dos posibilidades: o estaba al borde de la quiebra, o quería llevarme a la quiebra a mí.

—Es realmente muy amable de tu parte pensar inmediatamente en mí, Byron. Eso muestra lo buena que siempre ha sido nuestra relación —Mis palabras goteaban ironía.

—Lamentablemente, debo rechazar tu oferta, aunque no puedo imaginar nada más hermoso que producir una serie contigo de la que aún no sé nada —Byron se puso rojo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Por supuesto que no, ¿cómo se te ocurre? —Mientras Byron se enfurecía cada vez más, yo permanecía externamente calmado. Por dentro, hervía. ¿Quién se creía que era este tipo?

—¿Entonces no estás dentro? —Byron sonaba enojado. Sacudí la cabeza—. Bueno, como quieras. Ya verás lo que te pierdes. Entonces encontraré a alguien más que tenga éxito aquí conmigo —Byron soltó entre dientes apretados. Eso no funcionaba conmigo. Me encogí de hombros.

—Buena suerte —dije con ligereza y me levanté para despedir a Byron.

—Te arrepentirás de esto, Alex, de verdad. Pero siempre has sido un perdedor absoluto. Solo espera, pronto será la carrera. Ahí también te lo demostraré —Byron señaló hacia el estante—. Yo tengo a Claire. Tengo el trofeo, y tendré la película más exitosa —Una palabra más y le daría un puñetazo en la cara a este tipo.

—Fuera —dije fríamente. Byron se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, se escucharon ladridos excitados desde fuera. Roddy se plantó frente a Byron y sin previo aviso, le mordió su elegante pantalón de traje a medida.

—Bien hecho, Roddy. Buen chico —lo elogié.

—¡Te denunciaré! —gritó Byron furioso.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Por un agujero en tu pantalón? Por supuesto, me encantaría asumir la factura si estás tan mal que no puedes permitirte un pantalón nuevo. Simplemente envíala aquí. Y ahora, FUERA.

Capítulo 17

EMMA

Después de una mañana bastante tranquila en Sung's Takeaway, había regresado a casa para cambiarme. No quería aparecer ante Alex con mis ropas que olían a grasa. Alex. Me sonrojaba al pensar en lo de ayer. ¿Quién era él? Casi no había dormido toda la noche, tan excitada me había dejado nuestro encuentro en la oficina.

Nunca había experimentado algo así. Yo, la tímida Emma, había tenido relaciones con un desconocido. Sí, sabía que otros lo hacían todo el tiempo y saltaban de una cama a otra, de una cita fugaz a otra. Especialmente en Hollywood. Yo no era así. Pero desde el momento en que Alex me rescató después de que su perro me atacara, no había deseado más fervientemente que quedarme en sus brazos para siempre. ¿Acaso eso había sido hace solo antes de ayer? Me parecía que Alex y yo nos conocíamos desde hace una eternidad.

Él me había dado las horas más excitantes de mi vida. Solo tenía que asegurarme de que mi corazón no hiciera tonterías y no me enamorara de él. Teníamos un contrato. Tenía que escribir un guion. Era mi oportunidad.

Saque un vestido verde del armario, uno que había comprado en mi tienda de segunda mano favorita. Me miré satisfecha en el espejo. Me puse un poco de maquillaje. No demasiado.

Tomé mi gran bolso de cuero, metí mi portátil y me dirigí a la casa de Alex. Llegar a Hollywood Hills era un viaje largo. Tomé el autobús. Cuando bajé en la parada, me sentí muy emocionada y un poco excitada. Pensé en lo de ayer y me pregunté cómo seguiría todo hoy.

El edificio donde vivía Alex estaba vigilado por un conserje. Pregunté un poco nerviosa por Alex. Por un momento, temí que no me dejaran entrar. Pero Alex aparentemente había anunciado mi llegada, porque el portero asintió cuando dije mi nombre y señaló hacia los ascensores al otro lado de la elegante sala.

—En la planta más alta—. Le agradecí y presioné el botón de la planta más alta en el ascensor de cristal. Cuando las puertas se abrieron arriba, me sorprendí. Estaba directamente en la casa de Alex. Más precisamente, en su sala de estar, que desembocaba en una hermosa terraza en la azotea. Estaba fascinada por la vista. Poder ver hasta las montañas desde encima de otros edificios era algo que solo había experimentado como turista. El ático ocupaba toda la planta y pertenecía solo a Alex. Estaba en la terraza azotea y hablaba por teléfono. Parecía enfadado.

—Esto lo tenemos que arreglar urgentemente—, oí que gruñía al teléfono, con una ira que apenas lograba contener. Cuando me vio, colgó y me miró.

—Emma. Te estaba esperando desde hace media hora—. Genial. Primer día de trabajo y ya llegué tarde.

—Lo siento, el autobús llegó tarde—. Esa observación pareció divertir a Alex.

—¿No tienes coche?—, me preguntó. Menos mal. No podía permitírmelo. El tráfico en Hollywood me ponía demasiado nerviosa de todos modos. Me aclaré la garganta. Seguía de pie en el salón de Alex, que, aunque con muebles de diseño claros era atractivo, tenía algo de estéril, y no estaba segura de qué hacer ahora. Alex entró desde la terraza al salón y se acercó a mí.

—Te enseñaré el despacho. Allí podrás extenderte y escribir en paz—. Me agarró del codo. Inmediatamente percibí su olor y me entraron unas piernas de mantequilla. Recuerdos de ayer me inundaron.

—Oh... eh, claro—, dije. Me sentí aliviada y decepcionada al mismo tiempo. En ese momento, Alex puso su mano en mi culo y comenzó a masajearlo suavemente. Cerré los ojos para rendirme al momento y disfruté del calor que comenzaba a extenderse por todo mi cuerpo, cuando de repente me dio una palmada corta pero dura en el culo.

—Más tarde. Primero tendrás que escribir—. Su voz sonaba autoritaria. Abrí decepcionada los ojos. Alex me llevó al despacho. También aquí había fotos de Alex en un barco de carreras en las paredes. Ya en la oficina de Alex había notado que le encantaba el agua tanto como yo la odiaba. Saqué mi portátil de la bolsa y me instalé en la mesa de escribir que aún estaba libre.

—¿También trabajarás aquí?—. Por un lado, esperaba que fuera así. Aún sentía dónde había estado la mano de Alex en mi culo, y quería desesperadamente que me tocara más. Por otro lado, estaba bastante claro que me costaría mucho concentrarme en su presencia.

—No, por ahora no. Tienes que trabajar y no pensar en mí—, sonrió Alex y me miró fijamente. Me ruboricé bajo su mirada. ¿Era tan obvio?

—Trabajaré en la terraza. Puedes escribir aquí en paz. Más tarde discutiremos cómo refinaremos el guion. Para que ningún espectador se duerma en los primeros minutos—. Me sentía un poco abrumada. Intenté no darme cuenta y pensé en las palabras de Laura. Podía hacerlo y solo tenía que demostrarlo.

—Vamos a ello—, dije con más confianza de la que sentía. Alex asintió y luego me dejó sola. Miré a mi alrededor. Mi mirada se posó en la silla de oficina elegante, que seguramente costaba más que todo el mobiliario de mi piso. Sobre la puerta colgaba un aparato de aire acondicionado. Aquí nunca haría demasiado calor ni demasiado frío. *A trabajar, Emma. Entonces podrás salir*

de tu depresión pronto. Encendí mi portátil y comencé a escribir. Pronto me sumergí por completo en mi historia. ¿Qué querrían ver los espectadores? ¿Y cómo? ¿Cómo se sentían los personajes en esta y aquella escena? ¿Eran creíbles? Bajo estos aspectos, revisé el argumento una vez más y desarrollé las primeras escenas.

Después de un rato, mi estómago rugiente me devolvió a la realidad. Estiré mi cuerpo tenso por tanto escribir, me levanté y fui al salón. Alex estaba en la terraza. No parecía estar muy ocupado. Me había escuchado y miró hacia arriba.

—Emma—dijo sonriendo—. Has aguantado mucho con tu guion. Pero yo tampoco he estado ocioso. He conseguido un director que trabajará con nosotros en el proyecto. Lo veremos en los próximos días.— Apenas podía creerlo. Todavía no habíamos terminado de revisar las primeras escenas del guion. Pero Alex parecía creer en mí. Él estaba llevando todo a cabo. De *Love, War and Independence* se convertiría en una película. Una película de verdad.

—¡Qué buenas noticias, Alex!—dije sonriendo.

—Tengo otra buena noticia. Las próximas competencias en el yateclub de Santa Mónica están cerca. Voy a participar. Después habrá una fiesta. Me acompañarás, ¿verdad?—Alex dijo esto de manera algo breve. Yateclub. Eso significaba mucho agua. Me tragué saliva.

—Oh, eh, eso es muy amable de tu parte—fingí con dificultad entusiasmo. Sonreí algo forzado y esperaba que Alex no notara nada, porque de ninguna manera quería decirle que odiaba el agua. De alguna manera, sobreviviría la velada.

—Te queda bien el vestido, por cierto—dijo con una mirada directa de sus ojos oscuros que recorrían mi cuerpo.

—Gracias—sonrojándome, como siempre, cuando alguien me hacía un cumplido.

—Sin él, te verías aún mejor—dijo de repente Alex. El hombre amigable que quería llevar mi guion hacia adelante, me miró desafiantemente. En sus ojos leí hambre. Me tragué saliva. No podía decir qué era exactamente lo que me excitaba de recibir sus órdenes y seguirlas.

—Lo dudas. Antes también tenía la impresión de que querías más. ¿Es así?—Alex se levantó y se acercó a mí. Asentí. Dentro de mí latía con fuerza.

—Quiero que dejes esa timidez. Dije que te llevaría a tus límites y más allá—estaba ahora justo delante de mí. Si levantaba la mano, tocaría su pecho musculoso. Miré hacia arriba. A sus ojos oscuros. La mirada era hambrienta. Dura. Excitante.

—Me gustaría verte—me tragué saliva. Alex me había dado las horas más excitantes de mi vida ayer, y ni siquiera había visto todo su cuerpo desnudo.

—Vamos, vale. Por esta vez, te cumpliré tu deseo. Pero no lo olvides: aunque sea tu guion, aquí rigen mis reglas—la voz masculina de Alex estaba tan cerca de mi oído que podía sentir su aliento. Sentí cómo me empapaba. Alex se quitó la camisa. Me calenté. Quería poner mis dedos en su pecho y sentir los músculos bajo mis manos. Lentamente, levanté mi mano.

—Alto. Yo decido lo que hacemos y cuándo. Así está estipulado en el contrato. Quítate el vestido.— Me detuve en seco y obedecí. Me quedé en ropa interior frente a Alex. Su mirada recorría mi cuerpo. Ya me imaginaba cómo sus manos seguirían sus ojos. Mi cuerpo palpitaba de excitación. Quería tocar a Alex ahora mismo a toda costa. Y entonces lo hice. No sabía cómo había superado la distancia entre nosotros, pero de repente mis brazos se cerraron alrededor de su cuerpo y lo besé. Sentí sus labios en los míos. Inspiré su aroma masculino y áspero. Gusté su sabor. En ese momento, Alex se separó de mí.

—Me alegra que sigas mi consejo con la timidez.— Este hombre siempre parecía tener todo bajo control. Nunca había conocido a alguien así. De repente, agarró mi cabello y me llevó la cabeza hacia atrás.

—Me estás poniendo realmente caliente, bruja pelirroja. Pero YO decido lo que pasa aquí.— Y luego presionó sus labios contra los míos. Fuerte. Imperioso. Sentí su lengua en mis labios y abrí obediente mi boca. La mano de Alex recorrió mi cuerpo al mismo tiempo y aterrizó con un chasquido en mi trasero. Su lengua exploró mi boca. Me apreté contra Alex para sentir su erección y no podía esperar para tenerlo dentro de mí de nuevo. Me soltó.

—Oh, tienes prisa. Muy bien. Entonces puedes quitarte todo.— Mi ropa interior cayó al suelo. Miré a Alex. Finalmente quería ver su erección, no solo sentirla. Alex se acercó a mí y me besó de nuevo. Fuerte. Imperioso. Su mano se dirigió a mi pecho izquierdo y me pellizcó el pezón. Grité suavemente porque sentí un leve dolor. Al mismo tiempo, mi deseo aumentó sin límites. Alex me soltó de nuevo y señaló una puerta al otro extremo de la sala.

—Puedes explorar nuevas habitaciones.— Fui hacia la puerta y la abrí. Su dormitorio. Miré la cama. En ese momento, Alex me abrazó por detrás. Desnudo. Se había quitado toda la ropa en cuestión de segundos. Su mano recorrió mi vientre. Solté un jadeo cuando sus dedos encontraron mi joya y comenzaron a masajear mi flor. En cuestión de segundos, me inundaron olas de placer.

—En la cama— ordenó Alex. Me acosté de espaldas para ver a Alex por completo. Su erección era impresionante. Alex devolvió mi mirada y se sentó sobre mi pecho. Abrí la boca para recibirlo dentro de mí. Finalmente lo probé. Mi lengua recorrió cada centímetro de su miembro. Alex comenzó a mover sus caderas y se deslizó una y otra vez dentro de mi boca y luego salió.

Se hizo más rápido y más rápido. Lo lamí con avidez. De repente, se deslizó completamente fuera de mí y bajó su cuerpo de mi pecho.

—Te gusta, ¿verdad?— Gime. Alex agarró mi pecho derecho, inclinó su cabeza y comenzó a chupar el pezón. Gime de nuevo y arqueé la espalda. La primera ola de calor recorrió mi cuerpo. Moví mi mano hacia mi joya.

—No— exclamó Alex con energía al oído. Temblando pero obediente, retiré mi mano. La boca de Alex se desplazó por mi vientre hacia abajo. Me faltaba su presencia en mis pechos, y así moví mi mano hacia mis pezones. Alex se enderezó.

—No, te dije. Si no puedes escuchar, te ataré—. Alex señaló dos suaves correas de cuero que colgaban al final de la cama. Miré las correas fijamente. Luego levanté la vista hacia Alex. Estaba más excitada que nunca en mi vida. Lentamente, moví mi mano hacia mi joya. Sí, quería que Alex me atara y luego me llevara a mis límites.

—Me alegra que quieras explorar nuevos territorios tan rápido—. Los oscuros ojos de Alex me miraron sin disimulo. Tomó mi mano izquierda y la llevó hacia arriba. Poco después, estaba atada a la cama. Al mismo tiempo, me sentí más excitada que nunca. ¡Clap! La mano de Alex aterrizó en mis muslos. La piel alrededor de mi vagina comenzó a arder. Segundos después de los golpes, sentí la lengua de Alex en los lugares ardientes. La sensación fue tan intensa que gemí en voz alta. Mi joya palpitaba. Quería tocarme y tiré de mis correas.

—Suelta. Déjate llevar por el placer—. La voz de Alex era un susurro. Solo un momento después, sentí su lengua en mi punto más sensible. Creía que me quemaría por dentro. Nuevas olas de placer comenzaron a inundar mi cuerpo. La lengua de Alex jugaba con mi joya, la acariciaba y la excitaba. Quería tocar a Alex, pero nuevamente las correas me lo impedían.

—Ts...ts...—. Un vistazo de reproche de los oscuros ojos de Alex me impactó. Se enderezó, y pude admirar su erección nuevamente. Oh, Dios. Sin más advertencia, me agarró por las caderas y se sumergió en mí. Grité de placer y me incliné hacia él. Me empujó de nuevo a la cama. Estaba enterrada bajo su cuerpo musculoso y gemía en voz alta mientras se introducía en mí una y otra vez. Su erección era inmensa. Aún así, quería sentirlo más dentro de mí y enredé mis piernas alrededor de sus caderas para que pudiera penetrarme aún más profundamente. La mano de Alex se deslizó entre nuestros cuerpos y masajeó mi joya mientras se introducía una y otra vez. Comencé a moverme al mismo ritmo. ¡Clap!, la mano de Alex aterrizó en mi cadera derecha. Al mismo tiempo, exploto en un orgasmo como nunca antes había experimentado. Todo se desdibujó ante mis ojos. Pocos segundos después, también llegó Alex.

Capítulo 18

ALEX

Iba en mi Jaguar camino al Club Náutico de Santa Mónica, donde me encontraría con Eric. Emma y yo llevábamos dos semanas trabajando juntos en el guion. Íbamos por buen camino. Yo era conocido por exigir mucho a mis guionistas. Pero Emma era realmente talentosa. Cada vez estaba más seguro de que la película sería bien recibida, tanto por el público como por los críticos. Eso no siempre era lo mismo. Mi bruja pelirroja no solo era encantadora, también sabía lo que hacía. Incluso en la cama había resultado ser inesperadamente apasionada. Se volvía cada vez más astuta, aunque no lo admitiera abiertamente. La combinación de timidez en la calle y desenfreno en cuanto estaba desnuda era sorprendentemente excitante.

Entré en el estacionamiento del club náutico y aparqué en mi lugar habitual, justo frente a la casa club. Eric y yo íbamos a instalar hoy las piezas de repuesto que habían llegado hace una semana en mi lancha de carreras. El campeonato del club era pasado mañana. Con una *Wild Thing* recién puesta a punto, quería darle una amarga derrota a Byron. No había sabido nada de él desde su visita a la oficina. Todavía me enfurecía y me ponía receloso cuando pensaba en ello. El traicionero Byron no era el tipo de persona que se rendía fácilmente.

—Alex, hola. ¿Todo bien contigo? —Eric había oído mi coche y había salido a la puerta de la casa club.

—Eric, tío, me alegro de verte. Todo va de maravilla por mi lado. ¿Y qué tal tú? —Eric frunció el ceño.

—Me alegro por ti, Alex. Lamentablemente, mis noticias no son tan buenas. —Me sorprendí. Eric era el típico chico californiano alegre. ¿Cómo podían no irle bien las cosas?

—Acabamos de tener a la policía aquí. Han entrado a robar en el club. El almacén de repuestos ha sido completamente vaciado. —Eric sonaba abatido. Digerí la noticia.

—Las piezas para la *Wild Thing*... ¿El motor de arranque que conseguiste especialmente para mí? —Eric asintió.

—Todo se ha ido. —Sentí cómo la ira empezaba a hervir dentro de mí. Noté cómo las venas de mis sienes comenzaban a latir.

—Fue Byron, ese cabrón. —Cerré el puño. Eric se encogió de hombros.

—Es posible. De hecho, él ya puso a punto su barco hace tres días e instaló todas las piezas nuevas. Los demás aún no. —Esto era, por supuesto, un duro golpe para Eric. Los propietarios

de los barcos tenían sus embarcaciones con él y no dos o tres millas más arriba o más abajo de la carretera porque confiaban en él. En él. Estaba seguro de que Byron estaba detrás de esto.

—A ese cabrón se lo haremos pagar el doble y el triple. —El almacén de repuestos era un cobertizo en el recinto del club náutico que siempre estaba cerrado con llave. Seguí a Eric hasta allí para ver el daño con mis propios ojos. La puerta del cobertizo estaba abierta de par en par. El almacén estaba vacío. Todas las estanterías habían sido completamente vaciadas. No había otra forma de describirlo.

—Vaya. Hicieron un trabajo a fondo —dije. A mi pesar, estaba algo impresionado. Quienquiera que Byron hubiera contratado, había hecho un trabajo minucioso.

—He llamado a mi tío. Ya sabes, el que tiene el club náutico 100 millas más al norte. Traerá el contenido de su almacén aquí más tarde. Debería llegar pronto. Esperemos que tenga todo lo que necesitamos. Y sobre todo, todo lo que tú necesitas. —Eric suspiró al pronunciar estas palabras. Hoy, para variar, era yo el que irradiaba más optimismo de los dos.

—Seguro que sí, Eric. Byron no se saldrá con la suya tan fácilmente. No esta vez. —Volví a cerrar el puño. Mi mandíbula se tensó. Incluso si encontraba la pieza adecuada, me aseguraría de que Byron pagara por sus actos.

—Eso suena muy propio de ti, Alex. —Salimos del almacén por la puerta exterior y ahora estábamos en el jardín, que era más bien un amplio parque. Disfruté de la vista del mar y los barcos. Al menos *Wild Thing* seguía allí. No quería ni pensar en que Byron la hubiera robado o dañado. O más bien, que la hubiera mandado robar. Aunque estaba convencido de que él estaba detrás del robo en el almacén de repuestos, seguramente había contratado a algunos secuaces. Byron nunca se ensuciaba las manos. Seguramente el rastro no podría seguirse hasta él. Tendría que utilizar otros métodos.

—Ese tipo simplemente me saca de quicio sin parar. Escurridizo, grasiento y descarado. Realmente no sé qué pudo ver Claire en él —resoplé enfadado.

—Así que por ahí van los tiros. Venga, Alex, ahora tienes a una nueva. Incluso si las cosas no van bien con ella, puedes tener a otras X. —Eric tenía toda la razón. Sin embargo, mi ira hacia Byron no desapareció del todo. El tipo siempre se interponía en mi camino. Decidí que esto tenía que acabar.

—Un idiota sin cerebro es y seguirá siendo un idiota sin cerebro. Al fin y al cabo, acaba de vaciar tu almacén. Solo por eso debería pagar. Tenemos que ponerle freno. Quién sabe qué más se le ocurrirá. No podemos dejar que nos tome el pelo.

Capítulo 19

EMMA

Hola Emma —la voz de Laura al teléfono sonaba alegre y sorprendida a la vez. No era de extrañar. Últimamente, Laura y yo no nos habíamos visto tan a menudo como antes. Había tenido menos tiempo de lo habitual. Alex y el guion habían ocupado por completo mis días. Sí, Alex. Él me introducía cada vez más en nuevos mundos emocionantes, tanto profesional como sexualmente. Pero él mismo seguía siendo un misterio para mí. Tan cercanos como éramos en la cama, tan poco sabía sobre él. Lo que le gustaba, pensaba y hacía.

—Laura. Tienes que ayudarme —estaba en un apuro. Hoy se celebrarían los campeonatos del club, para los que Alex se había estado preparando durante semanas. Quería vencer a todos sus competidores. Especialmente a otro productor llamado Byron. Por supuesto, yo conocía el nombre. Al fin y al cabo, también había enviado mi propuesta a Byron. Me estremecí al pensar que podría estar trabajando en mi guion con alguien que no fuera Alex. Sí, la carrera. Después, la fiesta en el club náutico. Para eso tenía que estar elegante.

—No tengo nada que ponerme —mi armario no tenía nada, absolutamente nada útil que ofrecer.

—¿Y qué? A Alex le gusta verte desnuda, ¿no? —se rió Laura. A mi pesar, tuve que reír. Así era Laura. Cualquier problema que le contara, no solo tenía una solución lista, sino que también venía con buen humor incluido.

—Hoy es la fiesta en el club náutico, Laura. Con la carrera. Te lo conté, ¿recuerdas? Habrá muchos invitados importantes. Amigos y competidores de Alex. No tengo idea de qué ponerme. En mi armario solo hay un vestido, y tiene una MANCHA —mi voz alcanzó alturas insospechadas. Rara vez me había sentido tan nerviosa ante la perspectiva de enfrentarme a los invitados al lado de Alex. Gente que tenía rango y nombre en Hollywood. TENÍA que verme bien. Laura tenía que ayudarme sí o sí.

—Vaya, te has acordado con tiempo —dijo Laura secamente.

—Lo sé —respondí tímidamente. Había estado tan ocupada que no me había preocupado más por mi vestuario para esta noche.

—Ay Emma, eres incorregible. Ven aquí. Le preguntaré a Melly de la boutique de al lado si nos puede traer una selección de vestidos. Seguro que hay algo ahí. Luego te haré un bonito maquillaje, y la noche podrá comenzar —una solución típica de Laura; probablemente terminaría llevando un vestido más bonito del que yo misma habría elegido. ¿Cómo podría agradecérselo?

—Eres un encanto, Laura. Me pongo en camino ahora mismo —solté aliviada.

Media hora después, empujé la puerta de *Laura's Beauty Place*. Laura ya me estaba esperando.

—¡Laura! ¡Por fin! —exclamé radiante y enormemente feliz de verla.

—¡Emma! Ven aquí y déjame abrazarte, pillina. No nos hemos visto en una eternidad, y esta vez no fue por MI agenda —Laura sonaba contenta de verme, pero también ligeramente reprochadora.

—Sí, lo sé. Lo siento mucho. Laura, es muy divertido trabajar en el guion junto con Alex. La mayoría de las veces pierdo totalmente la noción del tiempo —me apresuré a decir.

—Me alegro tanto por ti, Emma. Vamos, ven a ver los vestidos que ha traído Melly. Puedes contarme todo mientras te los pruebas —Laura me llevó atrás a la cocina, donde me esperaban unos 10 vestidos.

—Vaya, Laura, eres un encanto, y Melly también, por supuesto. Este le gustaría seguro a Alex —señalé un vestido de gasa negro y verde con un amplio escote.

—Venga, pruébatelo. Yo salgo un momento —la estilista en Laura había tomado el mando ahora.

—¿Y cómo va todo lo demás con Alex? Ya que estás eligiendo vestidos para gustarle —preguntó Laura a través de la puerta entreabierta mientras me cambiaba. Me quedé pensando.

—No lo sé, Laura —dije vacilante—. Es maravilloso, me excita totalmente, y disfruto estando con él. Pero en realidad no lo conozco. No sé quién es. Aparte del productor exitoso. Espero poder averiguar algo más sobre él esta noche. En realidad, apenas pasamos tiempo juntos —ni siquiera habíamos pasado una noche entera juntos, ya que yo me iba a casa todas las noches después de terminar el trabajo. Aparté ese pensamiento y salí de la cocina al salón con el vestido puesto.

—¡Guau! Te ves maravillosa, Emma —exclamó Laura entusiasmada y asintió con aprobación. Me examiné en el espejo.

—Es encantador, Laura. Simplemente tienes un ojo maravilloso —decidí no probarme los otros vestidos. Sería una pérdida de tiempo. Laura movía sus cajas de maquillaje de un lado a otro con diligencia.

—Genial, entonces siéntate aquí y te haré un bonito maquillaje. Con esto eclipsarás a cualquier mujer presente esta noche. Todo el mundo se volverá para mirarte —Laura sonrió con complicidad—. Tal vez incluso le gires la cabeza a Alex. Parece que él ya te la ha girado a ti —la idea sonaba tentadora y de alguna manera demasiado fácil para que realmente funcionara.

—No lo sé, Laura. De todos modos, no sé lo que piensa Alex. ¿Por qué tiene que ser esta tonta fiesta precisamente en un club náutico? Sabes que odio el agua —hasta ahora había reprimido el pensamiento del agua. Ahora me sentía bastante inquieta. ¿En qué me había metido?

—¡Emma! Lo lograrás. De verdad —Laura me estaba dando otra de sus charlas—. Hace unas semanas me pediste dinero prestado para el alquiler. Hoy has vendido un guion y vas a una fiesta de la que mañana se hablará en la prensa del corazón. Deberías estar orgullosa de ti misma.

Asentí. Laura tenía razón como siempre. Y añadió algo más.

—Mejor asegúrate de atrapar definitivamente a Alex, si es que te gusta tanto.

Capítulo 20

ALEX

Emma y yo bajamos de mi Jaguar frente al club náutico. Estaba lleno de adrenalina. El campeonato estaba a punto de comenzar. Sí, le enseñaría a Byron. Lo dejaría mordiendo el polvo. Emma lucía maravillosa. Incluso había logrado dejar en casa su enorme y feo bolso de cuero. En su lugar, había elegido un bolso que combinaba con su vestido verde y negro. Parecía ligeramente nerviosa.

La vista al mar era tan hermosa como siempre. Respiré profundamente, disfrutando del olor a brisa marina y la vasta perspectiva.

—Allí está mi lancha de carreras, la tercera de la izquierda en la segunda fila. Si quieres, podemos bajar a verla —le dije a Emma. Ella guardó silencio, avergonzada, y fijó la mirada en la grava.

—No me gusta mucho el agua —murmuró Emma apenas audiblemente. Me reí incrédulo. ¿Cómo podía no gustarle el agua?

—¿Por qué? No te hará daño. —Emma al menos alzó la mirada hacia mí. Parecía visiblemente incómoda.

—No lo sé exactamente. Simplemente no me siento bien ahí —susurró con temor. La tomé del brazo y puse una mano en su espalda.

—Ya lo solucionaremos. Vamos adentro primero. Te presentaré a Eric. Él encontrará un buen lugar desde donde puedas ver la carrera. —Quería que Emma se sintiera cómoda aquí.

—Alex. —Eric estaba en la terraza de la casa club y me hizo señas para que me acercara.

—Hola Eric. Esta es Emma. —De alguna manera, se sentía diferente decir eso. Aunque también en años anteriores siempre había venido acompañado. Pero eso había sido más una formalidad. No podía decir qué era diferente hoy. Pero no era peor. Diferente. Eric le sonrió a Emma, quien de inmediato pareció menos nerviosa.

—Me gustaría ver la carrera desde adentro, si está bien —dijo Emma. Eric pareció sorprendido.

—Por supuesto, tenemos una fachada de ventanales con una vista única al mar. Además, toda la carrera se transmitirá en pantallas. Así que no te perderás nada —le sonrió a Emma de manera tranquilizadora.

—Alex. —La voz nasal de Byron se escuchó detrás de mí. Por supuesto. Como siempre, aparecía en el momento oportuno.

—Hola Byron. —Fui breve y esperaba deshacerme de él rápidamente. Pero Byron no se conformaba con un saludo corto.

—He oído de su mala suerte con las piezas de repuesto robadas. Ahora estás listo para comenzar, ¿eh? —Byron hurgaba en mi herida. El tipo miserable realmente lograba hacerme hervir de rabia con una sola frase. Estaba seguro de que el robo de las piezas de repuesto había sido cosa suya. Algún día lo atraparía con las manos en la masa.

—Por supuesto que estoy listo, ¿qué pensabas? ¿Que te dejaría el trofeo sin luchar? —provoqué a Byron. Pero el tiro salió por la culata.

—Tal vez no sin luchar, pero me lo dejarás de todos modos —sonrió Byron con confianza en la victoria. Yo solo resoplé. Byron ahora le sonrió a Emma.

—Hola. Soy Byron. —Sentí cómo la ira crecía dentro de mí. Byron le había dicho lo mismo a Claire hace años. Claire, que justo en ese momento se unió a nosotros.

—Byron, disculpa, la llamada era importante. Pero no me he perdido nada, ¿verdad? —dijo sin aliento. Byron negó con la cabeza.

—No, todavía estamos presentándonos. ¿Quién es tu encantadora acompañante, Alex? —Rechine los dientes. Odiaba presentar a Emma a Byron y Claire.

—Esta es Emma Taylor. Emma, este es Byron Brown, también productor. Seguramente has oído hablar de él. Y esta es Claire —dije con rabia apenas contenida. Emma sonrió con encanto.

—Es un placer conocerlos a ambos —dijo amablemente. Claire tomó el brazo de Emma en un gesto forzadamente amistoso.

—¿Y a qué te dedicas, Emma? —preguntó con interés. Intervine y di la respuesta.

—Emma y yo estamos desarrollando un guion juntos. —Juego, set y partido. El guion que Byron había buscado y no había conseguido. Claire se llevó la mano a la boca.

—Por supuesto. Emma Taylor. Byron, ¿recuerdas? Teníamos su guion con nosotros. —Se dirigió a Emma—. Te había llamado, Emma, pero me dijiste que ya habías vendido tu guion. —Me quedé helado. Emma asintió cortésmente.

—Lo recuerdo. Sí, Alex me había hecho una oferta el día anterior. —Sonreí interiormente. Ken era realmente invaluable. Gracias a él, había sido más rápido y había vencido a Byron una vez más. Ken definitivamente merecía una bonificación. Byron me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Alex puede haberme ganado con el guion, pero ahora le mostraré de qué se trata en el agua. Señoritas, si nos disculpan a Alex y a mí. Tenemos que prepararnos. —Con estas palabras, Byron me arrastró hacia los vestuarios.

—También tendrán que disculparme un momento. Tengo una llamada importante que hacer. Ya saben, Hollywood nunca se detiene —sonrió Claire dulcemente.

Me sacudí la mano de Byron. ¿Cómo se atrevía ese idiota a tocarme? Apenas podía controlar mi ira. Le di la espalda a Byron y me volví hacia Emma, la atraje hacia mí y la besé de manera demostrativa. Que Byron viera que al final yo era el ganador en todos los niveles. Emma me susurró algo al oído que sonó como "Buena suerte". Con una leve sensación de pesar, la solté. Como siempre que estaba cerca de ella, pensé en todas las cosas que aún podría hacer con su cuerpo. Seguí a Byron al vestuario. Desde allí, un camino de grava llevaba directamente al mar. Los botes ya habían sido preparados para la carrera por el equipo de Eric, un servicio exclusivo de nuestro exclusivo club. Afortunadamente, el tío de Eric había tenido los filtros de aceite adecuados para *Wild Thing*. Había realizado algunas pruebas y había ganado todas mis carreras de práctica contra Eric. Byron no tendría ninguna oportunidad contra mí.

Poco después, los 20 participantes de la carrera estaban en la línea de salida. Esperábamos la señal de Eric. Cuando sonó el disparo de inicio, los motores rugieron en mis oídos. Sonreí con confianza. Me encantaba sentir la potencia del motor y saber que dominaba mi bote como nadie más. Poco después de la salida, acaricié el volante y le susurré a *Wild Thing*: —Vamos, pequeña, ganemos esto—. Una parte muy oculta de mí creía que había que tratar bien a los botes. Al fin y al cabo, los dueños de establos también cuidaban de sus caballos.

Volví a fijar mi mirada en el agua frente a mí y aceleré a fondo. *Wild Thing* no me decepcionó. Me fundí en una unidad con mi bote. *Adelante, nena*. De repente, otro bote apareció a mi izquierda. ¿Qué diablos? La distancia que debíamos mantener entre nosotros estaba estrictamente regulada. Quien cruzara la línea imaginaria se arriesgaba a la descalificación. Eché un vistazo a la izquierda. ¡Byron! Por supuesto, ¿quién más? Pero no sería tan idiota como para arriesgarse a la descalificación solo para impedir mi victoria, ¿verdad?

No tuve tiempo para más reflexiones. Viré a la derecha, peligrosamente cerca de la línea de mi otro vecino. Por suerte, a este ya lo había dejado muy atrás. Aceleré a fondo una vez más para movilizar las últimas reservas de mi bote. En los segundos siguientes, sentí cómo Byron iba quedando atrás poco a poco. Pronto solo pude verlo si giraba ligeramente la cabeza hacia atrás.

Sonreí para mis adentros, satisfecho y seguro de la victoria. El trofeo era mío. Todo el trabajo que Eric y yo habíamos invertido en *Wild Thing* el fin de semana pasado había valido la pena después de todo. Crucé la línea de meta imaginaria en primer lugar, entré en el puerto y amarré mi bote en el muelle provisional. Los empleados de Eric se encargarían más tarde de que todo quedara bien guardado. También para eso pagaba la nada despreciable cuota anual.

Poco después llegaron mis competidores. Mientras todos los demás me felicitaban, Byron permanecía a un lado del muelle con cara de pocos amigos.

—¿Cómo demonios conseguiste mejorar tu bote? Te juro que la próxima ronda será mía. Ya sea en el agua o en cualquier otro lugar —me siseó cuando nos quedamos los últimos en el muelle. Me miró y escupió al agua.

Sonreí. Por una vez, realmente disfrutaba hablando con él. Después de esta victoria, nada podía provocarme hoy.

—Ah, Byron, ríndete de una vez. Hay títulos que nunca ganarás, por mucho que te esfuerces —. Con eso, lo dejé allí y me fui a cambiarme para celebrar debidamente mi triunfo en la casa club con Emma y Eric.

Capítulo 21

EMMA

Mientras Alex y Byron se dirigían a los vestuarios, acompañé a Eric al interior. La casa club era impresionante. Enormes ventanales daban al mar. Aparté la mirada. Aunque había un cristal entre el mar y yo, no me sentía del todo cómoda.

—¿No te gusta nuestra vista? —me picó Eric. Me guió más adentro, hacia la elegante barra de madera y cristal, detrás de la cual dos jóvenes camareras mezclaban cócteles de colores exóticos. De fondo sonaba una agradable música. En este ambiente, me relajé un poco. No pensé que mi incomodidad fuera tan evidente.

—No me gusta mucho el agua. Me pone nerviosa. No sé por qué —confesé finalmente al simpático Eric.

—Vaya, Alex no me había contado eso. —Eric se rió. No parecía tomar mi miedo demasiado en serio.

—Él no lo sabe. Rara vez lo cuento —murmuré.

—Por supuesto, puedes seguir la carrera en las pantallas. Pero también puedo hacer que nos preparen una mesita junto a la ventana. Allí podrás acostumbrarte un poco al agua. Tiene unos colores tan maravillosos cuando brilla el sol que sería una lástima no mirar hacia fuera —me tranquilizó Eric. Lo miré sorprendida. Alex no me había contado mucho sobre Eric. En cualquier caso, no sabía que Eric escondía un lado tan poético y sensible.

—Vamos a probarlo —decidí. Eric me llevó a una mesa junto a la ventana. Me atreví a echar un vistazo cauteloso al agua. Eric tenía razón. Brillaba maravillosamente en diferentes tonos de azul y gris. Observé cómo Alex y sus competidores colocaban sus lanchas de carreras en posición y se preparaban en la línea de salida. Las ventanas debían estar bien aisladas, porque no se oía nada del rugido de los motores. Mientras no tuviera que estar fuera en un barco, todo estaba bien.

—¿Un vino, Emma? —Eric era un anfitrión atento.

—Oh sí, por favor —asentí. Eric hizo una seña a la camarera, que poco después nos trajo dos copas. Finalmente, comenzó la carrera. La lancha roja de Alex era fácil de reconocer. Eric me lo señaló y luego me mostró a Byron, que iba en una lancha gris justo al lado de Alex. Ambos estaban empatados después de la salida. Yo animaba a Alex, porque sabía lo mucho que significaba para él ganar esta carrera.

Después de aproximadamente la mitad de la distancia, Byron de repente se acercó a Alex. Sí, parecía que quería echarlo fuera. Eric se puso de pie.

—¿Qué está haciendo ese idiota? Así lo descalificarán, y a Alex también, porque lo ha empujado al carril de los otros —bramó con voz alta. Miré preocupada. De repente, me hubiera gustado estar en el agua. Para apoyar a Alex. Cuando me di cuenta de este pensamiento, me estremecí nerviosamente. Mi cuerpo se tensó.

¿Yo? ¿En el agua? ¿Por Alex? Seguí observando la carrera con atención. Allá fuera en el agua, que con cada segundo me parecía menos aterradora. ¿De qué había tenido tanto miedo siempre? Sacudí la cabeza. Ya pensaría en ello más tarde. Mientras tanto, en el mar, Alex se había separado de Byron y poco después cruzó primero la línea de meta imaginaria.

—Ahora podemos celebrar. Porque yo sabía que nadie puede vencer a Alex en el agua. Pero Byron, ese perro miserable, siempre se le ocurre algo nuevo —dijo Eric aliviado.

—¿Por qué Byron no soporta a Alex? —pregunté. Los dos no eran competidores normales, sino enemigos. Pero no tenía idea de por qué.

—Claire dejó a Alex por Byron en aquel entonces. También hubo algo con un manuscrito que originalmente pertenecía a Alex, pero que al final acabó en manos de Byron. No sé exactamente qué pasó ni cómo están las cosas entre ellos ahora. Y en cuanto a hacer películas: Alex claramente ha hecho las películas más exitosas —explicó Eric y se encogió de hombros, desconcertado. Así que él tampoco tenía una mejor explicación. Asentí. Los sentimientos negativos como el odio rara vez son lógicos.

—Ven Emma, vamos afuera con los otros invitados al jardín. Allí está la ceremonia de entrega de premios. No estarás más cerca del mar que aquí. —Eric me levantó de la silla, me puso mi copa de vino en la mano y salió conmigo. Yo hubiera llamado parque al jardín. Hermosos caminos, palmeras, arbustos bien cuidados y pequeños pabellones desde los que se tenían maravillosas vistas al mar.

Miré alrededor y vi a Alex, que en ese momento salía de la casa club. Se acercó a mí radiante y me abrazó. Le sonreí.

—¡Felicidades! Qué carrera tan emocionante —lo felicité.

—Hombre, colega, pensé que Byron te iba a empujar al otro lado. Pero lo has manejado bien. Vamos, tengo que dar un breve discurso. Emma, discúlpanos un momento, el deber llama. —Con estas palabras, Eric se llevó a Alex. La ceremonia de entrega de premios tuvo lugar en uno de los pequeños pabellones del jardín. Estaba abierto por los cuatro lados. Eric había hecho colocar un podio en el centro.

—Gente, ya sabéis que no me gusta dar discursos. Así que seré breve. Felicitaciones a Alex por ganar el campeonato del club. Nunca dudé que lo lograría, y aun así fue una carrera emocionante. Creo que merece un buen aplauso y, sobre todo, una celebración como es debido. —Con estas palabras, Eric le entregó el trofeo a Alex y dio una señal a sus camareras.

A un lado había dos mesas preparadas con cuatro pirámides de copas. Las camareras abrieron las botellas de champán con un *pop* y llenaron las pirámides de cristal desde arriba. Guau. Nunca había visto algo así. Excepto, por supuesto, en la televisión. Para mí, era el símbolo de que finalmente había llegado a Hollywood. Cogí una copa y esperé. Alex recibía felicitaciones. Mientras tanto, me atreví a echar otro vistazo al mar. Incluso sin el cristal de por medio, en realidad no se veía tan mal. Vale. El sol acababa de ponerse, y por eso se veía fantástico. El cielo parecía haber prendido fuego y brillaba en tonos naranjas.

—Maravilloso, ¿verdad? —Alex se había acercado sin que me diera cuenta.

—Sí —dije honestamente—. En realidad, no me gusta nada el agua, pero esto es realmente maravilloso. —Alex me rodeó con un brazo, y me sorprendí pensando que podría quedarme así un buen rato. Ver la puesta de sol con Alex y una copa de champán. No podía ser más cursi. Sin embargo, o tal vez precisamente por eso, me pareció hermoso. Me apoyé en el pecho de Alex.

—Mhmmm... —murmuró en mi oído. Su mano se deslizó sobre mis nalgas. Acarició mi trasero. Así permanecimos un buen rato, viendo el sol hundirse en el mar y dando sorbos a nuestro champán.

—Ven, te mostraré el resto del jardín. Es bastante extenso. Casi como un parque. —Con estas palabras, me alejó de los demás invitados. El sol ya se había ocultado completamente tras el horizonte y oscurecía rápidamente. Los empleados de Eric habían encendido velas y faroles por todo el jardín. Desde el club house se escuchaba música a todo volumen. La mayoría de los invitados se dirigían al interior, atraídos por el alcohol y la pista de baile.

Alex, en cambio, me llevó aún más lejos del club house. En la oscuridad ya no podía distinguir sus ojos. En cambio, sentía con mayor intensidad el calor que emanaba de su cuerpo. Su mano seguía sobre mi trasero, y esta vez la zona ardía como fuego incluso sin azotes. Alex me condujo a un pabellón situado al otro extremo del jardín. En este no había un podio, sino una gran tumbona con cómodos cojines.

—Aquí se pueden disfrutar maravillosamente los días —dijo, y luego susurró—: Y las noches también. —Con estas palabras, me atrajo hacia él.

—Como ganador de la carrera, merezco una recompensa en mi ceremonia privada de premiación, ¿no? —Presionó su cuerpo contra el mío. Sentí sus músculos y su erección. Dios

mío. ¿Aquí? ¿En el jardín?

—¿Y si nos oye la gente? —susurré. Alex sonrió—: Están dentro celebrando. Así que hoy no gemirás tan fuerte como de costumbre. Te lo ordeno. —Sus manos recorrieron mi espalda y abrieron la cremallera de mi vestido. La gasa se deslizó por mis caderas. A la luz de las velas, me encontré en ropa interior frente a Alex. Miré alrededor, nerviosa y excitada a la vez, pues nunca había tenido sexo en un lugar público. ¿No estaba incluso prohibido?

—No vendrá nadie —rio Alex para tranquilizarme. Aun así, miré alrededor insegura. Alex se quitó la camisa y los pantalones. Me atrajo de nuevo hacia él y me mordió suavemente el cuello.

—Y si alguien viene... Me da igual. —Continuó mordisqueando mi cuello, luego me agarró repentinamente del pelo, echó mi cabeza hacia atrás y me besó. Mi centro comenzó a palpitar levemente. Sí. Deseaba a Alex. Sin importar dónde. Me presioné contra él y sentí su dura erección en mi vientre. La mano de Alex se deslizó dentro de mis bragas y comenzó a acariciar suavemente mi perla. Apenas pude contener un gemido.

—Mantente en silencio. —Percibí la voz de Alex en mi oído como a través de un velo y solo sentía el hormigueo que se extendía por todo mi cuerpo. Reprimí un jadeo. A cambio, mis piernas empezaron a temblar con más fuerza. De repente, Alex retiró su mano.

—No tan rápido, mi hermosa bruja. Quiero darte un poco más de placer esta noche. Desnúdate.

—Obedecí, y Alex me empujó sobre la tumbona. Se desnudó rápidamente y se acercó a uno de los faroles que iluminaban el pabellón, sacando la vela que había dentro. La llama se reflejaba en sus ojos oscuros, y sentí cómo todo se contraía dentro de mí. Sus ojos, su cuerpo musculoso, su erección. Ya había estado húmeda. Ahora estaba empapada.

Alex se tumbó a mi lado en la tumbona, todavía con la vela en la mano. Se inclinó sobre mí y sostuvo la vela bastante alto.

—Confía en mí —susurró. No le quité los ojos de encima. Inclinó la vela y una gota de cera se desprendió. Cayó sobre mi cuerpo exactamente entre mis pechos. Solté un jadeo. Un dolor agudo y ardiente me atravesó. Inhalé bruscamente y reprimí a medias un grito. Exhalé lentamente. Ya la última vez había creído haber alcanzado la cima de mi placer. Pero ahora me di cuenta de mi error y fui arrollada por la ola de placer más intensa que jamás había experimentado. Me mordí el interior de las mejillas para reprimir mis gemidos. Alex volvió a deslizar su mano entre mis piernas, dejando que sus dedos bailaran sobre la sensible piel del interior de mis muslos. Movió la vela. La cera goteó sobre mi pecho izquierdo. Creí desfallecer. Al dolor del calor le siguió una ola de placer. Alex continuó hasta que la cera casi cubrió mis pechos. Sus ojos oscuros se clavaban en mi rostro. Los contornos de Alex se difuminaban ante mis ojos. Movió su mano más

abajo. Tocó mi perla. Por fin. Comenzó a masajearla suavemente. Solo fracciones de segundo después, la cera alcanzó mis pezones. Mi cuerpo se arqueó de placer. Apenas pude contener un gemido. Estaba a punto de explotar de placer.

En ese momento, sentí a Alex dentro de mí. Embistió. Profundo. Duro. Su mano masajeaba mi perla. Me moví al mismo ritmo que Alex. Sus embestidas se volvieron cada vez más profundas y duras. Olas de placer me arrollaban. Escuché la voz de Alex en mi oído.

—Ahora. —Y en ese mismo instante llegué al clímax. Con un orgasmo como nunca antes había experimentado. Todo mi cuerpo ardía. Las zonas donde Alex había dejado caer la cera parecían vibrar. Me entregué completamente al placer y mordí el hombro de Alex para no gritar.

Alex casi salió por completo de mí. Una última embestida profunda y dura, y se derramó dentro de mí.

Capítulo 22

Alex

Tomé a Emma de la mano y la arrastré detrás de mí de regreso al club. Hoy había sido un día perfecto. Una victoria en la carrera. Finalmente había demostrado a Byron quién era para mí. Nada. Nadie. Ni siquiera con los trucos más viles podría vencerme. Piezas robadas, obstrucciones en la pista, lo que se le ocurriera: yo había triunfado. Y lo seguiría haciendo. Byron ni siquiera había logrado estar junto a mí en el podio como segundo durante la premiación. Él y Claire habían abandonado la fiesta justo después de la carrera.

Claire. Encogí los hombros. Su nombre no desataba nada en mí. Miré a Emma, que caminaba a mi lado, con su larga melena roja. Su piel pálida se veía aún más marcada por el vestido verde y negro. Silbaba suavemente para sí misma. ¿Qué significaría eso? Parecía siempre de buen humor, incluso en las circunstancias más adversas. A menudo un poco tímida, pero rara vez triste o enojada.

—¡Alex! ¿Dónde demonios habéis estado todo este tiempo? —preguntó Eric, que estaba en la puerta del club mirándonos con desaprobación.

—Todos quieren saludar al ganador de hoy, y no te encuentras por ninguna parte —respondí, encogiéndome de hombros en señal de disculpa. Había tenido cosas más importantes que hacer. Hacer el amor con Emma en el pabellón mientras la fiesta se desataba aquí, había tenido su propio encanto especial. Conocía a Emma desde hace un tiempo. Normalmente, mis amantes empezaban a aburrirme después de unas semanas. Sus deseos eran todos iguales, sus cuerpos eran todos iguales, sus frases eran todas iguales. Emma era diferente. Tenía su propia cabeza. A veces discutíamos con bastante pasión sobre una escena mientras escribíamos el guion. Eso me gustaba. No me gustaba cuando alguien siempre decía "sí" a todo. En la cama, Emma siempre se volvía más apasionada. Cuando miraba a sus ojos verdes mientras se entregaba a mí, mi excitación también aumentaba. Algo así nunca había sentido antes.

—No te enojes tanto —le dije a Eric, tratando de calmarlo. Mi estómago comenzó a rugir. No había comido en un buen rato.

—Eric, necesito algo de comer primero. ¿Tienes rollitos primavera aquí?

Eric hizo un gesto de desaprobación con los ojos.

—Sabes que solo los hacemos para ti. Por eso solo tenemos el suministro secreto en la nevera. Lo acabaste tú después de que descubriéramos el robo. Después, tanto estaba pasando que no hemos podido comprar más. —Eric encogió los hombros.

—Tendrás que conformarte con un puesto de comida rápida asiática de camino a casa. Pero aún tengo un trago para brindar por tu victoria. —Eric me agarró del brazo y nos dirigimos hacia la barra. Emma había escuchado en silencio la conversación y nos siguió.

—YO puedo hacerte unos rollitos primavera realmente buenos, Alex. Frescos. Lo aprendí de Sung. Mejor que la comida congelada o los rollos de los takeaways que se mantienen calientes todo el día. —Habíamos llegado a la barra. Eric me pasó un vaso de whisky. Rollitos primavera. Hasta ahora, ninguna mujer había ofrecido cocinar para mí. Miré a Emma. Su mirada parecía alegre y segura de sí misma. Nunca antes había visto sus ojos verdes brillar así. En ese momento, tomé una decisión.

—Eric, discúlpame, pero tenemos que irnos a casa. Emma acaba de prometer prepararme unos rollitos primavera. Que disfrutes de la noche, amigo. —Le di a Eric una palmada amistosa en el hombro, tomé a Emma de la mano y la arrastré detrás de mí hacia afuera, hacia mi Jaguar.

Capítulo 23

EMMA

Estaba en la cocina de Alex sin saber qué me pasaba. Alex y yo nos habíamos acercado en las últimas semanas, durante las cuales nos veíamos a diario, pero no emocionalmente. Al tener sexo con Alex, descubrí facetas de mí misma que no sabía que existían. Alex era un maestro en llevarme a nuevas cimas en la delgada línea entre el dolor y el placer. Lo disfrutaba. Más aún, me había vuelto adicta a ello. Por lo demás, nuestro contacto se limitaba a las conversaciones en el trabajo. Aprendí mucho sobre el desarrollo de guiones, lo cual ya estaba incorporando en la elaboración de mi próxima sinopsis. Pronto la terminaría. ¿Y luego? No estaba segura.

Y ahora estaba cocinando para él. De camino a casa, habíamos comprado todos los ingredientes para rollitos de primavera en el mercado asiático, riéndonos mucho juntos. En el apartamento de Alex, llevé las compras a la cocina y empecé a lavar, pelar y cortar las verduras. Se sentía casi cotidiano. Normal. Condimenté los ingredientes y enrollé el relleno en las láminas de masa. En una olla ya hervía el aceite. La cocina de Alex estaba muy bien equipada. Sin embargo, no parecía que cocinara en ella muy a menudo.

—¿Qué comes normalmente? ¿Siempre comida para llevar? Nunca te había visto en Sungs antes de que me salvaras del borracho. —Sentía curiosidad. Incluso después de todos los momentos compartidos, Alex a menudo me parecía un enigma. Un enigma muy interesante. Simplemente no sabía exactamente cómo funcionaba. Alex se encogió de hombros. Un gesto que podía observar en él a menudo.

—Solo no tengo muchas ganas de cocinar y tampoco soy especialmente talentoso para ello. —Sonrió, y sus ojos oscuros brillaron.

—En cambio, soy muy bueno mezclando bebidas. Te prepararé algo mientras estás ahí parada frente a la olla con el aceite. —Alex abrió el armario, sacó algunos vasos y comenzó a manipular las botellas en la encimera.

—Espera y verás —dije—. Cuando hayas probado estos rollitos de primavera, nunca más querrás los de comida para llevar. Después de todo, lo aprendí de Sung, y él lo aprendió de su madre. —Cogí una espumadera para sacar los rollitos del aceite hirviendo, puse el primero en un plato y se lo entregué a Alex.

—Aquí, prueba. Pero ten cuidado, está caliente. —Alex tomó el plato y examinó el rollito.

—No se ve mal. Exactamente como los de la comida para llevar. —Estaba a punto de dar una respuesta enojada, pero luego vi a Alex sonriéndome y guiñándome un ojo. ¡Quería provocarme! Estábamos en su cocina, yo cocinaba y él quería provocarme antes de mezclarme una bebida. Alcé las cejas.

—El que ríe último, ríe mejor —dije fingiendo indignación. En realidad, estaba feliz. Tan indescriptiblemente feliz como no lo había estado en mucho tiempo. No había querido admitirlo, pero mi corazón ya llevaba tiempo dando un pequeño salto al pensar en Alex. Algo que no tenía nada que ver con contratos. Alex se comió el rollito de primavera. Guardó silencio. Me miró. Esto me puso nerviosa. Intenté no dejar que se notara. ¿No me habían salido bien los rollitos? ¿Había usado demasiadas especias?

—Delicioso, Emma. Nunca he comido algo tan maravilloso —me elogió Alex. Sonreí radiante y me volví hacia la olla para freír los siguientes rollitos. Alex volvió a dedicarse a las bebidas, que estaban a medio terminar en la encimera. Oí el tintineo de los vasos y la puerta de la nevera abriéndose. Los rollitos de primavera estaban listos. Apagué la cocina y de repente sentí a Alex detrás de mí. Presionó su cuerpo contra el mío.

—Eres maravillosa, Emma —me susurró al oído. Su mano se deslizó bajo mi vestido. De repente, sentí un frío glacial a través de mis bragas. Inhalé bruscamente. Mi cuerpo comenzó a hormiguear. De frío y de deseo. Alex retiró su mano y la sostuvo frente a mis ojos. Con un cubo de hielo. Por segunda vez esa noche, me quitó el vestido de gasa negro y verde. Mi sujetador aterrizó a su lado en el suelo de la cocina. Alex agarró mi cabello y echó mi cabeza hacia atrás. Pasó el cubo de hielo por mi cuello, rodeó mis pechos y presionó el hielo contra mis pezones. Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo. De frío y de deseo al mismo tiempo. Gemí fuerte y sentí cómo todo se contraía dentro de mí. Al frío le siguió el calor de las manos de Alex. Sus dedos rodearon mis pezones y los pellizcaron. Grité de placer. El frío no había entumecido mi piel, al contrario. Sentía las caricias más intensamente que nunca. Mis rodillas comenzaron a temblar.

Alex me soltó y se desabrochó el cinturón. Su erección saltó hacia mí. Sus manos se posaron de nuevo sobre mis hombros y me empujaron hacia el suelo. Me arrodillé frente a él. Lo miré hacia arriba. Sus ojos oscuros me miraban con exigencia. Agarré su pene, lamí con avidez su glande y finalmente lo tomé completamente en mi boca. Alex comenzó a mover sus caderas hacia adelante y hacia atrás. Su pene se deslizaba dentro y fuera de mi boca. Para deslizarse aún más profundo la próxima vez.

—Tócate. —Mis dedos se deslizaron hacia mi clítoris y comenzaron a masajearlo al mismo ritmo con el que Alex movía sus caderas. Jadeé de placer. Mi lengua rodeaba el pene de Alex en mi boca cada vez más y más rápido. Mis dedos en mi clítoris también se movían más y más rápido. Una ola de placer me inundó. Sentí que estaba a punto de correrme. Alex agarró mi cabeza, me empujó hacia adelante y presionó sus caderas contra mí con más fuerza que nunca. Su pene se deslizaba cada vez más profundo dentro de mí. Chupé con los ojos cerrados, entregada y cada vez más salvajemente su pene. Llenaba toda mi cavidad bucal y finalmente tocó mi garganta. Alex gimió fuerte. Su cuerpo se arqueó y se corrió en mi boca. Me lo tragué todo y masajeé mi clítoris cada vez más rápido. Cuando Alex salió de mí, abrí los ojos de nuevo. En ese momento, literalmente exploté y me corrí, aún arrodillada en el suelo de la cocina. Me senté y miré hacia arriba a Alex.

—Vaya. Eso fue... increíble, una vez más. —Respiré profundamente.

Alex me miró desde arriba. —No te había dado permiso para correrte. Pero como me has hecho los rollitos de primavera, seré indulgente por esta vez. Tiene que haber algo que mejorar cuando escribamos nuestro próximo guion. —Su voz sonaba severa, pero en sus ojos había un brillo cariñoso.

Cuando escribamos nuestro próximo guion. Sonreí satisfecha.

Capítulo 24

ALEX

Abrí los ojos. ¿Qué hora era? Ya había amanecido. Miré a mi alrededor y escuché un ligero rasguño en la puerta. Roddy. Quería dar su paseo matutino y probablemente también tenía hambre. Miré el despertador. Las 9. Normalmente, Roddy y yo ya estábamos fuera a las 7 como muy tarde. Me levanté y me dirigí a la puerta del dormitorio. En el camino, me detuve. Había alguien más. Emma. Emma estaba en mi cama. Claro. Ayer. Había ganado la carrera contra Byron, y aun así nos habíamos ido temprano de la fiesta.

Observé a Emma pensativo. Se veía hermosa. Su pelo rojo estaba esparcido sobre la almohada. Su respiración regular me indicaba que aún dormía. Desde que Claire me había dejado, ninguna mujer había dormido en mi cama. Oh sí, había dormido CON ellas y luego las había enviado a casa. Se sentía extraño. Solo que no podía decir exactamente si era un extraño bueno o un extraño malo.

Volvió a escucharse un rasguño en la puerta. Un suave gemido sonó. Abrí la puerta. Roddy me miró acusadoramente.

—Ya está bien, chico, dame un poco de tiempo para prepararme y saldremos enseguida —cerré la puerta suavemente detrás de mí para no despertar a Emma. No sabía exactamente qué hacer con ella ahora. ¿Desayunar? Definitivamente eso no estaba planeado. ¿Realmente quería eso? Fui a la cocina y saqué el paquete de comida seca del armario debajo del fregadero. Estaba casi vacío. Hoy vendría mi ama de llaves y repondría todas las provisiones. Vertí una porción de comida en el plato de Roddy y también rellené su cuenco de agua. Roddy gimió satisfecho y se lanzó sobre su desayuno.

Cuando salí del baño unos minutos después, Roddy ya estaba junto al ascensor mirándome expectante. Dudé. Emma seguía en mi cama. Pero ahora no quería pensar si la noche anterior había cambiado algo. Y si era así, qué. Así que volví a abrir la puerta del dormitorio. Emma seguía dormida. Realmente se veía hermosa.

—Emma. Buenos días —dije desde la puerta hacia la habitación. Emma se dio la vuelta y abrió los ojos. Por un momento pareció confundida. Luego pareció recordar dónde estaba. Sonrió. Sus ojos verdes brillaban.

—Buenos días, Alex —su voz aún sonaba algo adormilada. Lo que más quería era ir a la cama, abrazarla y pasar todo el día con ella en la cama. O mejor dicho, una parte de mí quería eso. La

otra parte quería estar sola. Como siempre. Roddy y yo teníamos nuestra rutina matutina, y eso nos había ayudado bien durante los últimos años. No necesitaba un cambio incontrolable.

—Tengo que irme. Me he quedado dormido. Roddy necesita salir urgentemente. Me voy ya a la oficina y luego saldré a pasear con él. Nos vemos allí. En la cocina y en el baño encontrarás todo lo que necesitas. Tómate tu tiempo —Emma me miró. ¿Me lo estaba imaginando o sus ojos verdes parecían ligeramente decepcionados? Me sentí incómodo y solo quería irme lo más rápido posible. Detrás de mí se escuchó un gemido angustiado.

—Como oyes, Roddy no puede esperar más. Hasta luego —dije aliviado y me di la vuelta. Emma abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Sí, hasta luego —solo escuché a mis espaldas, mientras ya me dirigía al ascensor. Tomé la correa de Roddy y bajamos en el ascensor. Como era tan tarde, lo primero que hice fue sacar a Roddy un momento. A pesar de la hora temprana, ya hacía bochorno afuera. Nubes oscuras se acumulaban en el horizonte. Seguramente habría una tormenta hoy. Roddy y yo salimos a la calle. En el primer seto, Roddy levantó la pata aliviado y dejó su marca.

—Al menos tú te comportas como siempre —refunfuñé. Dimos la vuelta y volvimos a entrar en el edificio. En el ascensor, mi mano flotó brevemente sobre la fila de botones. ¿Subir con Emma? Dejé caer mi mano. Toda mi vida se estaba poniendo patas arriba. Mis reglas cuestionadas. Gruñí irritado y presioné decididamente el botón del garaje subterráneo. Allí abrí la puerta del Jaguar para Roddy, que saltó a su caja de transporte hecha a medida. En las calles de Hollywood había mucho tráfico, como casi siempre a esta hora. Normalmente no me molestaba, pero hoy hubiera empujado personalmente a todos los conductores lentos para llegar finalmente a la oficina.

Aliviado, después de unos 45 minutos finalmente estacioné el Jaguar y dejé salir a Roddy de la caja. Tomamos el ascensor hacia arriba.

—Sí, la financiación de la película está completa. El rodaje comenzará en breve y está programado para un mes. Por supuesto, al Sr. Carter le encantaría reunirse con usted para discutir sus ideas para el estreno —oí decir a Ken. Asentí con la cabeza, entré en mi oficina y cerré la puerta. La señal de que no quería ser molestado bajo ninguna circunstancia. Hasta ahora, Ken siempre se había asegurado de que no me molestaran. Excepto con Emma. Emma. Emma otra vez.

Roddy se acostó en su cesta. Hora de una siesta matutina. Aunque tenía mucha energía cuando se trataba de saltar sobre otros transeúntes, ya no era tan joven. Encendí el ordenador e intenté concentrarme en mi trabajo durante media hora. En vano. Esto nunca me había pasado antes.

Me levanté y fui a la ventana. Miré fijamente al cielo gris y sombrío. Ahora realmente se veía amenazador. Mi teléfono sonó en el escritorio. Me di la vuelta. Eric. Una conversación con él probablemente mejoraría mi humor.

—Eric, ¿qué pasa? ¿Ya recuperado de ayer? —al otro lado de la línea se escuchó un bufido—. Alex. Tienes que venir inmediatamente —la voz de Eric sonaba seria. Nunca lo había oído así—. ¿Qué pasa? —si tenía que ir inmediatamente al club de yates, debía tratarse de una catástrofe de mediana magnitud. Eric no respondió a mi comentario.

—Hubo un incendio. Un cortocircuito en el motor de tu barco de carreras —dijo abatido.

—¿QUÉ? —empezó a hervir en mi interior. Rechine los dientes.

—Byron. Ese cerdo miserable. Nunca ha sabido perder —sentí cómo una ira ardiente y burbujeante subía dentro de mí. La vena de mi sien empezó a latir.

—Es muy posible, Alex. Pero será como con el robo: no encontraremos pruebas de la culpabilidad de Byron. Y solo puedo expulsarlo del club con pruebas. Eso lo sabes bien. Sin pruebas, la junta nunca aprobará la solicitud de expulsión —Eric no sonaba muy optimista, y ESO casi nunca ocurría con él. Respiré hondo.

—Se me ocurrirá algo. Pero primero iré a ver los daños —había ganado la carrera. También ganaría esta batalla contra Byron.

Capítulo 25

EMMA

Entré en el ascensor y pulsé el botón del vestíbulo. Las puertas se cerraron. Me quedé mirándolas. Puertas cerradas y pulidas hasta el brillo, a través de las cuales no podía simplemente volver al apartamento. Bueno, podría hacerlo, pero Alex no estaba allí. ¿Qué haría yo en su apartamento sin él? ¿Qué hacía allí de todos modos? Algo había pasado entre anoche y esta mañana. Ayer, cuando nos divertimos juntos y Alex aún hablaba de un próximo guion. Hoy el mundo parecía diferente. Alex se había ido del apartamento casi sin decir palabra. Me sentía abandonada. Pero no podía haber sido abandonada, ¿verdad? Al fin y al cabo, Alex y yo no éramos pareja, y sin embargo, ayer creía que había algo más entre nosotros. Que algo se había desarrollado entre nosotros en las últimas semanas. ¿Y ahora?

Tenía un nudo en la garganta que se negaba obstinadamente a desaparecer. Tragué saliva. No sirvió de nada. Mi corazón, que ayer aún latía con ligereza cuando disfruté por primera vez en mi vida de la vista del mar, se sentía pesado y latía con fuerza en mi pecho. Me hubiera gustado acurrucarme en la cama de mi apartamento y pasar los próximos días bajo las sábanas.

Ni lo pienses, Emma, me reprendí a mí misma. Después de todo, no sabía qué le pasaba a Alex. Solo había una forma de averiguarlo: tendría que preguntarle. Absorta en mis pensamientos, bajé y salí del edificio para ir a la parada del autobús. Sin Alex, no me quedaba otra opción. ¿Cómo iba a llegar a la oficina si no? Me había dejado literalmente plantada. Como si tuviera que alejarse urgentemente de mí.

Me volví a recordar que no pensara tanto. Pronto vería a Alex, y seguro que todo se aclararía. Este pensamiento me hizo sonreír. Seguramente mis temores se disiparían tan rápidamente como la niebla matutina que a menudo cubría mi hogar en Ohio durante los días de otoño.

Cuando me bajé del autobús a una manzana de la oficina de Alex, el tentador aroma del café llegó a mi nariz. Me detuve y miré hacia la cafetería. Mi cerebro gritaba por un café. Especialmente hoy. Justo cuando me dirigía a la puerta de la cafetería, oí mi nombre.

—Emma —dijo alguien detrás de mí. Me di la vuelta. Byron estaba detrás de mí.

—Oh, hola Byron. Qué casualidad —dije educadamente. Byron me sonrió.

—No es casualidad, Emma. Te estaba esperando aquí. Necesito hablar contigo urgentemente —dijo en un tono que probablemente pensaba que inspiraba confianza. Lo miré con desconfianza. Eric me había contado durante la carrera de botes lo amarga que era la enemistad entre Alex y

Byron desde hacía tiempo, desde que Claire había dejado a Alex por Byron. Fuera lo que fuera lo que Byron quería de mí, difícilmente podía ser en beneficio de Alex.

—Ibas a tomar un café. ¿Te importa si te acompaño? —Byron era educado y amable, nada parecido a como lo había descrito Alex. Sin embargo, me mantuve alerta y asentí. Difícilmente podía negarme y prohibirle a Byron que entrara en la cafetería. Entramos uno detrás del otro. Pedí un café con leche grande para llevar. Detrás de mí, Byron hizo su pedido. Mientras la barista preparaba nuestros cafés, Byron me agarró del codo y me llevó a un rincón tranquilo.

—Emma, seguramente sabes por qué Alex y yo somos enemigos desde hace años. —Asentí. Todavía no estaba segura de a dónde quería llegar Byron y no quería darle ninguna munición. En el fondo, ni siquiera quería hablar con él.

—Vuestro guion probablemente esté casi terminado —continuó. Permanecí en silencio.

—Por eso quería advertirte, Emma. —Seguí sin decir nada. ¿De qué podría querer advertirme Byron? ¿Y cómo podía estar segura de que era sincero?

—¿Qué quieres decir? —pregunté finalmente, esperando que no se notara mi inseguridad. Byron se tocó la nariz.

—Alex es conocido por aparecer siempre con acompañantes diferentes. Las cambia al menos tan a menudo como sus guiones. —Así que por ahí iban los tiros. Byron quería separarnos a Alex y a mí. Su comentario me hirió el corazón como un pinchazo de aguja. Después de esta mañana, no estaba segura de si para Alex yo no era más que otra acompañante intercambiable. Pero no dejé que Byron lo notara. Byron finalmente se dio cuenta de que no le respondería y se tocó la nariz de nuevo.

—Alex a menudo finge estar interesado en los proyectos profesionales de sus, bueno, parejas. Solo así se convierten en sus parejas. En realidad, no le interesa nada de eso. Cuando han sido sus compañeras durante el tiempo suficiente, el proyecto muere. A menudo justo antes de completarse. Así fue con Claire. Ella logró escapar justo a tiempo. Muchas que vinieron después de ella, no. —La acusación flotaba pesadamente en el aire. Así que Alex no estaba realmente interesado en mi guion. Sacudí la cabeza. No podía ser. No con el Alex que había conocido. Byron me miró penetrantemente.

—Emma, si tu futuro profesional significa algo para ti, vete. Ahora. Sé que probablemente pienses que quiero separaros a Alex y a ti. No es así. A Claire y a mí nos pareció muy prometedora tu sinopsis. No queremos que tu carrera se vaya al garete solo por Alex. Nos sentimos obligados a advertirte. —La voz de Byron sonaba cálida y sincera.

Todo me daba vueltas. No quería tener esta conversación. Las palabras de Byron me recordaron cómo le había preguntado a Laura hace unas semanas si solo estaría vendiendo mi cuerpo y no mi guion. Laura lo había negado enérgicamente. Pero, ¿y si yo tenía razón? ¿Y si Alex no me había llamado entonces porque mi sinopsis era prometedora, sino porque era una mujer? ¿Y si ahora se había llegado al punto del que Byron acababa de hablar, si Alex pronto me dejaría? Tal vez por eso Alex había sido tan cortante esta mañana.

Sentí cómo la inseguridad se extendía por todo mi cuerpo. *Respira hondo, Emma. Recuerda, no sabes qué es verdad*. Enderecé los hombros y miré a Byron con toda la firmeza que pude.

—Gracias, Byron, es muy amable de tu parte que te preocupes por mí. Ahora voy a subir a ver a Alex. —Mi voz tembló ligeramente al decir estas palabras, revelando mi inseguridad. Me enfadé conmigo misma. Byron se encogió de hombros.

—Como quieras, Emma. Solo intento ayudar. Si en los próximos días Alex te parece de repente diferente a lo habitual, ya sabes a qué puede deberse. —Asintió cortésmente. Salimos de la cafetería al mismo tiempo. Byron hacia la izquierda, yo hacia la derecha.

Capítulo 26

ALEX

Agarré las llaves de mi Jaguar.

—Ken, tengo prisa. Debo ir urgentemente al club a ver a Eric. Ha habido un incendio. Con daños en el *Wild Thing*. —Sentía un gran alboroto dentro de mí. Byron podía considerarse afortunado de no estar por aquí cerca. Tenía muchas ganas de propinarle unos cuantos puñetazos en su cara siempre sonriente. Ya se le quitarían las ganas de reír.

—Espero que todo se arregle. —La voz de Ken sonaba tan tranquila como siempre. Su pulso nunca debía acelerarse ni un latido.

—Eso espero yo también —gruñí con dureza. Si era necesario, arreglaría este asunto a mi manera. Byron tampoco se iba a salir con la suya esta vez. En ese momento, se abrió la puerta y Emma entró en la oficina. La miré brevemente. Parecía algo diferente a esta mañana. ¿O me lo estaba imaginando? En cualquier caso, eso podía esperar. Ahora no tenía tiempo para ocuparme de ella. Mi barco estaba dañado. Tenía que ir al club náutico. Ahora.

—Hola Emma. Tengo que irme. Nos vemos luego. O probablemente mañana. Hasta entonces. —Con estas palabras, quise pasar junto a Emma por la puerta. La mano de Emma agarró mi brazo.

—Un momento. Alex. Necesito hablar contigo. No tardará mucho. —Sus ojos verdes me miraron suplicantes. Odiaba esa mirada en las mujeres. Las conversaciones que comenzaban con tales miradas generalmente giraban en torno a sentimientos y, por experiencia, duraban bastante. Demasiado. Ahora no tenía ni el tiempo ni el ánimo para aclarar nada con Emma. Quería ir a mi barco, en el que había invertido tanto tiempo y dinero.

—No tengo tiempo, Emma. Tengo que ocuparme de asuntos más importantes. Ha habido un incendio en el barco. —Aparté la mano de Emma de mi brazo y quise irme. Pero Emma se interpuso en mi camino. Rechincé los dientes. ¿Qué significaba esto? ¿Había olvidado uno de los principios del contrato? Aquí era yo quien decidía lo que pasaba. Siempre. Miré a Emma enojado.

—¿Qué piensas realmente de mi guion, Alex? Necesito saberlo. Ahora. —Había un ligero temblor en la voz de Emma. Me irrité aún más ante la ridícula pregunta y puse los ojos en blanco. Mi mandíbula se tensó. No era una buena señal. Estaba a punto de perder el control y enojarme de verdad si Emma no me dejaba ir ahora. Me miró inquieta. Resoplé molesto. No importaba. Que Emma se diera cuenta de que se estaba metiendo en aguas peligrosas.

—¿Qué clase de pregunta es esa, Emma? ¿Qué se supone que debo pensar? Ya hemos hablado de esto muchas veces. Con todo detalle. Ahora tengo que irme y ocuparme de cosas importantes. No tengo tiempo. —Sonaba malhumorado, y esta vez no me importó. Que Emma se diera cuenta de que estaba enojado. Inmediatamente, los ojos verdes de Emma se humedecieron. Me estaba volviendo loco. ¿Por qué no podía simplemente esperar hasta que pudiera ocuparme de ella?

—¿Así que no soy importante? —Esta vez, la voz de Emma temblaba claramente. Odiaba ese tipo de preguntas. No importaba lo que respondiera, solo podía estar mal.

—No se trata de eso, Emma. De verdad tengo que irme ahora. Es urgente. Eric me necesita. ¿Qué es todo esto, de todos modos? Probablemente ahora quieras saber si te amo. Por favor, realmente no puedo lidiar con este tipo de discusiones. Exactamente para eso tenemos el contrato. —Hervía por dentro. Sentía que todo se estaba saliendo de control. Hasta ahora, el tiempo con Emma había sido agradable y sin problemas. Conversaciones interesantes, buen trabajo, y no tenía que preocuparme por los sentimientos. Hasta ahora. No tenía idea de qué se trataba todo este teatro. Emma me miró. Una sola lágrima rodó por su mejilla.

—Eso quiere decir que la noche pasada no significó nada para ti. Ya sabía que llevas a todas las mujeres a las carreras de barcos. Probablemente le digas a todas que sus guiones o su actuación son geniales. Para que se sientan cómodas contigo. El hombre que no deja que nada le afecte. Excepto los rollitos de primavera. —Boom. Eso dolió. ¿Qué se creía esta bruja pelirroja? Estaba a punto de enfurecerme de verdad.

—TÚ fuiste quien me rechazó fríamente varias veces al principio y jugó a ser la princesa de hielo. ¿Quién me dejó plantado en la calle? ¿Y en el takeaway, cuando te ayudé? ¡Fuiste TÚ! —Mi voz se elevaba cada vez más.

—Realmente no tengo ganas de estas discusiones, Emma. Me estás volviendo loco. Me estás presionando. YO soy quien manda aquí, no tú. ¿Qué significa todo esto? —Más lágrimas rodaron por las mejillas de Emma. Odiaba ver a las mujeres llorar. Sacudí la cabeza irritado y agarré la llave del Jaguar que colgaba de un pequeño tablero junto a la puerta.

—Me voy ahora. —Cuando cerré la puerta tras de mí, alcancé a ver por el rabillo del ojo cómo Ken cogía un paquete de pañuelos y se lo tendía a Emma por encima del escritorio.

Capítulo 27

Emma

Abrí el paquete de pañuelos, saqué uno y sequé las lágrimas que corrían por mis mejillas. Valientemente, tragué los sollozos que subían por mi garganta. No lo logré del todo. El siempre servicial Ken sacó un vaso y una botella del armario detrás de su escritorio y me sirvió un poco de agua. Me ofreció el vaso:

—Lamentablemente no soy bueno consolando, pero a veces un trago de agua puede ayudar.

Me reí a pesar de mí misma. Ken era un alma tan buena y, sin embargo, tan torpe en este momento. Por otro lado, ¿qué hombre no lo sería cuando una mujer llora frente a él? Tomé el vaso, lo vacié de un trago y lo volví a colocar en el escritorio. Luego respiré profundamente, enderecé los hombros y miré a Ken.

—¿Siempre es así cuando termina con sus socias contractuales? —Escupí las palabras "socias contractuales" como si fueran un hongo venenoso que quisiera sacar de mi boca lo más rápido posible. De alguna manera, así era. Ken se encogió de hombros. Mi pregunta no le agradó.

—Nunca lo he visto discutir con una mujer. Las otras simplemente desaparecieron —murmuró. Simplemente desaparecieron. Eso encajaba con la historia de Byron. Supongo que debería estar agradecida de que Alex solo empujara a las mujeres de su vida fuera de la escalera profesional y no las hiciera desaparecer de otras maneras. La ira en su rostro me había asustado. Suspiré y me soné la nariz por última vez.

—¿Todavía me veo muy mal? —le pregunté a Ken. Él negó con la cabeza en silencio. Intenté sonreír, pero me salió bastante torcido.

—Muchas gracias por su ayuda, Ken. Honestamente, no sé qué hacer ahora. —Ken me miró desconcertado.

—Tal vez debería ir a casa primero, tomar un baño caliente y prepararse una gran taza de chocolate caliente. Después de eso, seguramente el mundo se verá completamente diferente. —

Asentí mecánicamente. En mi cuchitril no había bañera. Pero siempre que hubiera agua caliente, una ducha caliente tampoco estaría mal. Tal vez me descongelaría. Mi interior se sentía congelado. Con un bloque de hielo en el pecho, más o menos donde debería estar mi corazón.

—Gracias Ken. Hasta... algún día. —No sabía exactamente cómo despedirme. No tenía idea si vendría a trabajar mañana. Tomé mi bolso, salí de la oficina, bajé las escaleras y poco después estaba en la calle. Hacía un calor insoportable y nubes oscuras colgaban pesadamente sobre las calles de la ciudad. Ambiente de tormenta. No tardaría mucho en caer un aguacero. Por supuesto, no había traído un paraguas. Además, llevaba puesto el vestido de gasa de anoche.

Empecé a caminar. Cuanto antes llegara a casa, mejor. Después de unos pocos metros, alguien me agarró del brazo por detrás.

—Emma. —Me di la vuelta y retrocedí sorprendida. Frente a mí estaba Claire. La ex de Alex. La... ¿amante de Byron? ¿Novia? Ni siquiera sabía exactamente cómo se relacionaban los dos. Claire me miró preocupada.

—¿Estás bien? Parece que acabas de llorar. —¿Se notaba tanto? Interiormente maldije a Ken, que me había dicho lo contrario. Enderecé mi espalda y miré a los ojos azul hielo de Claire, que parecían extrañamente inexpresivos.

—Hola Claire. Gracias, ya estoy bien. Me golpeé con la esquina del escritorio. Ese tipo de cosas siempre me hacen llorar. —De ninguna manera quería hablar sobre la pelea entre Alex y yo. Claire ahora parecía comprensiva. Tomó mi mano derecha entre las suyas.

—Emma, puedes ser sincera conmigo. Conozco a Alex y sé cómo puede ser. Especialmente cuando se enoja. —Claire acarició mi mano. Sentí que las lágrimas volvían a mis ojos con sus palabras. No, no quería llorar. Especialmente no frente a Claire.

—¿Su barco vuelve a ser más importante que todo lo demás? ¿Más importante que su trabajo, pero sobre todo más importante que las personas a su alrededor? —preguntó con conocimiento. Negué con la cabeza, porque no podía hablar por miedo a empezar a sollozar en el momento en que abriera la boca. Claire suspiró.

—Así es él. ¿Qué crees que es por lo que lo dejé? Siempre ha sido así y probablemente siempre lo será. —Claire apretó mi mano un poco más fuerte.

—Escucha. Emma, hasta un ciego puede ver que no estás bien y que acaba de pasar algo. Puedo entender si no quieres hablar conmigo sobre eso ahora. Pero estoy aquí para ti si necesitas algo, y Byron también. Hemos leído tu propuesta y realmente nos encanta. Alex no es tu única opción. En cuanto a lo personal, seguramente no lo es, una mujer con tu apariencia puede encontrar a alguien nuevo en cualquier momento que la trate como se merece. También en términos

profesionales hay otras opciones. Realmente tuve suerte de conocer a un hombre tan maravilloso como Byron. Él me da todo lo que Alex nunca pudo darme. —Claire me miró. Su mirada era comprensiva. Había algo más en ella que no podía interpretar tan fácilmente. Miró al suelo y palmeó mi mano nuevamente. Tragué saliva. Tenía que decir algo ahora.

—Gracias Claire. Es bueno saberlo. Tengo que irme. —Me di la vuelta y me alejé antes de que Claire pudiera notar que mi labio inferior temblaba y que cualquier palabra más de ella me haría llorar.

Capítulo 28

Emma

Caminaba lentamente por la calle. Me había tragado las lágrimas y ahora estaba como aturdida. A mi alrededor había personas que reían, hablaban por teléfono, entraban en tiendas con rostros expectantes o paseaban satisfechas por la calle con bolsas de compras llenas. Percibía todo esto como a través de una niebla.

Mi situación era peor que nunca. Antes de conocer a Alex, estaba en bancarrota, había tenido que pedir dinero prestado a Laura para el alquiler y no veía ninguna oportunidad para mi guión. ¿Y ahora?

Un relámpago cruzó el aire. Un amenazador trueno le siguió casi inmediatamente. Todavía llevaba puesto mi vestido de gasa negro y verde de la fiesta en el club náutico y no tenía nada conmigo excepto la llave de mi apartamento y mi teléfono móvil. El dinero para el autobús a la oficina y el café lo había tomado de un cuenco en la cómoda del apartamento de Alex. En realidad, era propina para los repartidores de paquetes y servicios de entrega.

Otro fuerte trueno resonó en el aire. Las primeras gotas de lluvia cayeron del cielo. A mi alrededor, se abrieron coloridos paraguas. Los transeúntes se refugiaron apresuradamente en tiendas o restaurantes de comida rápida. Segundos después, llovía a cántaros.

Me detuve y dejé que las gotas cayeran sobre mí. Me sentía demasiado cansada y débil para buscar refugio en una cafetería. Una parte de mí solo quería sentarse y no volver a levantarse. Desde la sucursal de Starbucks y las otras tiendas brillaba una luz cálida y acogedora. Yo seguía de pie bajo la lluvia, mirando las gotas que golpeaban el suelo, se unían en riachuelos y formaban grandes charcos. La lluvia comenzó a gotear de mi cabello, y la falda del vestido de gasa se pegaba pesadamente a mis piernas mojadas.

Y finalmente pude llorar. Lloré por Alex y por mi guión. Alex estaba perdido para mí. Yo no era importante para él. Tampoco lo era mi guión. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Esta vez no

hice nada para detenerlas. Los transeúntes pasaban apresuradamente a mi lado bajo sus paraguas, sin prestarme atención. Hollywood. El lugar donde mis sueños deberían hacerse realidad. El lugar donde ahora estaba viviendo mi peor pesadilla. Había fracasado.

Mi nombre nunca aparecería junto al de Alex en los créditos de una película. Oh, claro, "Emma Taylor" podría estar allí. Junto con Byron y Claire. Dejé de llorar. ¿Era esa la solución? Me sentía incómoda con la idea. Como si estuviera traicionando a Alex. *Por supuesto que no lo estás haciendo*, me reprendí internamente. Sin embargo, para mí estaba fuera de cuestión escribir mi guión con alguien más.

Seguí caminando lentamente. Evité los grandes charcos en la acera y ahora caminaba bajo los toldos de las tiendas, en seco. La lluvia caía como una cortina espesa a mi derecha. Estaba cansada y solo quería meterme en la cama para dormir. Lo que más deseaba era despertar de nuevo en Ohio. En la calidez y comodidad de la casa de mis padres, con un té caliente y dos galletas con chispas de chocolate en la mesita de noche. ¿Debería simplemente empacar mis cosas y volver a casa? Seguramente podría recuperar mi antiguo puesto como chica para todo en la oficina del aserradero local. En el campo de Ohio había pocos puestos de trabajo, pero también poco personal cualificado. Hollywood era algo para mis sueños. Pero no para la realidad.

Capítulo 29

ALEX

Estacioné mi Jaguar frente al club náutico. Mientras conducía maldiciendo lo más rápido posible hacia Santa Mónica, una gran tormenta de verano se había desatado sobre la zona. La lluvia golpeaba el parabrisas, los relámpagos cruzaban el cielo y fuertes truenos ahogaban la voz del presentador de noticias en la radio. De todos modos, no estaba escuchando lo que decía. La ira rugía dentro de mí. Apretaba los dientes, mi mandíbula y mi cuello se tensaban. Byron. Ese maldito canalla. De una forma u otra, tenía que arruinarme cada éxito y sabotear mis planes.

Salí del coche y apenas pude reprimir el impulso de azotar la puerta al cerrarla. Mi Jaguar merecía un mejor trato. Mis pasos crujieron sobre la grava mojada del estacionamiento. Al menos había dejado de llover. Eric apareció en la puerta de la casa club.

—Alex, tío —su voz sonaba cansada y poco entusiasta en comparación con ayer.

—Eric —le di una palmada alentadora en el hombro. Eric trabajaba duro para hacer del club náutico un éxito. Un incendio significaba un daño a la imagen. Siempre. Sin importar si el gerente del club podría haberlo evitado o no. Le confiábamos nuestros barcos, él los cuidaba. Ese era el trato. Si Eric no cumplía su promesa, perdería clientes. No era diferente en el club náutico que en un Starbucks.

—Vamos, bajemos directamente a tu barco. Pero puedo tranquilizarte. No es tan malo como se temía. Sí, un incendio en el motor. Pero afortunadamente te habíamos dado prioridad para el servicio después de la carrera. Por eso el tanque estaba vacío y limpio. Sin eso, tu favorito probablemente sería historia ahora, y solo podrías ver un pequeño montón de cenizas flotando en el agua.

Caminamos por el muelle. Vi mi barco desde lejos. Para mi alivio, parecía casi intacto. Exhalé y me relajé un poco. Mi barco podría estar dañado, pero eso no me impediría ganar la próxima carrera pronto. BYRON no me lo impediría. Ante este pensamiento, volví a rechinar los dientes.

—¿Saben cómo sucedió? —Eric me miró pensativo.

—John, nuestro jardinero, escuchó ayer una conversación interesante. Te lo contaré en un momento. Ahora veamos esto primero. —Eric y yo habíamos llegado a mi *Wild Thing*. Desde fuera, en realidad, casi no se veía nada. Eric abrió la tapa del motor. El olor a quemado me llegó a la nariz. El motor se veía terrible. Negro. Cubierto de hollín. Pero mirando más de cerca, me di cuenta de que el daño realmente no era tan malo. Tal como Eric había dicho. Eric señaló dos puntos.

—Aquí. El filtro de aceite. Las bujías. Y, por supuesto, será necesaria una limpieza a fondo. —Asentí. Era algo que se podía soportar. Sin daños permanentes. Cerré la tapa del motor y miré hacia el cielo. Ya había dejado de llover hace un rato. Pero las nubes grises seguían moviéndose hacia el interior.

—Apostaría los ingresos de mi próxima película a que Byron tuvo algo que ver con esto. Quiero ponerle fin a este tipo de una vez por todas. Sí, sé que no puedes echarlo del club así como así, pero estoy harto. Que sabotee su propia vida en el futuro. —Me limpié las manos con el trapo que Eric me dio. La sonrisa habitual de Eric, que no había visto hoy, se dibujó en su rostro.

—Ven conmigo, tío. Te dije que tenía información interesante para ti. Por no decir candente. —Se rió de su propio juego de palabras mientras regresábamos a la casa club. Allí nos esperaba un hombre delgado de unos sesenta años con ropa de trabajo.

—Alex, este es John, nuestro hombre para todo. Se encarga del estacionamiento, mantiene los caminos en orden y repara todas las pequeñas cosas que pueden romperse en una casa club. —John me saludó con un gesto.

—Buenos días, señor. —Asentí también. Lo había visto varias veces en el estacionamiento, pero nunca habíamos hablado.

—John vigilaba el estacionamiento ayer durante la carrera y la fiesta. En el proceso, escuchó una conversación telefónica interesante. Por favor, cuéntale a Alex sobre eso, John —continuó Eric.

John comenzó a contar. Sus palabras sonaban tranquilas y meditadas. Seguramente no era alguien que informara sobre suposiciones o hiciera declaraciones falsas.

—Bueno, estaba junto al Bentley del señor Byron y la señora Claire cuando salieron poco después de la carrera. La señora Claire tenía algunos problemas con sus tacones altos, así que el señor Byron se adelantó y tuvo que esperarla frente al auto. Ella tenía la llave en su bolso. El señor Byron estaba hablando por teléfono, y así fue como escuché lo que dijo.

A este ritmo, la narración duraría horas. Pero no me importaba.

—¿Con quién estaba hablando? ¿Y qué dijo? —pregunté ansiosamente. John se rascó la cabeza.

—Ay, señor, con quién estaba hablando, eso desafortunadamente no lo sé. No mencionó ningún nombre. Excepto el suyo, señor Alex. —Cerré el puño en el bolsillo—. Le describió su barco a la persona al otro lado de la línea, señor Alex, y le dijo que se asegurara de que usted no pudiera ganar más carreras con él. —Reprimí un grito de triunfo. ¡Sí! Había esperado tanto tiempo este momento. Byron mostraba su verdadera cara y se desenmascaraba a sí mismo. Pero John aún no había terminado.

—El señor Byron dijo que no le parecía bien que usted, señor Alex, siempre lo tuviera todo. Barcos más rápidos, mejores guiones, mujeres más hermosas. Y que quería quitárselo.

Envidia. Durante tanto tiempo me había preguntado qué motivaba a Byron a ponerme obstáculos una y otra vez. Al final, la respuesta era simple. Envidia.

—Muchas gracias, John, me ha ayudado mucho. —Le estreché la mano a John y me sorprendió lo fuerte que era su apretón. John salió. Eric me miró: —¿Y ahora? —Cerré el puño. El espíritu de lucha se despertó en mí—. ¿Tendrán el barco listo para la próxima carrera? Pero, ¿podrán sacar a Byron del club antes de la próxima carrera?

—Deja que yo me preocupe por eso. Con esta declaración, tengo el respaldo para excluir a Byron. Del próximo torneo, sin duda. Pero también del club. El primo de John está en la junta directiva —Eric me dio una palmada en el hombro—. Byron acaba de dispararse en el pie. No te volverá a hacer la vida imposible aquí tan pronto. Ni en ningún otro lado, espero. Por cierto, ¿cómo está Emma?

Emma. El recuerdo de nuestra última escena destelló. Cómo la había apartado bruscamente. Cómo le había gritado y luego simplemente me había precipitado fuera de la oficina. Por Byron. Por Byron había dejado plantada a Emma. De repente, ya no me sentía nada bien.

—¿Alex? —La voz inquisitiva de Eric penetró en mi consciencia—. ¿Está todo bien? ¿Te encuentras bien? —Me recompuse.

—Sí, sí, estoy bien, Eric. Es solo que... creo que tengo que irme urgentemente. Emma y yo tuvimos una pelea terrible, y creo que tengo que arreglar las cosas. —Eric me miró seriamente.

—¿Crees que tienes que arreglarlo? No lo estropees todo de nuevo, Alex. Por cómo mirabas a Emma ayer... hasta un ciego con bastón puede ver que te gusta. Y tú a ella. Así que no la ahuyentes. Ve y encuéntrala. Eso es mil veces más importante que Byron.

Eric tenía razón. Emma era lo mejor que me había pasado jamás. Su forma de ser. Cómo se sentaba diligentemente frente al ordenador y tecleaba. Cómo se reía en la cocina. Cómo se entregaba a mí. Su mirada cuando se arrodillaba frente a mí y chupaba mi polla como si no hubiera nada más en el mundo para ella. Sus ojos verdes brillantes y su pelo rojo. Mi bruja. Realmente me había hechizado. Le di una palmada en el hombro a Eric.

—Nos vemos pronto. Llámame por lo de la reparación.

—Claro, Alex. Ahora, sal de aquí y aclara las cosas con Emma. Yo me ocuparé del resto —Con estas palabras, Eric abrió de golpe la puerta de la casa club y señaló mi Jaguar.

—Vamos, date prisa. Esto es sobre tu vida, Alex. No solo sobre un barco. Encuéntrala, pídele disculpas y luego mantenla a tu lado para siempre —No pudo evitar hacer un último comentario

irónico.

—Realmente no tengo ganas de estar siempre organizando fiestas solo para asegurar que haya reemplazo en tu cama porque lo hayas estropeado con Emma.

Capítulo 30

Emma

La lluvia comenzaba a amainar. Había seguido caminando bajo los toldos de las tiendas. Sin darme cuenta, ya había recorrido la mitad del camino hacia Laura's Beauty Place. Sorbí y me sequé las lágrimas de las mejillas. Pensar en Laura me tranquilizaba. Siempre había sido mi salvación, y ahora necesitaba verla desesperadamente. Saqué mi teléfono del pequeño y elegante bolso que combinaba perfectamente con mi vestido ahora arruinado. Ninguna llamada de Alex. Por supuesto que no. *No seas infantil, Emma*, me regañé a mí misma. Es obvio que no te va a llamar ahora, después de haberte despachado así. Sentí que las lágrimas volvían a brotar y tragué con fuerza. No quería enfrentarme a Laura llorando, sino tranquila y decidida. Le envié un breve mensaje. Respondió de inmediato. *La clienta canceló, estoy tomando café. Ven.* Sonreí entre lágrimas. Siempre se podía contar con Laura.

Seguí caminando a paso rápido por la calle hacia Laura's Beauty Place. El aire se sentía fresco y limpio después de la tormenta de verano y me sentaba bien. Me obligué a respirar profundamente y sentí cómo me iba calmando. Justo a tiempo, porque momentos después abrí la puerta de Laura's Beauty Place. La campanilla sonó y Laura salió de la cocina para abrazarme. Se detuvo a pocos metros de mí.

—¡Emma! —exclamó horrorizada—. ¿Cómo es que te ves así? ¿Qué ha pasado? —Creía que ya estaba bastante tranquila. Pero estas palabras bastaron para que el nudo en mi garganta se deshiciera. En la dirección equivocada. Sollocé y sentí las lágrimas volver a mis ojos. Esta vez no hice nada para detenerlas. Laura me abrazó y me dio palmaditas en la espalda.

—Emma, cariño, ¿qué ha pasado? ¿Es algo con Alex? —Intenté hablar, pero de mi boca solo salían sollozos. Laura me abrazó con fuerza.

—Estás empapada. Ven, te prepararé un té y mientras tanto te pondrás algo más. Tu ropa de anoche todavía está aquí. Caliente y seca. —Laura me abrazó de nuevo, me tomó del brazo y me

llevó suavemente hacia la cocina. Me miré. Mi vestido arruinado por la lluvia pertenecía a Melly, la amiga de Laura. Tendría que devolverlo y probablemente pagarlo también. Porque incluso después de una limpieza a fondo, probablemente ya no se podría vender. Cansada, me pasé la mano por la cara. La carrera de botes, la noche en el apartamento de Alex, por supuesto con poco sueño... el recuerdo me hizo llorar de nuevo. Mi nariz empezó a gotear. Miré a mi alrededor buscando algo. Laura me empujó hacia el pequeño baño de su tienda.

—Hay algunos paquetes de pañuelos en el armario del espejo. Tu ropa está en el pequeño estante junto al lavabo. Ahora refréscate un poco. Luego tomaremos té y finalmente me contarás qué pasa contigo y Alex. O qué más ha salido mal —intentó tranquilizarme Laura. Tragué saliva:

—No hay un "Alex y yo", Laura. Nunca lo hubo. Todo fue fingido. Ni siquiera estaba realmente interesado en mi guion. —Solté las palabras entre sollozos. Laura me miró horrorizada.

—¿Él dijo eso? Pero ¿por qué compró tu guion si no le interesaba en absoluto? —Para entonces yo estaba en el baño con un paquete de pañuelos en la mano. Me soné la nariz ruidosamente y tiré el pañuelo en el cesto de cosméticos.

—Ese es su truco, Laura. Siempre lo hace así. Finge interesarse por caras nuevas y desconocidas y querer ayudarlas profesionalmente. Luego las invita a su cama. Al final, él lo tiene todo y ellas no tienen nada. —Abrí el grifo y puse mis manos bajo el chorro de agua fría. Me incliné y me eché agua en la cara. Se sentía bien. Así refrescada, cogí una de las toallas que Laura tenía preparadas para sus clientes y me sequé.

—¿Él dijo eso? —La voz de Laura se oía a través de la puerta entreabierta—. ¿O cómo lo sabes?

—Cogí la ropa con la que había venido a lo de Laura ayer. Cálida, suave y seca. Mientras me vestía, le conté a Laura sobre la carrera de botes, los rollitos de primavera que había hecho para Alex, la noche en el apartamento de Alex y la mañana de hoy.

—Estaba tan raro, Laura. Como si ni siquiera quisiera estar cerca de mí. —Fui a la pequeña cocina con Laura y me senté a la pequeña mesa blanca. Mis manos temblaban un poco. Frío y nervios. Mi té ya estaba en la mesa. Cogí la taza y bebí con cuidado el líquido caliente. Lentamente, el calor se extendió por mi cuerpo de arriba a abajo, y empecé a sentirme un poco mejor.

—¿Y no le preguntaste qué pasaba? —preguntó Laura mientras buscaba algo en el armario de la cocina. Se dio la vuelta y puso la lata de galletas con chispas de chocolate sobre la mesa.

—No pude. Se fue tan rápido. —Seguí contando cómo me había encontrado con Byron de camino a la oficina—. Él me lo contó, Laura. Cómo Alex juega sus juegos. —Laura me miró seriamente.

—Emma. En serio. ¿No me digas que le crees a algún tipo con el que Alex ha estado enemistado durante años? Quién sabe por qué te contó todo eso. Deberías haberle preguntado simplemente a Alex. —Con Laura todo siempre sonaba tan sencillo.

—Pero eso es lo que hice —me defendí. El recuerdo de la escena en la oficina de Alex me hizo contener las lágrimas de nuevo. Tomé un sorbo de té. Eso ayudó. Miré a Laura con tristeza.

—Me dijo que no tenía tiempo. Que tenía cosas más importantes que hacer. Fue horrible, Laura. Nunca me había peleado así con nadie. Creo que nunca me había sentido tan estúpida, inútil y superflua. —Empecé a llorar de nuevo. Laura empujó un paquete de pañuelos sobre la mesa. Me soné la nariz.

—Entonces él se fue, y yo también. Abajo, me encontré por casualidad con Claire. Su ex. Ella me contó que con ella también fue así. —Me estremecí al recordarlo. Laura se levantó. Cruzó los brazos frente a su cuerpo y me miró fijamente.

—¡Emma Taylor! Realmente eres imposible. —La miré con ojos llorosos.

—¿Qué quieres decir, Laura? —pregunté desconcertada.

—¿Le crees más a su ex que a él mismo? ¿Así, sin más, sin preguntarle? —Laura sonaba enojada. Me encogí de hombros, impotente.

—Todo es tan lógico, Laura. Ahora tiene lo que quiere. Un guion, una carrera ganada. ¿Para qué me necesita todavía? —Mi voz estaba a punto de quebrarse de nuevo.

—Te lo dije hace semanas, que necesitas ser más segura de ti misma. Por supuesto que te necesita. ¿Con quién más va a terminar de escribir el guion si no es contigo? ¿No recuerdas que te llamó al menos ocho veces para conseguir tu guion? Sin saber quién eras ni cómo te veías. Podrías haber sido una vieja arrugada. O una arpía como su ex. Quién sabe cómo le está yendo realmente. Tal vez ella también odie su nueva vida y no le desee a Alex nueva felicidad. —En contraste con la mía, la voz de Laura sonaba cada vez más severa. Lo que decía tenía sentido.

—Bueno... —murmuré vacilante—. Eso podría ser, Laura. No lo sé con certeza. —En mi interior luchaban la duda y la esperanza—. Pero tuvimos una pelea terrible. Después de una noche tan hermosa. Quería aprender a hacer rollitos de primavera y escribir más guiones conmigo. Al menos eso dijo.

—¿Lo ves? —Laura rodeó la mesa, me agarró por los brazos y me levantó de la silla. Me miró fijamente—. Solo hay una forma de descubrir la verdad, Emma. Pregúntale. Pregúntale a Alex. Lucha por tus sueños, Emma. Para eso viniste a Hollywood, no para rendirte ante el primer obstáculo.

Laura rara vez me hablaba así. Sus palabras me dieron valor y fuerza. Yo, Emma Taylor, esta vez no me rendiría sin luchar.

Capítulo 31

Alex

Estaba sentado en mi Jaguar, regresando de Santa Mónica a Hollywood. Una parte de mí quería pisar el acelerador. Ver a Emma de inmediato y ordenarle que nunca más me hiciera enfadar así. Ir a la cama con ella y recordarle mis reglas. Porque eran las que regían aquí. No las suyas. Otra parte de mí quería algo diferente. Algo indefinible. Eric había afirmado que a Emma le gustaba yo. Y que ella me gustaba a mí. ¿Gustar? Ni siquiera sabía realmente cómo se sentía eso. Mi corazón había estado encerrado durante tanto tiempo en la mazmorra donde Claire lo había arrojado después de dejarme precipitadamente por Byron.

Subí el volumen de la música. Al ritmo de la música, sentí cómo mi corazón latía y bombeaba sangre pulsante a mis venas. Como si nunca hubiera estado en una mazmorra. Como si Emma me hubiera despertado. Pensé en los rollitos de primavera que había hecho para mí. En la ligereza que había traído a mi vida. Ya ni siquiera podía imaginar cómo sería trabajar sin ella. Comer. Cocinar. Dormir. Vivir.

Sí, maldita sea, Emma debería estar en mi vida. Sin contrato y sin restricciones. Mi corazón dio un vuelco. Por suerte no había mucho tráfico. Pisé el acelerador para llegar más rápido a la oficina. Se sentía correcto. Malditamente correcto. Sentí un alivio en mí como nunca antes había conocido.

Después de un viaje en tiempo récord, estacioné el Jaguar en el garaje subterráneo del edificio de oficinas. Emma probablemente estaría sentada diligentemente trabajando en el guion y maldiciéndome hasta la eternidad. Todavía tenía exactamente dos minutos para pensar en lo que quería decirle. Y sobre todo cómo. Dos minutos.

Me dirigí al ascensor. Las puertas se abrieron de inmediato. Minuto y medio. De camino hacia arriba, saqué mi teléfono del bolsillo. Quería ver si Emma me había llamado. Pero la pantalla permaneció negra. La batería estaba muerta. Maldije internamente. Durante el viaje habría

habido tiempo más que suficiente para recargar la batería. Pero lo había olvidado por completo con todos los pensamientos sobre Emma.

Demasiado rápido me encontré frente a la puerta de mi oficina. 45 segundos, máximo. ¿Qué le diría a Emma? Mi cerebro estaba en blanco. Abrí la puerta. Ken levantó la vista de su pantalla.

—Alex. No esperaba verte más por aquí hoy —su voz sonaba sorprendida.

—Hola Ken. Bueno, el daño en el barco no era tan malo como sonaba. Así que pensé en volver y ver cómo está Emma —miré hacia la puerta de mi oficina. Probablemente Emma estaría sentada allí dentro.

—¿Emma? —Ken sacudió la cabeza—. No está aquí. Se fue justo después de ti.

—¿Se fue? ¿Dijo adónde? —quise saber. Ken se encogió de hombros.

—No tengo idea. No se sentía bien —Ken dejó las palabras flotando en el aire. El silencio pesaba opresivamente entre nosotros. Ken había sido mi fiel asistente durante años. Nunca comentaba sobre mi vida privada y nunca cuestionaba mis decisiones. Si quería su opinión, tenía que preguntarle.

—Yo, eh, no me comporté del todo correctamente, ¿verdad? —La mirada de Ken era impenetrable.

—Se podría decir eso, señor —Esperé, pero Ken no dijo nada más.

—Vamos, Ken, no quiero tener que sacártelo todo. ¿Qué dijo ella? —Cerré el puño. Quería saber dónde estaba Emma ahora, porque quería arreglar las cosas, resolver nuestra pelea de inmediato y continuar donde lo habíamos dejado esta mañana. En mi cama. Ken se reclinó en su silla y me miró pensativo.

—La señorita Emma estaba completamente destrozada. Estaba llorando. La pelea con usted fue bastante intensa, si me permite decirlo. Usted estaba muy enojado, señor Alex. Y casi sin razón. Si ya no quiere saber nada de la señorita Emma, seguramente hay otras formas de manejarlo. Hasta ahora siempre lo ha logrado —¿Me lo estaba imaginando o había un leve tono de enojo en la voz de Ken? Sin embargo, me lo merecía más que de sobra. Apreté los dientes.

—Continúa. ¿Dónde está? —Ken se encogió de hombros nuevamente.

—Como dije, no lo sé, señor Alex. Se fue. No sonaba como si quisiera volver mañana —después de una breve pausa, añadió—: Y en el lugar de la señorita Emma, yo tampoco lo haría —Los músculos de mi mandíbula trabajaban. Esto no podía ser. Emma tenía que volver a trabajar aquí, conmigo. Me froté la barbilla y miré hacia la esquina donde Roddy estaba acostado en su cesta.

—Iré a su casa, Ken. Para arreglar esto —Ken asintió lenta y pensativamente.

—Hay algo más, señor Alex. Pocos minutos después de que la señorita Emma se fuera, apareció la señorita Claire —¿Claire? Una emoción indefinible surgió en mí, tan rápida y brillante como los relámpagos de la tormenta de verano en el cielo hace un rato.

—¿Claire? ¿Qué quería ella aquí? ¡Sabes que tiene prohibida la entrada! —Ken hizo un gesto apaciguador.

—Por supuesto, señor Alex. Por eso le pedí inmediatamente que se fuera. Cuando la señorita Claire escuchó que usted no estaba aquí, de todos modos ya no estaba interesada en quedarse. Lo que quería aquí, no me lo dijo. Nuestra conversación fue más bien breve.

Algo se agitaba dentro de mí. Claire. ¿Qué demonios quería aquí? No habíamos intercambiado una palabra privada en años y solo nos habíamos visto en fiestas en el club náutico, estrenos de películas o eventos similares. Apenas habíamos hablado entre nosotros. ¿Por qué venía ahora aquí a buscarme? ¿Se habrían encontrado Emma y Claire? Y si es así, ¿habrían hablado entre ellas?

—Ahora iré a ver a Emma. Puedes terminar por hoy, Ken. Muchas gracias. Me llevaré a Roddy —Roddy saltó de su cesta al oír su nombre y gimoteó.

—Ven, viejo amigo, vamos a ver a Emma —Un fuerte ladrido fue la respuesta. Después de casi derribarla en la calle, Roddy ahora siempre se comportaba como un cordero en presencia de Emma y prácticamente la había tomado cariño. Como si solo la hubiera embestido para ponernos en contacto. Ken asintió.

—Buena suerte, señor Alex.

Capítulo 32

Emma

Miraba nerviosamente mi teléfono, que estaba sobre la mesa frente a mí. Sí, quería luchar. Pero no sabía cómo. Miré insegura a Laura, que estaba sentada frente a mí otra vez.

—¿Y si me rechaza de nuevo? ¿Y si tengo razón después de todo? —Laura me sonrió cálidamente.

—No creo que eso vaya a pasar, Emma. Y aun si pasara: al menos lo sabrías, en lugar de seguir torturándote aquí eternamente con suposiciones y presentimientos. Recuerda, esta es una oportunidad para descubrir la verdad. —Mis dedos temblaban mientras tomaba mi smartphone. Busqué el nombre de Alex en los contactos y toqué el símbolo verde del teléfono. Se estableció la conexión. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que Laura también debía escucharlo. Exteriormente, me sentía cálida después del té y las galletas. Interiormente, temblaba. Un extraño alivio se apoderó de mí cuando solo se activó el buzón de voz.

—Hola, soy Alex. Lamentablemente no puedo atender el teléfono ahora, pero te devolveré la llamada con gusto. —Aparté el teléfono de mi oreja y terminé la llamada. No quería dejar un mensaje porque no sabía qué decir.

—No contesta. Ni siquiera suena. —Miré el teléfono en mi mano con leve desesperación. Como si mis miradas pudieran hacerlo sonar. Como si pudiera hacer que Alex devolviera la llamada de inmediato. *Lucha, Emma*. Levanté la vista de mi teléfono.

—Seguramente todavía está en el club náutico. Si tan solo pudiera ir allí... —Dejé el resto de la frase en el aire. Parecía ridículo que no pudiera simplemente esperar a Alex. Tarde o temprano volvería a la oficina. Nunca antes había sentido la necesidad de ver a alguien tan urgente e inmediatamente. Era como si mi mundo solo volviera a estar en orden cuando viera a Alex. Cuando hubiera escuchado de su boca lo que pensaba de mí y de mi guion. Lo que había

sucedido entonces con Claire y qué pasaría con nuestro contrato cuando nuestro trabajo conjunto terminara.

—¿Y por qué no lo haces? —replicó Laura, pragmática como siempre. Negué con la cabeza.

—No hay autobús que vaya hasta allí. No puedo permitirme un taxi. —Sonaba desesperada. Laura se rio.

—Todos estos problemas tienen solución, Emma. TÚ puedes resolverlos. Ya veo que necesitas otro empujón. ¿Sabes qué? Le preguntaré a Melly, la vecina, si nos presta su coche. Entonces iremos a Santa Mónica, al club náutico. —Las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos. Esta vez de emoción.

—Gracias, Laura. No sé ni qué decir. Eres realmente la mejor amiga que podría desear. —Me levanté y rodeé la mesa para abrazar a Laura. Nos quedamos así un momento.

—Bien, manos a la obra. —Solté a Laura y agarré mi bolso. Laura tomó el vestido de gasa negro y verde sobre el brazo. Estaba completamente arruinado por la lluvia. Me detuve.

—Un momento... ¿Melly es la de la boutique? ¿Le llevamos un vestido arruinado y luego le pedimos que nos preste su coche? —Mi voz tembló ligeramente. Laura me tranquilizó.

—Ya verás, es muy amable. —Con estas palabras, me empujó hacia la puerta, y caminamos tres puertas más allá. Poco después, estábamos frente a un pequeño Toyota azul que tenía dos abolladuras en el lado del conductor.

—¿Ves? Te lo dije —sonrió Laura triunfante—. Y ahora te diré algo más, querida Emma. No te llevaré yo al club náutico. Sino tú a mí. —Miré a Laura consternada. No me había sentado en un coche desde la universidad. Después de pillar a Brad in fraganti con su nueva novia, había huido de nuestro apartamento compartido, saltado al coche y poco después me había estrellado directamente contra un pilar de hormigón. Con dos costillas rotas y una conmoción cerebral, había tenido suerte dentro de la mala suerte.

—Por favor, Laura, sabes que no me he sentado al volante desde el accidente de entonces. No puedo hacerlo. —Laura me miró con expresión elocuente—. Emma Taylor. CREES que no puedes hacerlo. Igual que CREES que a Alex no le gusta tu guion o que no te quiere. Tus pensamientos no son la realidad. Te diré algo. PUEDES hacerlo, y ahora nos vamos juntas a buscarlo. —Con estas palabras, Laura me puso la llave del coche en la mano, rodeó el Toyota azul y abrió la puerta del lado del pasajero.

—Cuando más tarde tengas tu propio Jaguar, me agradecerás que te haya obligado a practicar. —Con estas palabras, Laura subió y se sentó en el asiento del pasajero. Cruzó los brazos y me miró

expectante. La llave en mi mano parecía pesar una tonelada. Me hubiera gustado dar media vuelta. Entonces pensé en Alex. De nuevo, no deseaba nada más que estar con él ahora.

Me armé de valor. Laura tenía razón. Era hora de que volviera a tomar las riendas de mi vida, que dejara de dejarme dominar por el pasado y luchara por mis sueños. Si eso significaba que ahora tenía que subirme a este coche y conducirlo, pues eso haría. Abrí la puerta del lado del conductor y entré. Por suerte, el Toyota tenía transmisión automática. Con eso llegaría hasta Santa Mónica. Inserté la llave en el encendido. Me abroché el cinturón. Puse ambas manos en el volante. Solté el freno de mano y arranqué.

Capítulo 33

Alex

Estacioné frente al bloque de apartamentos ligeramente deteriorado donde vivía Emma. Nunca había estado en su casa. Al salir de mi oficina, me di cuenta de que ni siquiera sabía la dirección de Emma. Ken tuvo que buscarla por mí. Maldita sea, ¿qué sabía yo realmente de Emma? De mi misteriosa bruja pelirroja. Me bajé del coche. Un tipo grasiento con pelo aceitoso apareció de la nada y examinó mi Jaguar. Destacaba en esta calle, que se encontraba en algún lugar entre la clase media y la clase baja.

Saqué a Roddy de su transportín y nos dirigimos hacia la casa. Busqué el número de Emma en el timbre. Segundo piso. Toqué el timbre, pero no hubo respuesta.

—Puede entrar tranquilamente, la puerta está abierta —dijo una voz nasal detrás de mí. Me di la vuelta. El señor pelo grasiento. Roddy ladró emocionado y tiró de la correa. Obviamente no le gustaba el tipo grasiento. A mí tampoco. Pero quería ver a Emma, así que asentí al tipo.

—Gracias, es amable de su parte. —Abrí la puerta y subí las escaleras con Roddy. En el hueco de la escalera, la pintura se desprendía de las paredes. Sentí una ligera corriente de aire. Obviamente, alguna ventana no cerraba bien. Emma merecía tener un hogar más bonito. Todavía no sabía qué le diría cuando la volviera a ver ni cómo la saludaría. Llegamos arriba y llamé a la puerta. Roddy volvió a ladrar. Pero todo permaneció en silencio. No se movió nada detrás de la puerta. Debajo de mí, oí a alguien jadeando subiendo las escaleras. Roddy gruñó amenazadoramente. Miré a la izquierda y vi al tipo grasiento venir por el pasillo.

—No está. Soy Dean. El casero. Tengo una llave y podría dejarle entrar. Pero eso costaría algo, porque no sé si a ella le parecería bien. —La oferta era tan grasienta como el tipo, y lo miré con desprecio sin disimular. Pero tal vez Dean podría serme útil de otra manera.

—Usted sabe perfectamente que no puede hacer eso. Podría denunciarlo por ello. —Había un tono amenazante en mi voz. Dejé que las palabras resonaran y añadí—: Si quiere ganarse un

extra, mejor dígame dónde más podría encontrar a Emma Taylor. —Al mencionar el dinero, la cara de Dean se iluminó notablemente.

—¿Cuánto habría para mí? —Dudé. Saber dónde estaba Emma habría valido todo el dinero del mundo para mí. Pero realmente no quería darle ni un centavo al casero grasiento que posiblemente la espiaba sin que ella lo supiera. A regañadientes, busqué en mis bolsillos y saqué un billete de 50 dólares. Sin embargo, lo mantuve en mi mano.

—Eso depende de lo buena que sea la información que me des.

—Trabaja en un local de comida para llevar a unas pocas calles de aquí. Sungs. Tienen buenos rollitos de primavera allí. Así que tal vez esté en el trabajo. O al menos aparecerá allí tarde o temprano. —Dean miró el billete de 50 dólares con un brillo codicioso en los ojos. Asentí. Esa no era información nueva. El tipo ni siquiera parecía saber que Emma ahora trabajaba para mí. Cuanto más tiempo estaba frente a él, más impaciente me volvía. ¿Y si no podía encontrar a Emma? ¿O peor aún, si ella ya no quería volver a verme?

—Eso ya lo sé. Todavía no te has ganado ninguna propina extra. —Mi voz sonó cortante. No podía mostrar debilidad frente a Dean. Roddy ladró amenazadoramente y volvió a tirar de la correa.

—Tranquilo, Roddy —ordené—. ¿Algo más? —Miré a Dean con frialdad.

—Tiene una amiga llamada Laura. Tiene un salón de belleza por aquí cerca y también vive no muy lejos de aquí. Pero no sé dónde. Tampoco conozco su apellido. Tal vez, si hubiera una libreta de direcciones dentro... —Este tipo repugnante obviamente necesitaba dinero con urgencia. Metí los 50 dólares en el bolsillo de su camisa.

—Ni se te ocurra entrar en ese apartamento, imbécil. Emma Taylor está bajo mi protección personal, y si pones un pie más allá del umbral, me aseguraré de que después no puedas subir escaleras durante un buen tiempo. —Mi voz sonaba amenazante. Era el único lenguaje que entendían tipos como Dean. Lo aparté y bajé las escaleras con Roddy. Mis pensamientos iban a toda velocidad. ¿Dónde tendría más probabilidades de encontrar a Emma? A estas alturas, el deseo de verla ardía en mí más fuerte que nunca. ¿Qué me estaba haciendo? Decidí empezar por el local de comida para llevar. Tal vez Sung sabría exactamente dónde estaba el salón de belleza de Laura. Si no, al menos podría comprar unos rollitos de primavera para fortalecerme y continuar la búsqueda de Emma. Abrí el Jaguar y le pedí a Roddy que saltara al transportín.

Sí, encontraría a Emma. Hoy. Costara lo que costara.

Capítulo 34

Emma

Me detuve en el estacionamiento frente al club náutico en Santa Mónica. El viaje había transcurrido sorprendentemente bien. Había mantenido el volante firmemente agarrado, siempre conduciendo por la derecha y sin adelantar a nadie. Con el tiempo, me había relajado un poco. Mi peor temor no se había hecho realidad. No le había hecho nuevas abolladuras al Toyota azul de Melly. Eso era lo último que me faltaba. Después de arruinar el vestido, también arruinar el coche.

Miré alrededor del estacionamiento. Estaba casi vacío. Aparte de nosotras, solo había algunos coches en una esquina lejana, que probablemente pertenecían a Eric, al jardinero y al camarero. No vi ningún Jaguar negro.

—No está aquí —dije con decepción evidente en mi voz—. Tal vez ni siquiera estuvo aquí y hemos conducido todo este camino para nada.

Laura me animó como siempre.

—Quizás ya se haya ido. Ahora que estamos aquí, bien podríamos aprovechar el tiempo y preguntar. A ese mayordomo, por ejemplo, que acaba de salir de la casa. Viéndolo así, a mí también me gustaría tener un barco aquí.

Me reí a pesar de mí misma.

—Ese es Eric, el gerente del club. El mejor amigo de Alex.

Laura asintió satisfecha.

—Bueno, una razón más para hablar con él. Si alguien sabe dónde está Alex, seguramente es él.

Salimos del Toyota azul. Eric estaba de pie en el porche frente a la casa club, esperándonos.

—Hola Emma —me saludó—. Qué sorpresa. Y has traído una invitada sorpresa.

Su mirada se dirigió a Laura, quien lo examinó de arriba a abajo y luego le guiñó un ojo con descaro.

—Hola Eric. Esta es mi amiga Laura.

Silencio. Ninguno de los dos dijo nada. Reuní todo mi valor.

—¿Sabes dónde está Alex, Eric? Yo, bueno, quiero decir nosotras, vinimos porque pensé que tal vez estaría aquí.

Mi tartamudeo era digno de una colegiala. Probablemente porque me sentía como una. Mi valentía aún necesitaba trabajo.

—Estuvo aquí —dijo Eric, pero mirando a Laura y no a mí—. Pero se fue hace unos minutos. Lo han perdido por poco.

Dejé caer los hombros.

—Qué mala suerte.

Miré al suelo abatida.

—Nos peleamos.

Eric asintió.

—Sí, me lo contó. Estaba bastante alterado.

Laura me dio un codazo.

—¿Ves? Te lo dije.

Le sonrió radiante a Eric.

—Emma no está segura de si Alex realmente siente algo por ella —explicó.

La miré enojada.

—¡Laura!

Aunque Eric era el mejor amigo de Alex, yo no lo conocía muy bien. Eric sonrió.

—No te preocupes, Emma. No diré nada.

Miré al suelo avergonzada. No quería que Eric pensara que era una mujer histérica que necesitaba que un hombre le asegurara diariamente cuánto la amaba.

—Sabes, Eric, hoy me encontré con Claire y Byron, y me dijeron que...

No pude continuar porque Eric me interrumpió.

—¿Claire y Byron? Emma, no deberías seguir hablando con esos dos. Mejor habla con Alex. O con John, nuestro jardinero. Él escuchó a Byron hablando por teléfono. Byron solo tiene un objetivo: destruir a Alex.

Sacudí la cabeza sin entender.

—Pero, ¿por qué? Ya está con su ex y ha tenido éxito profesional. ¿Es por algún trofeo que Alex tiene en su oficina?

Eric se encogió de hombros.

—Prefiero ni siquiera imaginar lo que pasa por su mente, Emma. Debe estar consumido por la envidia y el odio. Probablemente nunca sabremos exactamente por qué eligió a Alex como su objetivo. Tal vez sea mejor así.

Tuve que digerir estas palabras. Byron y Claire habían puesto una cuña entre Alex y yo. Todo lo que me habían contado sobre Alex probablemente era mentira de principio a fin. Alex nunca había dudado de mi guion. Ni de mí. La alegría me invadió de repente. Mi corazón se aligeró y solo entonces me di cuenta de la tensión bajo la que había estado desde que había secado mis lágrimas en el salón de Laura.

Como no dije nada, Laura tomó la palabra.

—Bien dicho, aunque suena realmente aterrador. Eric, me encantaría seguir hablando contigo. Pero tenemos que encontrar a Alex. ¿Tienes alguna idea de adónde pudo haber ido?

Algo le pasaba a Laura. Ahora que mis propias preocupaciones se habían reducido un poco, volvía a percibir mejor mi entorno. Conocía a Laura lo suficiente. Su voz sonaba diferente a lo habitual. Nunca la había oído así. Un poco más grave. Mientras hablaba, se ajustó el vestido. Laura, como propietaria de un salón de belleza, siempre cuidaba mucho su apariencia. Pero no le gustaba nada que la gente se arreglara la ropa, se peinara o se maquillara en público. Lo consideraba de mal gusto.

—Bueno, seguramente él no querría que les dijera esto.

Eric frunció el ceño y en su voz se coló una leve risa.

—Pero en este caso, el fin justifica los medios. Quería ir a buscarte, Emma. No sé exactamente dónde te buscaría. Pero probablemente esté donde crea que puedes estar.

—Pero podrían ser varios lugares.

Miré a Eric desconcertada.

—¿Cómo voy a averiguarlo? Su teléfono está apagado. Si lo hubiera encendido, habría visto mi llamada. Entonces seguramente me llamaría, ¿no?

En mi voz se coló de nuevo una leve inquietud. Solo estaría completamente tranquila cuando viera a Alex. Laura intervino.

—Bueno, no pueden ser tantos lugares. Su oficina. Su apartamento. Tu apartamento. Volvemos y los revisamos uno por uno. Seguro que lo encontraremos.

—El plan suena bien.

Eric apoyó a Laura. Ella me tomó del brazo.

—Si quieres, esta vez conduzco yo —ofreció.

Negué con la cabeza.

—Me gustaría practicar un poco más, Laura.

Me volví hacia Eric.

—Muchas gracias, Eric.

Él sonrió.

—De nada, Emma. Seguro que nos veremos pronto.

La mirada de Eric se dirigió a Laura.

—Espero que nosotros también nos veamos pronto, Laura.

—Eso sería agradable.

Laura le guiñó un ojo a Eric y se despidió. Volvimos al Toyota azul y me senté al volante con una nueva confianza. A partir de hoy, conduciría. Laura se sentó a mi lado.

—Dios mío, qué hombre.

La miré sorprendida.

—¿Te refieres a Eric?

—¿A quién más si no, Emma? Nunca me habías contado que Alex tenía un amigo tan condenadamente guapo —me reí. Yo no había percibido a Eric de esa manera. Pero me alegraba que le gustara a Laura. Era un buen tipo, a diferencia de los otros hombres que Laura había conocido en los últimos años.

—Él tampoco podía apartar los ojos de ti —Laura pareció satisfecha cuando dije esto.

—Puedo ir en tu lugar a la próxima regata en el club náutico. Tú no tienes que ver el agua, y yo puedo mirar a Eric toda la noche —Me reí a mi pesar ante la propuesta de Laura. Me sentí aún más aliviada.

—Sí quiero ir a la fiesta. La puesta de sol sobre el agua ayer fue muy hermosa. Me gustaría ver algo así de nuevo —Laura ya no pudo ocultar su asombro.

—Conduces voluntariamente. Miras puestas de sol sobre el agua. Emma Taylor, estás en camino de convertirte en la mejor versión de ti misma. Sin todos esos miedos a conducir y al agua. Ten cuidado, pronto hasta creerás en tu guion. Y ahora vamos. Encontremos a Alex.

Capítulo 35

Alex

Mi corazón se sentía extraño cuando estacioné el Jaguar en doble fila justo frente al local de comida para llevar de Sung. Encendí las luces de emergencia. Los espacios de estacionamiento escaseaban en esta zona, y no quería perder tiempo buscando a Emma. Por lo general, el servicio de grúa evitaba los autos de marcas caras en esta área. Incluso si no fuera así: encontrar a Emma era más importante que cualquier otra cosa. Me volví hacia Roddy en su caja de transporte.

—Lo siento, tendrás que quedarte solo aquí un momento, Roddy. De todos modos, no te dejarían entrar al local, tendría que atarte afuera. No hace demasiado calor, y te dejaré la música puesta y la ventana un poco abierta. —Roddy ladró en señal de aprobación. Estaba acostumbrado a esperar mientras yo hacía un recado rápido. Salí del auto. La puerta del Jaguar se cerró con un clic satisfactorio. Me quedé mirando el letrero de neón del local de Sung. ¿Encontraría a Emma aquí? ¿O sabría Sung dónde podría estar? Emma. En cuestión de semanas, se había colado sin darme cuenta en mi mente. En mi vida. ¿Qué haría si no pudiera perdonarme? De repente, la idea de Roddy, mis guiones y mi barco me pareció insípida e insignificante. Emma había traído color a mi vida. Un color que durante mucho tiempo no pensé que necesitara.

Alejé de mí el pensamiento de una vida sin Emma. La encontraría. Ahora. Y entonces simplemente tendría que perdonarme. Tenía que hacerlo. Respiré profundamente y abrí la puerta del local de Sung. Una familiar nube de olores me golpeó. Especias asiáticas, carne, grasa. Detrás del mostrador había una pequeña mujer asiática que nunca había visto antes. Me saludó con un —Bienvenido a Sung's Takeaway. ¿Qué podemos preparar para usted hoy? —Las palabras de Emma, aquella noche en que tuve que poner en su lugar al cliente borracho.

—Hola —respondí—. Soy Alex, un amigo de Emma. La estoy buscando. ¿Ha estado por aquí últimamente? —La pequeña mujer asiática negó con la cabeza, apenada.

—Desafortunadamente, ya casi no viene desde que tiene un nuevo trabajo. Es una lástima, siempre es confiable y amable. Es difícil encontrar colegas así. No tengo idea de lo que está haciendo ahora. —La pequeña mujer asiática se encogió de hombros. Para ella, el tema estaba zanjado. Se volvió hacia los papeles junto a la caja registradora. ¿Qué debía hacer ahora? En ese momento, mi estómago gruñó ruidosamente.

—¿Puedo pedir unos rollitos de primavera? —La pequeña mujer asiática levantó la vista de nuevo.

—Por supuesto. ¿Porción grande, mediana o pequeña?

—Grande. —No había comido nada hoy. Mientras la mujer asiática metía los rollitos en una caja, me imaginé a Emma de pie aquí, a punto de entregarme los rollitos de primavera. Aquí fue donde vi a Emma por segunda vez, y aquí fue donde huyó de mí por segunda vez. Recordé sus asustados ojos verdes cuando el borracho grosero la estaba molestando y los sentimientos que inmediatamente despertó en mí.

La mujer asiática me entregó los rollitos de primavera. Pagué y me dirigí a una de las mesas altas. ¿Dónde debería buscar a Emma ahora? Solo quedaba un lugar: en casa de su amiga Laura. Miré fijamente los rollitos de primavera frente a mí y recordé cómo Emma había picado verduras y enrollado masa para mí en mi cocina. ¿Realmente había sido apenas anoche? Me parecía toda una vida atrás. Y eso que apenas esta mañana me había despertado junto a Emma sin saber qué hacer. Había sentido la necesidad de alejarme de ella. Incrédulo, sacudí la cabeza ante mí mismo y comí el primer rollito de primavera. No estaba mal. Pero no se comparaban con los de Emma.

Suspiré. Aquí no iba a llegar a ninguna parte. Lo siguiente era encontrar a Laura. Ella me llevaría hasta Emma. Pero no tenía idea de dónde estaba Laura's Beauty Place. Fruncí el ceño. ¿Tal vez Laura tenía un sitio web? Hoy en día todo el mundo tiene uno. O al menos una entrada en Google. Necesitaba mi teléfono. Cuya batería estaba agotada. Con todos los pensamientos sobre Emma, de nuevo había olvidado cargar la batería del teléfono en el auto durante el viaje a su apartamento. Tenía que hacerlo urgentemente ahora. De repente, perdí el apetito por los rollitos de primavera de la cocina de Sung. Aquí solo estaba perdiendo el tiempo. Impaciente, dejé el plato sobre la mesa, me limpié las manos con una servilleta y me dirigí a la puerta. Afuera, una ligera ráfaga de viento me envolvió. El clima casi se había calmado. En una hora seguramente volvería a brillar el sol.

Capítulo 36

Emma

Conducía el Toyota azul en dirección a Hollywood. Seguía muy nerviosa, pero conducir ya me resultaba mucho más fácil que en el viaje de ida. Sin embargo, mi nerviosismo tenía también otros motivos.

—Laura, ¿y si antes le gustaba, pero ahora no puede perdonarme? —Esta pregunta me atormentaba desde que salimos del club náutico. Las dudas sobre uno mismo no son fáciles de disipar.

—Entonces es un idiota, a pesar de tener el amigo más agradable del mundo, y deberías alegrarte de tener el menor trato posible con él. —Laura era simplemente fenomenal cuando se trataba de convertir los pensamientos negativos en positivos. Sin embargo, en este caso, eso me tranquilizaba poco. No quería perder a Alex. Nunca más. Hoy me había quedado más claro que nunca. Miré de reojo a Laura. Ella vio mi mirada y se rio.

—Todo saldrá bien, Emma. Ya te lo he dicho, no le des tantas vueltas. Concéntrate ahora en conducir. —Asentí. En ese momento, mi estómago empezó a rugir con fuerza y no paraba.

—No he comido nada hoy. Solo la galleta antes de salir. —Mi estómago volvió a rugir. Sentí una ligera náusea. Necesitaba comer algo urgentemente.

—Deberíamos parar y comprar algo de comer —anunció Laura—. ¿Qué te apetece? —Lo pensé. Mis pensamientos volvieron a Alex. Como durante todo el viaje. Recordé la primera vez que lo conocí. Cómo me había atrapado cuando Roddy me saltó encima en la calle. Cómo lo había visto inesperadamente de nuevo cuando me salvó del cliente grosero que me estaba acosando en el local de comida para llevar de Sung. Pensé en su pecho musculoso y sus ojos oscuros y misteriosos que me habían fascinado desde el primer momento. Este hombre nunca me abandonaría. ¿Cómo pude dudar de él alguna vez? Había creído más a Byron y Claire que a él. Sentí un doloroso tirón en la zona del corazón y tragué saliva.

—Sé que suena ridículo... pero realmente me apetecen rollitos de primavera, Laura. ¿Quizás podríamos parar un momento en el local de comida asiática para llevar de Sung? —pregunté con cautela.

—¿Rollitos de primavera para desayunar? —La voz de Laura oscilaba entre el asco y el horror —. Emma Taylor, ¡dime inmediatamente que no estás embarazada! —Me reí a mi pesar. Qué suerte tener a Laura. El día de hoy era realmente una montaña rusa de emociones. Echaba de menos a Alex, pero me alegraba tener a Laura a mi lado.

—Por supuesto que no, Laura. Yo... simplemente me recuerdan a Alex. Le gustan mucho. —Suspiré—. ¿Crees que lo encontraremos?

Laura me dio unas palmaditas en el brazo.

—Claro que lo encontraremos, es solo cuestión de tiempo. —La respuesta debería haberme tranquilizado, pero no lo hizo.

—Quiero encontrarlo ahora, Laura. Dudé de él injustamente. Ahora tengo que decirle que nunca volveré a hacerlo. Imagina que le pasa algo porque ese asqueroso Byron le tiende otra trampa. —Apenas había terminado la frase, empecé a imaginarme todo tipo de escenarios horribles en mi fantasía.

—Te entiendo, Emma. Pero vamos despacio. Byron puede ser un idiota que quiere hacerle daño a Alex. Pero seguramente no quiere matarlo. Encontraremos a Alex y todo saldrá bien. Ahora toma la salida de allí delante. Así llegaremos más rápido al local de Sung y tú a tus rollitos de primavera. Con algo de comida en el estómago, tu cerebro funcionará mucho mejor y no tendrás esos pensamientos tan raros. —Las palabras de advertencia de Laura me calmaron. Respiré hondo y levanté el pie del acelerador. Salimos de la autopista. Por suerte, el local de comida para llevar de Sung no estaba lejos de la salida. Mi estómago ahora rugía sin parar. Doblamos la última esquina. Faltaban tres casas para llegar al local de Sung. Dejé que el Toyota azul rodara lentamente. Delante de nosotras había una elegante limusina negra en segunda fila. La puerta del local de Sung se abrió. Un hombre salió y se dirigió directamente hacia ella. Me detuve detrás de la limusina y miré hacia arriba. Mi corazón se saltó un latido.

Capítulo 37

Alex

Me dirigí a mi Jaguar, que seguía aparcado sin problemas en segunda fila. En ese momento, un pequeño Toyota azul avanzaba lenta pero constantemente hacia mi coche. Miré indignado hacia la conductora. El Toyota seguía avanzando. Ya tenía un montón de abolladuras, y a la conductora probablemente no le importaba una más. Sin embargo, mi coche era tan importante para mí como mi yate o Roddy. Me lancé detrás de mi Jaguar y golpeé con la mano el capó del Toyota, que ahora apenas se movía. La pasajera gesticulaba frenéticamente, y finalmente la conductora pisó el freno.

Miré enojado a través del parabrisas a la conductora. Ella me devolvió la mirada. Retrocedí involuntariamente y la miré con incredulidad. Emma. Había pasado medio día buscándola, y ahora aparecía aquí y casi dañaba mi Jaguar. Solo el parabrisas nos separaba. La pasajera —solo podía ser Laura— le dio un ligero empujón a Emma. Emma se sobresaltó y se desabrochó el cinturón como a cámara lenta. Abrió la puerta, salió y se paró frente a mí. En sus ojos verdes había la misma mirada asustada que el día que la vi por primera vez.

—Hola Alex —su voz apenas era más fuerte que un susurro.

—Emma —sonreí—. ¿Has venido aquí para volver a huir de mí como aquella vez? — Lentamente, una sonrisa se dibujó en el rostro de Emma. Me miró. Sostuve su mirada. Lo que más deseaba era estrecharla en mis brazos y no soltarla nunca. Pero mi tímida bruja tenía que darse cuenta por sí misma de que quería estar en mis brazos.

—Siento haberte hablado así esta mañana —dije—. Hace mucho tiempo que no paso toda la noche con una mujer. Con una mujer que significa tanto para mí. —Emma me miró.

—Pensé que ya no querías saber nada de mí. —Una lágrima rodó por su mejilla. Quería atraer a Emma hacia mí y besar sus lágrimas. Pero me contuve. Era importante aclarar la situación.

—Eso no es cierto, Emma. Nunca he pensado algo así. Siempre quiero saber de ti. Lo que piensas, qué guiones más quieres escribir, cómo estás, qué te gusta, qué no te gusta. —Más lágrimas rodaron por las mejillas de Emma. Estuve a punto de ordenarle que viniera a mis brazos de una vez y me dejara consolarla.

—Hay tantas cosas que aún no sé de ti. Por ejemplo, no sabía que eras una conductora tan despiadadamente mala. —Emma se rio entre lágrimas. En sus ojos apareció esa mirada traviesa que hasta ahora solo había visto durante el sexo o mientras escribía. Por fin, dio dos pasos hacia adelante y se apoyó en mi pecho.

—No lo soy —me susurró al oído. Inhalé su aroma floral y acaricié su cabello. Por fin mi bruja me pertenecía y ella misma lo había reconocido. Al diablo con el contrato. Agarré el cabello de Emma, incliné su cabeza hacia atrás y la besé. Larga y duramente. Me lo había ganado. Emma me había hecho perseguirla por todo Hollywood y Santa Mónica y me había hecho pasar las peores horas de mi vida. Emma abrió sus labios y mi lengua se deslizó en su boca. Presioné su maravilloso cuerpo con los pechos perfectos contra mí.

—Vaya, vaya, no vayan a arrestarlos por indecencia en la vía pública. —Una voz descarada con un tono burlón interrumpió nuestro beso. Levanté la vista de mala gana. La pasajera del Toyota nos sonreía.

—Disculpen, no quería interrumpirlos. —Me miró—. Tú debes ser Alex. Yo soy Laura. Encantada de conocerte.

—Igualmente. —La miré seriamente—. Muchas gracias por cuidar de Emma en las últimas horas.

—Ha sido un placer. —Laura nos guiñó un ojo. En su rostro había una sonrisa pícara que me recordaba de manera indefinible a Eric.

—Ahora no quiero molestarlos más. Voy a devolver el Toyota a Melly y luego me iré a casa. —Emma se separó de mí, corrió hacia Laura y la abrazó.

—Gracias, Laura, no sé qué habría hecho sin ti. —Laura abrazó a Emma.

—Lo he hecho con gusto, querida. Ahora ve a comer rollitos de primavera con tu Alex. Antes tenías tanta hambre. Nos vemos pronto. Te llamaré. —Laura rodeó el Toyota azul, subió por el lado del conductor y se alejó con un breve bocinazo y un saludo.

—Ella conduce mucho mejor que tú —comenté secamente. Emma me dio un codazo en el costado.

—Eso ya lo veremos. ¿Me dejas ponerme al volante? —Apenas reconocía a la mujer tímida.

—Solo cuando me hayas enseñado cómo hacer rollitos de primavera yo mismo.

—Trato hecho. —Emma fue al lado del pasajero del Jaguar y abrió la puerta. Desde dentro se oyó un ladrido alegre. Roddy.

Entré y me sentí más feliz y completo que nunca en mi vida. Emma y yo con Roddy en mi coche. Emma acarició mi pierna con su mano. Me incorporé al tráfico y la miré de reojo.

—Me pones algo nervioso. —La mano de Emma descansaba sobre mi muslo.

—¿Ah, sí? —En la pregunta de Emma había un tono travieso, y su mano se deslizó más arriba. Mi polla empezó a reaccionar. Mi bruja se atrevía a excitarme. Lo disfruté. La mano de Emma acarició mi polla a través del pantalón. Me puse duro.

—Sigue. —Mi voz sonaba ansiosa—. No pares nunca.

—Nunca. —Los dedos de Emma jugaban conmigo a través de la tela. Empezó a juguetear con mi cremallera. En ese momento, entré en el garaje de mi edificio.

—Pausa. —Roddy ladró en señal de aprobación. Salimos los tres y nos dirigimos al ascensor. Emma se apretó contra mí. Lamenté en secreto que sus dedos siguieran estrictamente mis instrucciones e hicieran una pausa. Por fin llegamos arriba. Dejé entrar a Roddy en la cocina. Se abalanzó sobre su comida. Cerré la puerta de la cocina y me volví hacia Emma. Su mirada oscilaba entre la timidez y la excitación. Mi polla se sacudió y quería llevar a mi bruja directamente a la cama. Pero primero tenía que hacer algo más importante.

—Emma Taylor. Me has embrujado, de principio a fin, de arriba abajo. No solo has robado mi corazón, sino también el de Roddy. Te amo y no quiero pasar ni un día más sin ti. —Por fin lo había dicho. En mi pecho sentí una sensación inusual. Ligereza. El rostro de Emma se iluminó con una sonrisa radiante.

—Te amo, Alex Carter. —Cuando lo dijo, me miró a los ojos y de repente ya no parecía nada tímida.

—Entonces ven aquí y demuéstramelo. —Emma se acercó a mí. Pero antes de que pudiera alcanzarme, la agarré, rodeé su cintura con mi brazo y la levanté sobre mi hombro. Mi mano presionó su perfecto trasero redondo a través de su vestido. Oh sí, definitivamente quería continuar donde lo habíamos dejado en el auto. Caminé con mi hermosa carga hacia el dormitorio. Mi otra mano se deslizó bajo el vestido de Emma. Acaricié suavemente sus bragas. Emma gimió suavemente. Llegamos al dormitorio. Retiré mi mano de debajo del vestido, dejé que Emma se deslizara hacia abajo y le di una palmada en su bonito trasero.

—Una por cada hora que me dejaste solo. Y otra más por cada hora que me hiciste dudar. Desnúdate. —Emma me miró. En su mirada había confianza. El vestido cayó al suelo. La ropa interior le siguió. Mi bruja estaba desnuda frente a mí.

—Arrodíllate en la cama. —Emma obedeció. Levanté la mano y le di la primera palmada con la mano abierta. La piel clara de su perfecto trasero ya se estaba tornando ligeramente rojiza. Emma jadeó.

—¿Cuántas palmadas recibiré? —Volví a levantar la mano y la dejé caer sobre el trasero de Emma. El rojo de la piel se hizo más intenso.

—Tantas como te merezcas —gruñí—. Cuenta.

—Tres... —Emma obviamente no contaba la palmada que le había dado a través del vestido. Bien.

—Cuatro... Cinco... —La voz de Emma sonaba tensa y excitada al mismo tiempo. Me detuve. Todavía estaba completamente vestido. Mi polla presionaba dura contra mis pantalones, exigiendo alivio. Mi ropa cayó al suelo. Me coloqué detrás de Emma, le di la siguiente palmada y casi en el mismo segundo la penetré. La combinación de placer y dolor hizo que Emma gimiera. La follé con embestidas profundas y duras. Por fin. Mi mano encontró el clítoris de Emma y comenzó a masajearlo suavemente. Mientras tanto, seguí embistiéndola. Las caderas de Emma se movían al ritmo de mis embestidas. Saqué mi polla y levanté la mano. ¡Plaf! De nuevo mi mano aterrizó en el trasero de Emma, y de nuevo, solo fracciones de segundo después, la penetré profundamente. Mi mano seguía jugando con su clítoris. Emma gemía más fuerte. Su vagina comenzó a contraerse alrededor de mi polla, y disfruté la sensación de estrechez. Mi polla se hinchó aún más. Estaba a punto de correrme. Me retiré una última vez. ¡Plaf! El trasero de Emma brillaba rojo. Me encantaba ese color en ella. Cuando esta vez la penetré poco después de la palmada, más profundo que nunca, Emma se corrió. Y en ese momento, yo también me corrí. Caímos sobre la cama.

—Te amo.

—Yo también te amo, Emma Taylor.

Capítulo 38

Emma

Algunos meses después

Satisfecha, tecleé la última frase de la descripción de la escena en mi portátil y sonreí a la pantalla. Amaba lo que hacía. Escribir guiones. Contar historias. Hacer reír y llorar a la gente. Darles alegría y ofrecerles una noche inolvidable.

Un ladrido me sacó de mis placenteros pensamientos y me devolvió de golpe a la realidad. Alex abrió la puerta de mi estudio, seguido por Roddy.

—De verdad tenemos que darnos prisa, Emma —Alex me miró con impaciencia. Sonreí.

—Sí, ya voy. —Estaba sentada frente a mi nuevo portátil en el apartamento de Alex. En los últimos meses, mi vida había cambiado radicalmente. Hacía pocas semanas, Alex y yo nos habíamos mudado juntos. Ahora vivía en un ático en Hollywood Hills y a menudo pasaba los domingos con Alex en el club náutico de Santa Mónica. Byron y Claire tenían prohibida la entrada allí, y aunque las razones nunca se hicieron públicas, la reputación de Byron había sufrido un gran daño. Desde entonces, ningún guionista había querido trabajar con él.

Aparté los pensamientos sobre el pasado. El presente era maravilloso y mucho más emocionante: hoy era el gran día. Ya llevaba puesto mi vestido de diseño hecho a medida, estaba maquillada y peinada, y un elegante bolso pequeño estaba a mi alcance. Estaba lista para salir y solo quería plasmar rápidamente mi última idea.

Hoy era el estreno de *Love, War and Independence*. Nuestra película conjunta. Nuestra primera película conjunta que a partir de ahora encantaría a los espectadores en todas las ciudades de América en la gran pantalla. Mi sueño se había hecho realidad. Me levanté y acaricié la cabeza de Roddy.

—Hasta luego, Roddy. —Miré a Alex. Su visión hizo que mi corazón se acelerara como siempre. El traje acentuaba su cuerpo atlético y su pecho musculoso. Sus ojos oscuros me miraban, un

poco impacientes, pero también un poco amorosos y un poquito orgullosos. Me ofreció su brazo y lo tomé.

—Vamos.

Tomamos el ascensor hacia abajo. Hoy, sin embargo, el Jaguar se quedaba en el garaje. Frente al edificio había un elegante Rolls-Royce oscuro con un chófer uniformado. Alex sonrió.

—He preparado una pequeña sorpresa. —Subimos a la parte trasera de la espaciosa limusina. Estaba abrumada. Por supuesto, había numerosos coches de lujo en las calles de Hollywood. Pero nunca había visto uno por dentro. Tapicería de cuero, aplicaciones brillantes y pulidas y un aroma muy especial. El olor de la riqueza y la importancia. El chófer se inclinó hacia nosotros.

—Su petición especial está en el compartimento trasero, Sr. Carter. Simplemente presione el botón a su izquierda. ¿Puedo ofrecerles una copa de champán mientras tanto? —Alex asintió al chófer, quien entonces tomó una botella y dos copas del asiento del copiloto. El corcho hizo pop y la espuma burbujeante se derramó en las copas con un siseo. El chófer nos pasó las copas a la parte trasera.

—Que tengan un agradable viaje, Sr. Carter, Srta. Taylor. Me alegro de que ambos viajen conmigo esta noche.

—Muchas gracias. —Me sentía como en un cuento de hadas. Probablemente me despertaría en cualquier momento y descubriría que Dean estaba golpeando mi puerta exigiendo el alquiler atrasado. Aparté nuevamente el pensamiento sobre mi pasado. *Esto es la realidad, Emma. Es tu vida.* Miré a Alex a los ojos.

—Por nuestra película.

—Por nuestra película.

Las copas tintinearon cuando brindamos. El chófer arrancó el motor y condujo por el tráfico nocturno de Hollywood. Bebí un sorbo de champán. El alcohol se me subió rápidamente a la cabeza, así que bebí poco. La noche apenas comenzaba y quería disfrutar al máximo del estreno de nuestra película. Alex se aclaró la garganta a mi lado.

—Para que no llegues completamente achispada al cine, he preparado una pequeña sorpresa. —Presionó un botón. Con un zumbido, una tapa se abrió entre nosotros. Detrás había un pequeño compartimento, y en él, un plato con rollitos de primavera. La risa burbujeó en mí como burbujas en el champán.

—Oh Alex, qué maravilloso. ¿Hiciste que el chófer pasara por Sung? —Cogí un rollito de primavera.

—No exactamente. —Alex me miró—. Yo fui a ver a Sung. Ahora ofrece clases de cocina. Fui su primer alumno. Rollitos de primavera al estilo vietnamita. Este es mi primer intento. Tienes el honor de probarlos. —Sin palabras por la emoción, cogí un rollito de primavera y le di un mordisco. Las especias cosquillearon en mi lengua. Tragué y me reí.

—Rollitos de primavera y champán. Eres simplemente increíble, Alex Carter.

—Y tú también, Emma Taylor.

El chófer se detuvo en una zona de tráfico restringido. Justo enfrente vi el cine. Estaba brillantemente iluminado. El cartel de la película *Love, War and Independence* brillaba sobre nosotros en tamaño más grande que el natural. Desde el cine, una alfombra roja conducía directamente a nuestro Rolls-Royce. Afuera se podían ver fotógrafos y curiosos. En primera fila reconocí a Laura y Eric, que nos esperaban allí. Cuando Laura me prestó el dinero para el alquiler atrasado, le había prometido entradas gratuitas para el estreno de mi primera película. Hacía tiempo que había devuelto el dinero, y hoy finalmente podía cumplir también la otra parte de mi promesa. Tragué con emoción. Pronto vería nuestra película en la gran pantalla, rodeada de las personas que más quería en el mundo.

—Pellízcame. Creo que esto es solo una película. Me siento como en un sueño.

—Con gusto. —Alex sonrió pícaramente. Se inclinó hacia mí, me besó y al mismo tiempo me pellizcó el pecho derecho. Jadeé. Una ola de excitación me recorrió. Alex me pellizcó de nuevo, esta vez a través del vestido en el pezón.

—Para que sepas lo que te espera cuando lleguemos a casa. Vamos ya. Esto no es un sueño ni una película. Ahora vamos a ver una película. La nuestra.

FIN